

ESTE MI PUEBLO

La Iglesia Neotestamentaria

Harold S. Bender

SEMILLA
Seminario Ministerial
de Liderazgo Anabautista - Menonita
Apdo. 1779 Ciudad Guatemala
Teléfonos: 71-46-95 - 92-56-18

E S T E E S M I P U E B L O
****

La Naturaleza de la Iglesia y su Discipulado

de acuerdo al Nuevo Testamento

HAROLD S. BENDER
****

Traducido por: Marta Judith de Mejía



SEMILLA
Seminario Ministerial
de Liderazgo Anabautista - Menonita
Apdo. 1779 Ciudad Guatemala
Teléfonos: 71-46-95 - 92-56-18

E S T E   E S   M I   P U E B L O

La Naturaleza de la Iglesia y su Discipulado de acuerdo al Nuevo Testamento

Harold S. Bender

Traducido por: Marta Judith de Mejía

Publicado originalmente en inglés bajo el título de THESE ARE MY PEOPLE-The New Testament Church, coyright 1962 por Herald Press, Scottdale, Pennsylvania, 15683.

La versión castellana autorizada por Herald Press para cursos de SEMILLA fué preparada bajo los auspicios de SEMILLA (Seminario Ministerial de Liderazgo Anabautista) Apartado 1779, Ciudad de Guatemala, Guatemala, C. A.

PREFACIO

En el presente volumen se han compilado las Conferencias Conrad Grebel dictadas en 1960 en la Universidad Menonita del Este, la Universidad de Goshen y la Universidad de Hesston. Agradezco al Comité de Conferencias que estableció el tema y dio la comisión de escribir acerca de un típico de gran importancia y que es objeto de intenso interés no sólo en mi propia denominación, sino también en toda la cristiandad. Agradezco también al comité por sus sugerencias durante la preparación de las conferencias y por la crítica y comentarios que fueron de gran ayuda y que recibí de amigos que las oyeron o leyeron, especialmente mis colegas en los Seminarios Bíblicos Menonitas Asociados. Estoy también en deuda con tantos libros y artículos aparecidos en años recientes respecto a la naturaleza y misión de la iglesia. En páginas siguientes doy un reconocimiento específico a algunos autores y publicadores. Estoy especialmente en deuda con mi esposa Elizabeth y mi hija Mary por haber leído y criticado el manuscrito, lo que constituyó una gran colaboración.

En contenido este volumen es un tratado acerca de la naturaleza de la iglesia como se entiende en el Nuevo Testamento. Al buscar describir la iglesia en su verdadera esencia, he tenido delante de mi la visión de una comunidad humana visible e identificable cuya naturaleza se determina de acuerdo a su respuesta a la gracia de Dios en Cristo. Los dos polos, el trabajo creador de Dios y la voluntaria respuesta del hombre, se ven como esenciales y recíprocos. La visión resultante de la iglesia me parece ser la que mejor refleja tanto las enseñanzas directas del Nuevo Testamento como la vida de la iglesia primitiva. Parece evitar los dos extremos: por una parte el misticismo y teologismo que crean una imagen demasiado remota de la verdadera experiencia de la iglesia en la historia, y por otra parte, el reduccionismo de una visión demasiado sociológica y humanista de la iglesia que elimina la obra de Dios en y a través de las personas y estructuras humanas.

El contenido que aquí se ofrece no da cumplimiento, en más de una forma, a la promesa del título. La limitación debida a unicamente cinco conferencias ha dado por resultado que se trate el tema del discipulado de la iglesia en forma breve. Este tema merece ser tratado más extensamente que lo que aquí es posible, y espero poder hacerlo en un futuro no distante.

Finalmente, permítaseme decir que este no es un tratado acerca del punto de vista Menonita-Anabautista de la iglesia, que tal vez mis lectores o aún el Comité de Conferencias esperaba. No obstante, mucho del contenido puede estar de acuerdo en esencia con el punto de vista Anabautista de la iglesia, y me he reprimido de presentar un enfoque histórico en aras del enfoque teológico del Nuevo Testamento. Las referencias al Anabautismo, por lo tanto, son breves y sin ninguna documentación.

Es mi esperanza que estas conferencias puedan contribuír a la renovación de la iglesia en nuestro día, conforme a la imagen establecida en el Nuevo Testamento.

Seminario Bíblico de la Universidad de Goshen — Harold S. Bender
Enero, 1962.



C O N T E N I D O



1

E L P U E B L O D E D I O S

En el día de Pentecostés ciento veinte hombres y mujeres de Israel que habían respondido al llamado de discipulado de Jesús se hallaban reunidos en una casa en Jerusalén en íntimo compañerismo de oración y expectación. Con la seguridad de que aquel Jesús de quien habían recibido la comisión de hacer discípulos en todas las naciones ahora reinaba como Señor sobre todo, esperaban con confianza el descendimiento del prometido Espíritu Santo con poder.

Cuando vino el Espíritu supieron que EL DIA había llegado, "el día grande y manifiesto" del Señor en el que todo aquel que invocare el Nombre del Señor sería salvo. Hechos 2:21. Sabían que vivían el momento crucial de la historia, cuando llegaba a su climax el programa redentor de Dios. Habían llegado "los últimos días" hacia los que se habían dirigido todas las obras de gracia de Dios desde los días de Abraham. La gran promesa de Dios se cumplía ahora en su propia experiencia.

En este gran escenario histórico los ciento veinte se vieron a sí mismos como el pueblo de Dios, los verdaderos elegidos, sobre quienes se realizaba la promesa para la que un pueblo había sido escogido y pastoreado a través de los siglos. Supieron que ellos eran uno con el pasado del pueblo de Dios, uno con el presente Mesías, Redentor y Señor, uno con la obra de Dios en el futuro. Eran los portadores de la historia a un futuro de ignotas posibilidades. El enemigo había sido derrocado; el camino estaba despejado para la redención de la raza; el reino de Dios había llegado y el Hijo de Dios reinaba, sentado en el trono de autoridad. Hechos 2:20. El designio misionero de Israel se había cumplido en Cristo, y él a su vez lo transfería a ellos. Por lo tanto, Dios por medio de ellos cumpliría su propósito de reunir de todas las naciones un pueblo para su Nombre.

Los ciento veinte, y todos los que Dios añadiera, eran ahora el pueblo de Dios, en continuidad con el pueblo que estuviera bajo los pactos Abrahámico y Sinaítico, pero viviendo bajo un nuevo pacto establecido por el sacrificio de la sangre del Redentor en una nueva relación con Dios a través de Cristo. Ahora ya no importaba la raza, si es que alguna vez importó; lo único que importaba era una relación de fe en Cristo. Tampoco habrían dos pueblos de Dios paralelos -el nuevo y el antiguo- caminando uno al lado del otro a través de la historia para siempre. Sólo habría un pueblo, el nuevo pueblo de Dios. Aquellos de la histórica nación de Israel que no se arrepintieran y creyeran en Cristo serían "la generación mala y adúltera" que no tendría parte en la nueva Israel. "Sed salvos de esta perver

sa generación," decía Pedro, "arrepentíos y creed, y recibiréis la promesa" que es para vosotros y seréis añadidos al pueblo de Dios por el Espíritu; pero si no créeis, en vuestros pecados moriréis. (2). Por lo tanto, estaba despejada la brecha y quedaba abolida la idea de una Israel étnica; no obstante, por algún tiempo la nueva Israel siguió unida a la antigua Israel en algunas prácticas culturales en las horas de oración en el templo.

Así se dió cumplimiento al juicio que pronunció Jesús en su mensaje mesiánico contra la nación de Israel: "El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él" (Mateo 21:43). Pablo entendió esto con toda claridad, y lo manifiesta en su epístola a los Romanos, capítulos 9 al 11: "Pero acerca de Israel (la antigua) dice:'Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor' " (10:21). Pablo dice que Dios no ha desechado a su pueblo; sencillamente ha seguido su obra con el "remanente escogido por gracia" porque "los escogidos sí lo han alcanzado pero los demás fueron endurecidos (11:5,7). Este remanente escogido por gracia era la iglesia de Pentecostés y Pablo se identifica a sí mismo con este remanente. El dice que, las ramas viejas "por su incredulidad fueron desgajadas (por Dios)" (11:20), mientras que el tronco del árbol, o sea el pueblo básico de Dios, permanece. Las ramas nuevas fueron injertadas a ese tronco y por lo tanto serían las únicas ramas del árbol, hasta que algún tiempo después, las ramas viejas fueran injertadas otra vez. 11:24.

Pablo, igual que Pedro en Pentecostés, estaba totalmente conciente de que el climax de la historia del pueblo de Dios había llegado. A los creyentes gentiles les dice con toda claridad que ellos también forman parte del histórico y ahora nuevo pueblo de Dios. A los Gálatas les llama "el Israel de Dios" (Gálatas 6:16). A los Corintios les dice, "los fines de los siglos han llegado" (I Corintios 10:11), es decir, el objetivo hacia el cual se había movido a través de los siglos el plan redentor de Dios. A los Efesios dice, "nos escogió en él antes de la fundación del mundo. Nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por amor" (Efesios 1:4,5). Los gentiles "estaban alejados de la ciudadanía de Israel, y ajenos a los pactos de la promesa. ... Pero ahora ... vosotros que en otro tiempo estabáis lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo ... que de dos pueblos hizo uno, ...mediante la cruz reconcilió con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades ... Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios ... un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Efesios 2:12-22). Por medio de estas grandes afirmaciones Pablo deja claro que todo gentil que cree es incorporado al pueblo de Dios en una base de total igualdad con aquellos israelitas que creen. Israel, el pueblo de Dios, ahora será integrado por todos los creyentes en Cristo, de todas las razas y culturas. "donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión" (Colosenses 3:11) pues ya no habrá un pueblo de Dios étnico,

sino un pueblo de Dios espiritual, porque "Cristo es todo, en todos." El "nuevo pueblo" de Dios está, naturalmente, bajo el nuevo pacto y órden, con una nueva forma de organización y de administración, un nuevo standard de ética, una nueva relación con el mundo y disponiendo de nuevos recursos en Cristo y el Espíritu Santo para vivir su vida bajo el señorío de Cristo.

Esta identificación de los discípulos de Jesús como el pueblo de Dios se confirma por el nombre con el que el nuevo pueblo de Dios se nombra a sí mismo, la "iglesia", en griego ecclesia. (4). El primero en usar este término fue Cristo, dos veces en el Evangelio según San Mateo, capítulos 16 y 18; después Lucas lo usa veintiún veces en su historia de la iglesia apostólica en los Hechos; luego Pablo lo usa sesenta y dos veces en sus once epístolas, Juan veinte veces en el Apocalipsis, y otros tres escritores lo usan seis veces. (únicamente en las epístolas de Pedro y de Judas no se usa esta palabra); aparece por lo menos 110 veces en el Nuevo Testamento. Definitivamente es la más directa y común designación del cuerpo de creyentes. Se usa indiscriminadamente para referirse a la iglesia universal en la tierra o en el cielo, el cuerpo de creyentes local reuniéndose en una pequeña congregación en una casa, los miles en la ciudad de Jerusalen, o las congregaciones colectivas locales en una provincia de Siria o Cilicia. Cuando el término se usa para designar la reunión de un grupo local, éste se considera como una manifestación de la iglesia en general, puesto que esta última es anterior a su expresión local. Pero el punto principal que deseamos recalcar es que se usa con la deliberada intención de identificar a la iglesia como el pueblo de Dios, en continuidad con el fiel pueblo de Dios que vivió antes de Pentecostés y en los tiempos del Antiguo Testamento. Esto no implica que el término ECCLESIA en el Antiguo Testamento tenga el mismo significado que la palabra usada en el Nuevo Testamento; hay diferencias significativas. El único punto que deseamos expresar en este momento es que en ambos Testamentos el primer y esencial significado es el mismo, que un grupo histórico dado tiene tal relación con Dios que puede pertenecerle a El como Su pueblo.

La historia del uso dado a la palabra ECCLESIA clarifica el punto. Fuera del Nuevo Testamento esta palabra no tenía ninguna connotación religiosa, siendo su significado universal en el mundo Greco-Romano el de una asamblea de ciudadanos en una ciudad. Pero en la traducción griega del Antiguo Testamento, la Septuagésima, que Pablo y la mayoría de los cristianos primitivos usaban como su Biblia y de la que se extraen más de la mitad de las citas del Antiguo Testamento que hallamos en el Nuevo Testamento, aparece alrededor de ochenta veces, siempre con un significado religioso (5). En setenta y siete casos es la traducción del término hebreo que señala a toda la comunidad de Israel como el pueblo de Dios, la palabra QAHAL. Hay otra palabra hebrea, EDHAH, expresa la misma idea pero aparece al principio, únicamente en el Pentateuco. La palabra QAHAL gradualmente desplazó a la palabra EDHAH, y después del exilio se convirtió en el término usado casi exclusivamente para el pueblo de Dios, ya sea en una asamblea local o en el sentido absoluto que abarcaba a todo

Israel. Aunque en el Pentateuco la palabra "sinagoga" traduce muchas veces la palabra QAHAL, después de Deuteronomio 5:10 encontramos ECCLESIA como la traducción corriente. Algunas veces la expresión usada para pueblo de Dios es JEHOVA QAHAL, colocándose primero la palabra Jehová para enfatizar que El es el dueño de Su pueblo. La traducción griega para esto es ECCLESIA KURIOU, la "iglesia del Señor", o sea, "la iglesia de Dios." En el Nuevo Testamento la misma expresión "iglesia de Dios" o "iglesias de Dios" se usa con frecuencia, especialmente por Pablo, y aún cuando encontremos la palabra ECCLESIA sola, omitiendo la frase "de Dios", ha de entenderse como "de Dios," tal como "reino" ha de entenderse como "reino de Dios" sea que esté sola o con la frase "de Dios." La palabra ECCLESIA se encuentra sola frecuentemente, tanto en singular como en plural, algunas veces con y algunas veces sin el artículo definido, pues se había convertido, en efecto, en un nombre propio. Todos los cristianos judíos entendían que ECCLESIA significaba el pueblo de Dios. Debe haber sido también muy claro para los creyentes gentiles, a quienes Pablo dirigía este significado. Realmente, la mejor traducción de ECCLESIA es "pueblo de Dios." Tal traducción enfatizaría su significado esencial y evitaría connotaciones modernas que resultan inciertas o falsas en relación a la palabra "iglesia."

La identificación de los discípulos de Jesús como el pueblo del pacto de Dios, los portadores de la promesa y de la gracia redentora de Dios, se ve apoyada por una multitud de otros términos que en el Antiguo Testamento se aplicaban a Israel, y que en el Nuevo Testamento se aplican a la iglesia. Uso aquí la lista presentada por Paul Minear en sus IMAGENES DE LA IGLESIA EN EL NUEVO TESTAMENTO: (6) "una nación santa, las doce tribus, la ciruncisión, los padres y sus descendientes, hijos de Abraham, los peregrinos del éxodo, la casa de David, el remanente, los elegidos." Además de estos términos que se aplican a Israel como un todo, también encontramos que analogías ó metáforas extraídas de la adoración de Israel también se aplican a la iglesia en el Nuevo Testamento; una vez más usaremos las listas de Minear: "Jerusalén, algunas veces llamada sencillamente LA ciudad, pero también llamada la SANTA ciudad, la ciudad de DAVID; el Monte de Sión y el templo están ubicados allí; el sacerdocio y su obra; los sacrificios ofrecidos por los adoradores, incluyendo el aroma o dulce sabor del sacrificio; las festividades y los días santos, tales como Pentecostés y la Pascua." Así también la imagen central del alto sacerdocio de Cristo con el sacrificio de Cristo y la figura del Cordero, sobre el que se funda la iglesia, han sido tomados, naturalmente, directamente del Antiguo Testamento. La iglesia se apropió de esas imagenes porque entendió que era la heredera espiritual directa de la fe del Antiguo Testamento. Fue abolido el sistema ceremonial y de culto del Antiguo Testamento, pero continuó su significado espiritual.

Obsérvese que Pedro y otros llanamente llamaban al cuerpo de creyentes el pueblo de Dios. Aunque jamás usó la palabra ECCLESIA en sus epístolas, Pedro afirma más explícitamente la idea de que el

cuerpo de creyentes es la continuación del pueblo de Dios. "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios ... vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia" (I Pedro 2:9,10). La última frase es de suma importancia porque la genuina y principal marca del pueblo de Dios a través de los tiempos es que es el recipiendiario de la misericordia de Dios la cual produce vida y apertura en ellos. Pablo usa los términos " Israel" (Gálatas 6:16) y "ciudadanía de Israel" (Efesios 2:12,19) aplicándolos a la iglesia, como ya hemos observado; en cierto lugar llama a la iglesia "la verdadera circuncisión" (Filipenses 3:3). El escritor de la carta a los Hebreos se refiere a la iglesia como "la casa de Israel" y "mi pueblo" (Hebreos 8:8,10), aplicándole la profecía de Jeremías 31:31-34.

La anterior evidencia relativa a la semejanza de la iglesia con el pueblo de Dios del antiguo pacto, no sólamente sugiere lo necesario que es el Antiguo Testamento para comprender el Nuevo Testamento, y en particular la iglesia; sino que demanda una clara comprensión de la unidad de ambos Testamentos como la Palabra de Dios. El concepto bíblico de que es el mismo pueblo de Dios, bajo el señorío de un mismo Dios, con un mismo propósito de Dios a través de todo el tiempo, precisa de esta comprensión. Esto no significa que el Nuevo Pacto no tenga nada nuevo, pues sí lo tiene en cuanto al pueblo de Dios dentro de la iglesia; hay algo maravillosamente nuevo y mejor en la nueva era, pues en Cristo Jesús está la plenitud de la revelación divina. En El está completa la obra de redención, y gracia sobre gracia. El Nuevo Pacto ha anulado y sobreseído el viejo; la antigua ley ha muerto. Esta novedad será el tema del segundo capítulo en donde la iglesia es develada como el cuerpo de Cristo. Pero la obra de Dios en el mundo y en la historia no comienza con el Nuevo Testamento, como tampoco su pueblo comienza allí. Desde Abraham, Dios siempre ha tenido un pueblo. (7). Indudablemente su obra en y a través de la iglesia se inició el día de Pentecostés, y podemos llamar a la nueva era la dispensación de la gracia, en contraste con la antigua dispensación de la ley. Pero de ninguna manera nos atreveríamos a dudar de la gracia de Dios bajo el antiguo pacto, pues la gracia de Dios no comenzó con Pentecostés, sólamente asumió una nueva forma.

Ahora algunos pueden estar preguntándose, ¿cómo es posible que los creyentes en Cristo sean los sucesores del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, formado por la biológicamente distinta raza hebrea, los hijos literales de Abraham a través de Isaac y Jacob, un grupo étnico rígidamente separado de todos los demás grupos étnicos, mientras que la iglesia no constituye ningún grupo étnico sino que es de carácter universal? Es más, los hebreos tenían una estructura política nacional en la forma de una teocracia, mientras que la iglesia no tiene forma política, ya que Jesús atravesó el sectarismo judío al decir: "haced discípulos entre todas las naciones," "predicad el evangelio a toda criatura." Pablo dijo enfáticamente que ni la cir-

cuncisión ni la incircuncisión valen nada. Gálatas 6:15.

La respuesta a esta interrogante no requiere forzar el significado ni del Antiguo ni del Nuevo Testamento, sino requiere de una apropiada interpretación de ambos, especialmente del Antiguo Testamento.

La primera clave para una correcta solución de este problema es la que nos da Pablo en su insistencia de que ningún santo del Antiguo Testamento fue salvo o aceptable a Dios por las obras de la ley, ni aún Abraham. Todos cuantos fueron salvos en el pasado lo fueron por fe, no por pertenecer a un grupo étnico. La ley ceremonial tenía un valor educativo únicamente a través de su simbolismo; jamás tuvo un valor operativo como un sistema sacramental. Debido a esto los profetas condenaban a todos aquellos que depositaban su confianza en las ceremonias, pero cuyos corazones estaban alejados de Dios. Isaías 29:13; Joel 2:13, etc. Los sacrificios de un corazón contrito y humillado constituyen los únicos verdaderos sacrificios, dice el salmista. Salmo 51:16,17. Pablo dice que la única circuncisión que importa es la circuncisión del corazón. Romanos 2:28. Juan Bautista advirtió a su generación, "no penséis decir dentro de vosotros mismos:'A Abraham tenemos por padre' ... haced frutos dignos de arrepentimiento" (Mateo 3:8,9). Jesús también en forma similar desafió a esa misma generación cuando ellos se jactaban de ser hijos de Abraham. "Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais" (Juan 8:39). Y Pablo dijo a los Gálatas: "los que son de fe, éstos son hijos de Abraham .... porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición" Gálatas 3:7,10). Y otra vez más: "Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa." (Gálatas 3:29). Y también les dijo: "porque no todos los que descienden de Israel son israelitas.. ... no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios ... pues no es judío el que lo es exteriormente ... sino el que lo es en lo interior ..." (Ro. 9:6,8; 2:28,29).

Tampoco podemos decir que la negación del valor de la descendencia biológica de Abraham se refiera únicamente a los santos del Nuevo Testamento. No es una doctrina Nuevo Testamentaria; era verdadera en los días de Abraham, de los profetas y de los salmistas, como lo fue en los días de Pablo - siempre y en todo lugar. Los israelitas que antecedieron a Cristo no disfrutaron de las bendiciones de Dios debido a que fueran judíos o semitas, ni porque fueran hijos de Abraham según la carne, sino porque Dios les había elegido y había derramado su amor sobre ellos. Tampoco eran el pueblo de Dios debido a que guardaran la ley y ofrecieran sacrificios, o porque mantuvieran una segregación racial. Disfrutaban de las bendiciones de Dios porque Dios había hecho un pacto con ellos por lo que se convirtieron en su pueblo, como resultado de su gracia y soberana elección, y les dió el patrón para su vida social y religiosa. Los judíos según la carne jamás han tenido derecho a reclamar la gracia de Dios, ni en el pasado, ni en el presente ni en el futuro. Su único derecho se basa en el pacto, que es una relación según el espíritu.

Pero hay otra consideración que debemos tomar en cuenta. Históricamente, no todos los judíos según la carne, lo fueron según el espíritu. Ni tampoco fueron todos pueblo de Dios, a pesar de que practicaran la circuncisión y la pureza racial. El verdadero pueblo de Dios fue siempre el pueblo espiritual, no el pueblo biológico, y eran un remanente, producto del juicio y de la gracia de Dios. Sólamente parte del grupo étnico fueron pueblo de Dios, pues una gran parte vivió siempre en apostasía espiritual. Este es el cuadro de Israel según lo presenta tanto el Antiguo Testamento como los profetas e historiadores. Los profetas buscaban que a través de sus advertencias y promesas, más del Israel étnico se convirtiera en el Israel espiritual, pero únicamente el remanente fue el que al final fue el verdadero Israel de Dios. Esta doctrina Antiguo Testamentaria del remanente se vuelve más y más clara conforme la antigua dispensación se acaba. No se trataba únicamente de que el remanente espiritual sería salvo, mientras que el cuerpo principal apóstata era desechado. Sino que el remanente salvo sería el remanente salvador, que llevaría salvación a su nación y a las naciones. Fue pues, este remanente el que se convirtió en la iglesia, y que Pablo identifica en Romanos 11:5 diciendo: "así también aún en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia."

Una vez más debemos observar que la ley y el sistema sacrificial no constituían la esencia del pueblo de Dios. Tampoco lo era el estado político, la dinastía de David, la ciudad de Jerusalén, ni la tierra de Palestina. Todo esto era consecuencia del pacto y la promesa, medios para un fin, y no deben ser absolutizados. No fueron absolutizados en el Antiguo Testamento. Ninguno de estos factores garantizaban la realidad espiritual del pueblo de Dios, siendo únicamente sus auxiliares; y todos ellos fallaron en una u otra oportunidad. La dinastía de David fue nulificada; siglos antes de Cristo el trono de David estuvo vacío, hasta que el David más Grande vino a reinar. El tabernáculo de David había caído, dice Jacobo, y estaba siendo reparado de su ruina en la nueva era. Hechos 15:13-17. El estado político de Israel-Judá desapareció, no siendo restaurado sino hasta 1947. Y el moderno estado de Israel no es el Israel de fe. En la cautividad de Babilonia la misma nación y grupo étnico fue destruído, su tierra fue tomada por gente extranjera quienes no solamente se llevaron a miles de sus pobladores como esclavos a regiones distantes a 300 millas o más, sino que aún introdujeron emigrantes no-judíos a la tierra con el objeto de crear una raza mixta. En los días de Jesús el pueblo judío se mantenía unido no por una independencia política nacional, sino por un liderazgo cultural y religioso. Eran los fariseos, los escribas, el Sanderín, los ancianos de las sinagogas los que mantenían viva a la Israel étnica, mientras que los conquistadores griegos y más tarde los romanos ocupaban la tierra y gobernaban al pueblo. Pero ellos también fracasaron no pudiendo lograr que el remanente se mantuviera como el pueblo espiritual de Dios. El Israel étnico y cultural fue siempre únicamente la cáscara dentro de la cual se encerraba el verdadero Israel. Indudablemente, el Israel espiritual siempre fue parte del Israel étnico, integrado exteriormente con él, debajo de la cáscara.

Es más, cuando llegó el gran día del Señor en Pentecostés, no se estableció una nueva y mejor Israel étnica, un nuevo y mejor sistema sacrificial, una estructura nueva política o nacional. Por cierto, todo esto fue reemplazado por la nueva y mejor provisión en Cristo (vea Hebreos). Cuando Jesús fue tentado en el desierto para que actuara políticamente, El lo rechazó. La esperanza de Pablo para el futuro del Israel racial, era que fueran salvos por la fe en Cristo, no por una restauración del estado nacional y de la cultura judía. El manifiesta esto con toda claridad en la carta a los Efesios, como lo hace Juan en el Apocalipsis, de que la iglesia jamás debe ser desplazada como pueblo de Dios por el Israel étnico; pues, "A Dios sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos." (Efesios 3:21). La destrucción de Jerusalén y del templo en el año 70 D.C. fue considerada por los cristianos de aquel día como el juicio final de Dios sobre la incrédula y contumaz Israel que había rechazado al Mesías. La iglesia no es la continuación del Israel étnico, sino del Israel espiritual. Israel étnico continuó, pero fuera del plan de Dios.

La evidencia histórica del rechazo y eliminación del Israel étnico y nacional del plan de Dios, que dio lugar a la nueva creación, no fue la única ni la principal razón por la que la iglesia puede considerarse como el pueblo de Dios. Tal como el pueblo de Dios fue constituído de manera especial por los portentosos actos de Dios en el éxodo de Egipto y el pacto en el Sinaí, así también el nuevo pueblo de Dios fue constituído a través de los portentosos actos de Dios en la encarnación de Cristo, sus obras, su muerte y su resurrección, y por el descendimiento del Espíritu Santo con poder en Pentecostés. Ellos fueron testigos presenciales de estos hechos. Ellos sabían que Dios nuevamente estaba obrando ahora, creando, transformando, manifestándose a sí mismo al reunir un pueblo para su nombre. Acaso no había dicho Jesús a sus discípulos "edificaré mi iglesia"? Y cuando la iglesia apostólica dudó acerca de la extensión de los límites del pueblo de Dios fuera del trasfondo étnico judío, el hecho que los convenció fue la acción directa de Dios al mandar su Espíritu Santo sobre aquellos en Samaria que habían creído por la predicación de Felipe, así como más tarde sobre Cornelio y su casa, juntamente con la directa y específica órden dada por Dios a Pedro en su visión en Jope de aceptar a Cornelio. El reporte que Pablo y Bernabé rindieron al Concilio de Jerusalén respecto a "cuán grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles" (Hechos 15:7-9,12) fue lo que convenció al Concilio a proseguir en su resolución de unificar a gentiles y judíos en la iglesia. Una vez más, como Minear (9) y otros han señalado, la iglesia primitiva se creía comprometida en un gran"éxodo de salvación" que saliendo del cautiverio espiritual llegaba hasta la tierra prometida del pueblo salvo de Dios, en analogía con el éxodo histórico que salió de Egipto y llegó a la tierra prometida de Palestina. Fue a través de las obras portentosas de Dios que se realizó este nuevo éxodo y son ellas las que acompañan al peregrino a lo largo del camino que le lleva a su meta final que es la ciudad celestial de Dios, el nuevo

Monte Sion. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento lo esencial en la idea del pueblo de Dios, es que Dios escoge y crea su pueblo, y que ellos se convierten en su pueblo al responder a sus actos de gracia.

Habiendo observado ya la identificación histórica de la iglesia como pueblo de Dios, comenzando en Pentecostés, nos falta examinar el significado teológico de esta identificación para poder comprender la naturaleza de la iglesia.

La primera implicación del concepto es que la iglesia es un conjunto de personas concretas que viven en la carne, en el tiempo y en el espacio, pero que ya no estan confinados a un área geográfica. Es un conjunto humano visible e identificable, no un fenómeno místico invisible. Es la contraparte del Israel visible Antiguo Testamentario. Esto es cierto, aún cuando sea la contraparte únicamente del remanente espiritual de Israel, no de la corteza del Israel étnico. Los israelitas espirituales eran visibles e identificables como sirvientes de Dios.

La segunda implicación del concepto es que la iglesia es llamada a existencia por el mismo Dios. Igual que en el Antiguo Testamento, en este nuevo día el propósito y la acción de Dios vienen primero. Su pueblo emerge como una expresión de su anterior propósito, y por lo tanto son una expresión de su gracia. "A través de toda la Biblia" dice Minear, "vemos la afirmación de que el nacimiento y sobrevivencia de este pueblo se deben exclusivamente a la acción de la gracia y la fidelidad de Dios al crear, llamar, sostener, juzgar y salvarlo. Son un pueblo únicamente porque El habita entre ellos y se mueve en ellos." (10) Son un pueblo porque El ofreció un pacto a aquellos que habrían de convertirse en Su pueblo, que fue aceptado por ellos. Son un pueblo debido a su soberana elección, no porque ellos lo hubieran querido o elegido, o se hubieran esforzado por alcanzarlo. De la misma forma la iglesia Nuevo Testamentaria viene a existir por un acto de gracia de Dios en Cristo. El nuevo pacto se ofrece en la sangre de Cristo. La iglesia es creada por los actos portentosos de Dios, y continúa existiendo únicamente porque Dios habita en medio de ella - ella es SU templo. El nuevo pueblo son los elegidos.

Por lo tanto, jamás puede la iglesia considerarse como una institución humana creada como un compacto voluntario de seres humanos interesados en la religión, aún cuando ésta fuera la religión de Jesús. La iglesia debe su vida a Dios, y todos aquellos que son añadidos a ella son añadidos por Dios. Hechos 2:47. El punto de referencia de la iglesia siempre es trascendente, fuera de sí misma.

Además, Dios determina la elegibilidad para convertirse en miembros de su pueblo. Desafortunadamente, la gente tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento frecuentemente han caído en la tentación de fijar sus propios límites de elegibilidad basados en asuntos raciales o culturales, y excluyendo a los que quieren. Al hacer esto se olvidan que "Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada. Y en el lugar donde se les dijo: Vosotros no sois

pueblo mío, allí serán llamados hijos del Dios viviente" (Romanos 9:25,26). Esto de ninguna manera niega la obligación del pueblo de Dios de fijar los requisitos espirituales para membresía, o de fijar los límites de separación del mundo. Significa sencillamente que la iglesia no puede fijar por sí misma ninguna frontera étnica, nacional o cultural.

Hemos observado que el pueblo de Dios es Su pueblo por Su elección. Pero esto ha de entenderse como una elección de un pueblo, no una elección de individuos. (11). Dios ha determinado con anterioridad que El tendrá un pueblo; El ha predestinado a la iglesia; esto es absoluto. La elección de individuos para integrar esta iglesia está condicionado a su respuesta individual. La determinación de cuál individuo ha de convertirse en miembro del pueblo de Dios depende de la respuesta individual, no del FIAT de Dios. Dios desea que todos se salven, pero solamente aquel que quiera se salvará. Los individuos vienen y van, pero el pueblo de Dios es para siempre. Sobre la base del principio que el carácter étnico no tiene ninguna importancia para Dios y que por lo tanto la retención de grupos o individuos étnicos no es necesario, la continuidad entre el antiguo y el nuevo pueblo de Dios puede entenderse, a pesar de que hubo una descontinuidad cuando el Israel étnico rehusó en gran medida aceptar al Mesías.

Otra faceta importante en el significado del concepto del pueblo de Dios es que son las personas que responden al llamado de Dios (12). Es Suya la iniciativa de gracia, Suya la aproximación; El actúa para elegir y llamar a la gente; El salva y sostiene a su pueblo. Pero tienen existencia únicamente cuando responden a Su llamado. Abraham no eligió su llamado o destino, pero tuvo que seguir el llamado y abandonar su tierra y su parentela, o de lo contrario Dios no hubiera podido usarlo. El pacto no fue efectivo en el Monte Sinaí hasta que Israel respondió y juró ser leal y obedecer únicamente a Dios. La ulterior pérdida de los derechos y privilegios del pacto por Israel fue el resultado de su desobediencia, deslealtad e incredulidad; no fue un acto arbitrario de parte de Dios. El Mesías rechazó a los judíos, a su propio pueblo, porque ellos lo rechazaron a El y no dieron los frutos del reino. Juan 1:11; Mateo 21:43. La relación de Israel con Dios siempre estuvo condicionada a su respuesta, aún cuando la verdad básica no siempre se mencione en cada ocasión que se mencionen las relaciones del pacto o la promesa. Como Israel, así es también la iglesia. La iglesia también nació al responder a Dios, en arrepentimiento y fe. La iglesia no existe separada de la fe en Cristo; es un pueblo de creyentes. El Espíritu Santo viene únicamente sobre los que creen. Dios ofrece la salvación, pero su aceptación corresponde al hombre.

Es más, responder a la gracia de Dios no es solamente el acto inicial para establecer la relación; sino que en verdad es una indispensable acción continua en la vida de la iglesia para poder mantener la relación. Esto se ilustra en las muchas formas en el que el Nuevo Testamento habla acerca de la iglesia. Los miembros de la iglesia son discípulos, seguidores, confesores, creyentes, testigos, embajadores, peregrinos, mayordomos, ministros, fieles - términos todos que

denotan respuesta y actividad por parte de los miembros. En todas estas formas, el Nuevo Testamento nos recuerda constantemente que cualquier lenguaje elocuente en que se hable de la iglesia como el pueblo de Dios, desde el punto de vista de la activa gracia de Dios, la iglesia es una comunidad concreta de personas humanas de quienes se espera que respondan a Dios, y quienes existen únicamente cuando así lo hacen.

Puede observarse que cada vez que el Nuevo Testamento nos habla de la gracia de Dios, encontramos entremezcladas exhortaciones para que respondamos a esa gracia. La base del llamamiento de Pablo es la misericordia de Dios, pero son los miembros humanos de la iglesia los que deben presentar sus cuerpos y sus mentes como sacrificio vivo. Romanos 12:1,2. Y el llamamiento no es incidental, sino necesario; no solamente porque los cristianos de Roma hayan sido débiles en su obediencia, sino para presentar la necesidad esencial de reaccionar ante la gracia, sobre una base correcta.

La iglesia puede rehusarse a responder, o responder inadecuadamente, pero al hacerlo se debilita o se destruye a sí misma. La iglesia puede, como Israel, volverse desobediente, incrédula y apóstata, ya que el responder es por libre elección y responsabilidad, y en su humanidad no es infalible. La gracia de Dios no obliga ni garantiza la obediencia de la iglesia. Con respecto a esto, la nueva Israel es precisamente igual que el viejo Israel. Pero la diferencia entre la iglesia de la nueva era y el Israel étnico radica en que se logra la entrada al pueblo de Dios a través de una decisión personal del individuo. Personas son añadidas a la iglesia conforme responden a la predicación del evangelio, no debido a razones étnicas ni por marcas físicas. Pertenecer al remanente espiritual de Israel se lograba, desde luego, sobre la base de la respuesta y el compromiso personal.

Es esta diferencia la que obliga que se abandone cualquier esfuerzo que conlleve un ingreso no voluntario a la iglesia, tal como el bautismo de infantes en lugar del rito de la circuncisión del Antiguo Testamento. Aún bajo el antiguo pacto, era necesaria la circuncisión del corazón, y ésto requería de una fe voluntaria. Los miembros de la iglesia no nacen a ella en forma biológica; escogen integrarse a ella. Los que defienden el bautismo de infantes alegan que la ceremonia simboliza el acto previo de la gracia de Dios para salvación, pero se olvidan que cualquier ceremonia de adminsión a la iglesia debe representar la respuesta de fe libremente dada por el hombre. El bautismo de infantes no llena este requisito. El infante es obligado por otros a entrar a la iglesia; no es su elección y se concede que no puede tener fe en el sentido Nuevo Testamentario. Tampoco la respueta de otros puede substituir la respuesta personal del individuo sin negar el significado de una respuesta responsable. Visto bajo esta luz, practicar el bautismo de infantes, es negar que la iglesia comprende el Nuevo Testamento. Esta conclusión lógica encuentra más puntos de apoyo en el hecho de que la iglesia primitiva no practicaba el bautismo de infantes, como ha sido demostrado en

forma concluyente por Kurt Aland en un reciente estudio. (14).

El entendimiento básico de que la iglesia está constituída por el pueblo de Dios que responde a su llamado, queda muy bien afirmado en LA REALIDAD DE LA IGLESIA, obra de Welch. "La iglesia depende de un acto de Dios, pero no es solamente la acción de Dios. Es también un pueblo que cree, adora, obedece, testifica." (15). Decir que la iglesia es divina y no humana es negar este hecho obvio. La iglesia es la creación divina de Dios, pero no puede existir sin la respuesta humana de fe. Puede existir sin usted y sin mi, pero no puede existir sin NINGUNO, como dice Welch.

El concepto de un pueblo que responde al llamado de Dios tiene aún otra implicación, la de la visibilidad de la iglesia. La experiencia de la misericordia de Dios sobre un individuo, y la respuesta de ese individuo a la gracia de Dios, o sea la relación del creyente con Cristo, es una experiencia interior, pero el individuo es una persona visible e identificable. El Nuevo Testamento no conoce ninguna iglesia invisible. Como Karl Ludwig Smidt ha dicho: "La iglesia es tan visible como el hombre cristiano." Debe haber una confesión pública de Cristo con la boca y con la vida. Las "iglesias de Dios" están "en Cristo" pero también están "en Judea". El cuerpo de Cristo no es meramente un compañerismo de hombres, sino que ES un compañerismo de hombres. Hay misterios acerca del reino de Dios tratando con el hombre, pero la manifestación de los resultados de ese trato, no es ningún secreto; es manifiesto y conocido de los hombres. Es verdad que Cristo confronta al hombre en el Evangelio, pero este Evangelio llega al hombre por el testimonio de la iglesia visible y viviente. Los creyentes deben amar al Dios invisible con todo su ser, pero este amor debe encontrar expresión en el amor del muy humano y visible prójimo. I Juan 4:20; Lucas 10:27. Juan dice en su epístola que este amor por el prójimo en necesidad, es la prueba de nuestro amor a Dios. I Juan 4:20. La encarnación de Dios en carne es paralela a la encarnación de la iglesia en una comunidad humana concreta. La doctrina de la iglesia invisible es una invención de los Reformadores, quienes deseaban mantener a la masa de la iglesia de los siglos medioevales en su estructura visible, mientras que al mismo tiempo protegían su doctrina de la justificación por la fe como una marca esencial del creyente cristiano. A través de esta construcción, evadían la necesidad de rechazar a la masa de cristianos que en realidad estaban "fuera" de Cristo, mientras que rechazaban el punto de vista católico de que todos eran salvos.

Nosotros afirmamos la naturaleza doble de la iglesia. Por cierto, es llamada por Dios, pero responde a El como una comunidad humana que vive en el tiempo y en el espacio la vida que viene de lo alto.

Vale la pena que nos detengamos un momento para recordar la historia de la iglesia en relación a la Reforma Anabautista, que buscaba ser la verdadera iglesia de Cristo siguiendo el patrón del Nuevo Testamento, y que en consecuencia rechazaba la iglesia masiva que los Reformadores llamaban la iglesia de los creyentes. Se hubieran

ahorrado inenarrables sufrimientos en manos de las iglesias estatales que la persiguieron, si hubieran estado dispuestos a suspender la creación de iglesias visibles comprometidas a una total obediencia a Cristo. Hubieron algunos que hicieron esto, especialmente los Espiritualistas de aquel tiempo, Gaspar Schwenckfeld y otros. Pero el verdadero corazón del compromiso Anabautista con Cristo era seguirle abiertamente en la vida. La nueva vida en Cristo debía evidenciarse en las relaciones humanas del orden social concreto. No debería haber un discipulado secreto en el retiro privado de la contemplación. Tampoco debería haber ninguna rendición a los standards de vida del mundo amparándose en la justificación por la fe. Cristo debía hacerse visible en la iglesia, y la iglesia debía hacerse visible en el mundo, a cualquier costo. Esto es lo que los Anabautistas concebían como el patrón apostólico original de la iglesia, según lo enseña el Nuevo Testamento, y se consideraban a sí mismos como restauradores de este patrón, y por lo tanto, completando la Reforma. Así es que los Anabautistas ilustran un patrón diferente de iglesia que el que se desarrolló como resultado del compromiso con Constantino y que continuó en la iglesia estatal del Protestantismo.

El énfasis en lo humano y en el carácter histórico visible de la iglesia, da lugar a la legítima pregunta de si la iglesia empírica e histórica ha sido la verdadera iglesia de Cristo. Casi no puede decirse que todas las manifestaciones históricas de la iglesia estén apegadas a la naturaleza de la iglesia de Cristo expuesta en este capítulo y en los siguientes. Al revisar la historia de la iglesia profesante de Cristo, algunos han desistido en su intento de encontrar la verdadera iglesia en la historia y han llegado a la conclusión de que la verdadera iglesia es la invisible compañía de los verdaderos creyentes, conocida únicamente por Dios, y que existe dentro de la cubierta de la iglesia profesante. Por lo tanto recomiendan abandonar el intento de identificar o aún producir la verdadera iglesia. ECCLESIOLA IN ECCLESIA, pequeña iglesia verdadera dentro de la gran iglesia nominal, se convierte en una alternativa. Ellos dicen: Ya no busquemos el ideal, ya que prácticamente no podemos garantizar que la iglesia empírica sea la verdadera iglesia. Desde tal punto de vista, la iglesia se convierte más en un hospital que en un templo, con una multitud de pecadores y santos mezclados como sus miembros.

Jesús mismo enfrentó y resolvió el problema. El dijo: "No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos" (Mateo 7:21), e insistió que los hombres se conocerían por sus frutos. El admitió que toda rama de la vid que no produzca fruto, será cortada (Juan 15:2), pero no por esa razón abandonó su programa de establecer Su reino en la tierra. Ni tampoco nosotros sus seguidores podemos rendirnos ante el esfuerzo que implica edificar la iglesia ideal y obediente, porque habrán fallas humanas. Es nuestra comisión predicar el Evangelio, invitar a una respuesta libre, aceptar como sincera la confesión de arrepentimiento y fe del candidato a membresía e incorporarlo dentro del compañerismo visible para hacerle crecer y alimentarle. Puede volverse necesario excluir del compañerismo visible a aquellos cuyo "Señor, Señor" resulte falto de sinceridad y que no produzca fruto. Pues aunque su destino eterno esté en las manos de Cristo, el Juez justo, su status temporal es de incredulidad fuera del rebaño de Cristo. Cualquier otro camino llevaría a convertir a

la iglesia en la contraparte del Israel étnico, que esconde dentro de sí el escondido remanente de fe; pero no es así el pueblo de Dios bajo el Nuevo Pacto. La iglesia debe de ser edificada visiblemente en medio de un mundo roto, como una expresión de la redención de Dios en Cristo.

2

EL CUERPO DE CRISTO

La figura de la iglesia como cuerpo de Cristo es una de las más notables y significativas aplicadas a la iglesia en el Nuevo Testamento. Lleva tal peso en su significado que se convierte en una categoría indispensable para entender la naturaleza de la iglesia. Corresponde a la figura de la vid y los pámpanos que Jesús mismo usó para representar Su relación con Su pueblo. Representa la imagen de toda la experiencia cristiana, desde el acto inicial de arrepentimiento hasta la redención final, y también mucho de la idea de membresía en la iglesia. Se usa ampliamente en el pensamiento cristiano, y entre algunos se ha convertido en la imagen dominante alrededor de la que se agrupan todas las demás, y por medio de la que todas las demás son interpretadas. (1).

Pero convertir esta figura en un punto indebidamente central, es no ver la doctrina de la iglesia en el Nuevo Testamento en un equilibrio apropiado. Minear señala que más de ochenta imágenes y analogías sobre la iglesia pueden encontrarse en el Nuevo Testamento, algunas de gran importancia, tal como la imagen del pueblo de Dios que hemos considerado en el primer capítulo. Esta imagen tiene prioridad sobre la imagen del cuerpo, tanto en la experiencia histórica de la iglesia como de acuerdo a la lógica, ya que expone la relación de la iglesia con Dios, mientras que la imagen del cuerpo de Cristo representa la relación de Cristo, el Hijo. Ni tampoco se representa la idea de "cuerpo" en la palabra ECCLESIA. "Cuerpo" es un concepto exclusivamente Paulino que se encuentra únicamente en cinco libros - Romanos, I y II de Corintios, Efesios y Colosenses. (2) y a pesar de que se usan allí en un sentido de mucho peso, de ninguna manera es la figura más frecuentemente usada en el Nuevo Testamento para significar iglesia. Examinemos pues el significado de la imagen, sin olvidar que ella no agota el significado de la naturaleza de la iglesia.

Dos figuras adicionales están conectadas con el uso que Pablo hace de la imagen del cuerpo: la cabeza del cuerpo y los miembros del cuerpo. Estas son figuras independientes, según las usa Pablo, y no derivados de la idea del cuerpo, aunque frecuentemente están entretejidas de tal forma que aparentan ser una, y a pesar de que por lógica parezca que tienen que ver con el cuerpo. El pensamiento de Pablo oscila entre las tres, moviéndose de una y otra, sin vacilación de un aspecto o significado a otro. Algunas veces el énfasis recae en la sujeción del cuerpo a la cabeza, otras en la responsabilidad mutua de los miembros, otras en la unidad del cuerpo, otras en

el crecimiento del cuerpo a través de lo que sus miembros suministren, y en otras en el crecimiento al recibir vida y alimento de la cabeza. Estas son únicamente maneras de transmitir la verdad acerca de la iglesia; por lo tanto, no es necesario que forzosamente todas integren un conjunto sistemático. Cuando usamos este material Paulino en forma más o menos sistemática para entender la naturaleza de la iglesia, debemos recordar que Pablo no estaba disertando acerca de la naturaleza de la iglesia, sino dirigiéndose a situaciones concretas y tratando con las necesidades y problemas de congregaciones individuales empíricas. También debemos tener mucho cuidado en no forzar consecuencias lógicas de esta analogía, que no se afirmen ni siquiera sean implícitas, lo cual constituye una tentación para los intérpretes bíblicos en todos los tipos de lenguaje figurativo.

La imagen del cuerpo de Cristo nos habla, en primer lugar, de la centralidad de CRISTO en la vida de la iglesia; el énfasis de la oración recae sobre la palabra CRISTO. Mientras que la imagen del pueblo de Dios atrajo nuestra atención a la historia de la redención a través de los siglos y a las portentosas obras de Dios en el climax de esa historia en el Calvario y en Pentecostés, la frase "cuerpo de Cristo" enfatiza la relación viviente, contemporánea e inmediata de Cristo con la iglesia, incluyendo desde luego, la relación con el Cristo histórico del Calvario. Dios estaba en Cristo y está en Cristo, indudablemente; las dos imagenes, pueblo de Dios y cuerpo de Cristo, son inseparables; pero el principal empuje de la segunda imagen radica en que la vida de la iglesia a partir de la resurrección ha de entenderse como totalmente dependiente de Cristo, tal como el cuerpo humano viviente depende de su fuente de vida. La inseparabilidad de la iglesia con Cristo es afirmada a través de metáforas vívidas y poderosas. Si la iglesia languidece o enferma se debe a que "no se está asiendo de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios" (Colosenses 2:19). El cuerpo crece únicamente porque es el cuerpo de Cristo. "Crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo... recibe su crecimiento para ir edificándose en amor." (Efesios 4:15,16). Esta absoluta dependencia y cercana intimidad entre Cristo y la iglesia también se expresa por medio de otras figuras por Pablo, especialmente en la trascendente frase "en Cristo," o su contraparte "Cristo en nosotros," o en la idea de unión con Cristo. Es indudable que el concepto "en Cristo" debe de entenderse que va detrás de la frase "cuerpo de Cristo". Aquí nos encontramos en el mismo corazón de la fe cristiana. La voluntad de Dios crea Su pueblo, quienes viven en Cristo. Ninguna de las dos imágenes es independiente de la otra, ni subordinada a la otra, aunque una es primera. Ambas están unidas en la unidad de la cabeza de Dios.

Al buscar sondear la profundidad de su significado, debemos recordar que el contenido de la figura del cuerpo, no puede encontrarse por deducción lógica en el concepto moderno de "cuerpo". Debe mas bien derivarse de un examen del trasfondo del uso bíblico y hebráico del término, y de los varios contextos en los que aparece la

frase en el Nuevo Testamento. Procederemos ahora a este examen.

Detrás de la imagen del cuerpo está la noción hebrea de una personalidad corporativa (3). El pronunciado individualismo de nuestra cultura occidental contemporánea, que se fundamenta en el pensamiento griego, dificulta nuestra comprensión de la idea. Para el hebreo, el individuo existía solamente como una expresión particular de la totalidad del pueblo; su caracter era determinado por la solidaridad con todos los demás miembros de su pueblo. Su pueblo tenía prioridad sobre el mismo como individuo. Este sentido de solidaridad con un grupo está detrás del uso que Pablo hace del primer Adán y del segundo Adán para explicar el pecado y la redención, "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (I Corintios 15:22). El mismo concepto resulta clave para entender pasajes como el que aparece en Romanos 6, en donde Pablo habla de ser enterrados con Cristo y resucitados con El. "Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección" (Romanos 6:5). "Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él" (Romanos 6:8). 'Vivir con Cristo' no significa estar con El, espacialmente ó temporalmente, ni tener compañerismo con El, sino estar en solidaridad con El de manera que Su vida sea nuestra vida, pues hemos de ser un cuerpo con El. Podemos usar la palabra "compañerismo" para esta relación si realmente queremos significar lo que el Nuevo Testamento expresa como KOINONIA, que siempre tiene el sentido de compartir, participar en una vida común, mas bien que simplemente "reunirse" que nuestro moderno uso social le ha conferido.

A la luz de este entendimiento podemos ver con más claridad las dos humanidades en las enseñanzas de Pablo, el hombre viejo y el nuevo hombre. (4). Todos los seres humanos pertenecen primero a la categoría del hombre viejo, el primer Adán por medio de cuyo pecado entró la muerte a todos los hombres, puesto que la raza es una solidariamente. Esta humanidad pecadora se describe como el "cuerpo de muerte". En otras palabras, la situación humana alejada de Cristo es de muerte - muerte para todos y cada uno. "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" exclama Pablo (Romanos 7:24), queriendo decir, "¿Cómo podré escapar de esta humanidad pecadora con la que soy solidario, y de la cual soy parte inseparable?" La respuesta es muy clara. "Por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos," esto es, la liberación. I Corintios 15:21. Así como el destino del hombre está determinado por su solidaridad con el primer Adán pecador y toda su raza, así el destino del hombre puede cambiarse si se convierten en parte del hombre nuevo, Jesucristo, en total solidaridad con El y Su nueva raza. Este nuevo destino es el "don gratuito" de Dios que conduce a "la justificación de vida para todos los hombres" (Romanos 5:18) y a "reinar en vida por uno solo, Jesucristo" (Romanos 5:17). La complicada figura que expone Pablo, de morir para ser liberado de la muerte, se entiende facilmente si tenemos en mente las dos solidaridades de las que el hombre forma parte. Morir con Cristo es la segunda solidaridad; significa vida porque el Cristo que muere resucitará de entre los muertos, llevando consigo a todos aquellos que por fe son

solidarios con él.

Por lo tanto, el primer significado del término "el cuerpo de Cristo" es que la redención del cuerpo de muerte (pecado) se realiza al ser parte del cuerpo viviente de Cristo (la iglesia). Redención es ser transferido de un cuerpo al otro cuerpo. Es Dios quien nos traslada, condicionándolo a una solidaridad de fe con Cristo. "Hermanos habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios" (Romanos 7:4). Hay dos solidaridades abiertas para el hombre: los dos cuerpos y todo hombre pertenece a uno de los dos. El primero es universal; todos los hombres pertenecen a él antes de ser redimidos. El segundo puede convertirse en universal, aunque cada hombre debe decidir su destino sólo, y se incorpora al nuevo cuerpo por responder a la iniciativa de Dios. Son mutuamente exclusivos ya que son dos reinos opuestos en conflicto, dos reinos en guerra. Todos los creyentes cristianos han sido trasladados del primer reino al segundo, con consecuencias inmensas. Han sido liberados del cautiverio y esclavitud del viejo hombre y ahora pertenecen a otro, y tienen la obligación, la función de llevar fruto para Dios. El traslado es la experiencia fundamental esencial para la existencia de la iglesia; constituye una categoría básica en el pensamiento Novotestamentario. Se repite en otras figuras, tal como el de los dos reinos en Colosenses (1:13), en donde se expresa la misma verdad en el pasaje que define la redención como el ser transferido del "dominio de las tinieblas ....al reino de su amado Hijo." En el mismo capítulo de Colosenses, Pablo vuelve a la figura del cuerpo al describir la redención como "ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne por medio de la muerte" (versículo 22). Es esencial recordar que la visión de Pablo acerca de este 'traslado' no se refiere primordialmente a individuos, aunque sea efectivo para ellos, sino a toda la iglesia integrada por la totalidad de creyentes.

Debe observarse que en los pasajes de las Escrituras citados, hay una gran variedad de significados para el término "cuerpo." En un momento el cuerpo de Cristo puede significar una nueva humanidad, es decir, la iglesia; en otro el Cristo cuyo cuerpo fue clavado en la cruz; en otro el Cristo del cuerpo resucitado; y aún en otro la persona específica que participa en una de las dos solidaridades descritas arriba. El más usual aspecto del concepto cuerpo, es la solidaridad del creyente con el cuerpo agonizante de Cristo y luego con su cuerpo resucitado, en donde el cuerpo "de la carne" y el cuerpo de vida espiritual "en el" están extrañamente unidos en una realidad. Naturalmente, esto es posible porque es el mismo Cristo el que lleva su obra salvífica a través de el acto completo de la redención, desde el descendimiento de la encarnación y el calvario, a través de la resurrección y la exaltación de regreso a la gloria. Otro aspecto en el significado de "cuerpo" se encuentra en la declaración que implica la iglesia en la tierra. "Todos fuimos bautizados bautizados en un cuerpo" (I Corintios 12:13) y una vez más, "hay un cuerpo y un espíritu" (Efesios 4:4). Aquí cuerpo significa tanto el cuerpo espiritual como la iglesia visible.

Para muchos resulta difícil de entender el concepto de ser parte del cuerpo de Cristo o de estar "en Cristo". Parece como si fuera algo místico y misterioso, o por lo menos como pura teología; no conlleva ningún sentido de realidad. No obstante, es dificil exagerar la importancia que esta idea tiene para Pablo y para la iglesia. Aparece en todas sus cartas y la usa casi constantemente. Pablo afirma que los cristianos están ahora "en Cristo," no luchando por estar en El. Por cierto, ser un cristiano significa estar en Cristo; no puede haber ningún cristiano fuera de Cristo; no puede haber ninguna iglesia fuera de Cristo. Entonces, ¿qué quiere decir Pablo con esta expresión? Aquí voy en pos de Welch cuando el busca aclarar esto en su reciente libro LA REALIDAD DE LA IGLESIA (5).

Estar en Cristo significa, en primer lugar, recibir lo que Dios hizo en el Cristo histórico, pues Dios estaba en Cristo. Esta es la expiación resultante de la encarnación y de la resurrección. En la encarnación Jesucristo se identifica totalmente con el hombre, asumiendo carne y sangre, mente y espíritu, y convirtiéndose en parte de la sociedad del hombre y de todas sus relaciones psico-sociales. Por identificación cargó sobre sí mismo a toda la raza humana, estando en ella como consecuencia de Su humanidad. Pero Jesús hizo más que esto. Se dió a sí mismo por el hombre; es decir, en hechos y en palabras de amor, en perdón, en sanación, El llevó sobre sí mismo histórica y concretamente, todas las necesidades del hombre, y se derramó en cuerpo y alma, aún hasta la muerte, por el y por su salvación. Pero aún más, se metió en medio de la humanidad pecadora, se hizo como la humanidad "caída", sufrió tentación tan real como la que sufre cualquier hombre, pero sin pecado. En este contexto social pecador, El venció al pecado. "El se convirtió en lo que somos nosotros, pero no hizo lo que nosotros hacemos." (6).

Pero es precisamente aquí en donde radica nuestra pecaminosidad como seres humanos; nosotros no solamente vivimos dentro de un contexto pecador y sufrimos tentación; somos parte del contexto pecador y condescendemos con el pecado. ¿Como, entonces, podemos El y nosotros convertirnos en un solo cuerpo, nosotros pecadores y El sin pecado? La distancia que nos separa no es únicamente que El es infinito y nosotros somos finitos, que El está en su cuerpo resucitado y nosotros estamos atados a la tierra. La distancia entre nosotros es la distancia del pecado, un abismo que nosotros por sí mismos no podemos atravesar, pues estamos muertos en nuestros delitos, transgresiones y pecados; pero El cruza el abismo y viene a nosotros en reconciliación. Esto Jesús lo realiza sobre la cruz al aceptar el juicio de Dios que pendía sobre nosotros como suyo propio al convertirse en pecado por nosotros, aceptando la merecida condenación del pecador, sin que El la mereciera. Hace esto como participante en la solidaridad de la raza. Nos unimos a El por nuestra completa aceptación de nuestra condenación, y no podemos unirnos a El sino hasta que la aceptemos, debido a que El ha aceptado para El nuestra condenación. Morimos con El al hacernos solidarios con El.

Cristo sufre por identificarse con y a favor de nosotros los pecadores, y nosotros sufrimos conforme nos identificamos con El y con Su sufrimiento por el pecado del hombre. Colosenses 1:24. El está indisolublemente vinculado con nosotros, y nosotros con El de manera que "El nos representa, intercede por nosotros, actúa a nuestro favor," (7) y nos lleva de regreso a Dios. Nos levanta consigo cuando El resucita de la condenación de muerte de Dios; esto es "resucitar con El." Por lo tanto, Cristo es representante y substituto del pecador, no en una forma legalística y transaccional, sino vital y dinámicamente, únicamente porque El es uno con nosotros en nuestra necesitada, rota y culpable humanidad. La encarnación y la expiación son inseparables; la vida, muerte y resurrección de Cristo son inseparables.

Finalmente, Cristo continúa identificándose ahora con nosotros los hombres, intercede por nosotros, conoce nuestra humanidad, y estará con nosotros hasta el final de los siglos. Está con nosotros realmente porque todavía permanece solidario con nosotros los hombres en toda nuestra humanidad, porque El no se desvistió de Su humanidad en la ascensión. "La encarnación tiene un principio, pero no un final." (8). El cristo que se levantó de entre los muertos continúa siendo uno con nosotros en Su naturaleza. El aún siente nuestra necesidad y se da a nosotros por medio de su Espíritu, formando en nosotros el patrón de Su humanidad, por cierto no completa y perfecta como El fue, pero trabajando hacia esa meta. Y en cuanto a nosotros, es en nuestra humanidad, en el contexto de una sociedad pecadora, que debemos ser transformados a Su imagen. El moldea y da forma a nuestra naturaleza humana, señalando hacia la limpieza final y hacia la redención de nuestra humanidad, más allá de la historia, cuando seremos como El es.

Hemos visto que esta vívida figura del cuerpo de Cristo es la representación pictórica del acto de Dios en Cristo, de Cristo viniendo a nosotros, dándose a sí mismo por nosotros y haciendo posible que seamos solidarios con El, para que podamos ser uno con El, siendo incorporados en El para que podamos recibir todo lo que Dios tiene preparado para darnos a través de El. "porque en El habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en El." (Colosenses 2:9).

Pero nosotros también tenemos nuestra parte para lograr que se realice esta unión con Cristo. Tal como es necesaria la respuesta cuando Dios ofrece convertirnos en Su pueblo, así también es necesaria nuestra respuesta para formar el cuerpo de Cristo. El primer paso es identificarnos con el hombre pecador en solidaridad con la raza del primer Adán; esto se llama arrepentimiento. El segundo paso es identificarnos con el histórico Cristo propiciatorio, según el recuerdo que de El tiene la iglesia de acuerdo al retrato que de El hacen los Evangelios y las Epístolas; esta es la primera parte de la fe. El tercer paso es identificarnos hoy con el Cristo de gloria, quien está con el Padre; esta es la segunda parte de la fe. El cuarto paso es responder a Dios en obedien-

cia a Cristo como Señor; esta es la tercera parte de la fe. Fe es pues nuestra total respuesta a la obra de Dios en Cristo, arrepintiéndonos, creyendo, confiando, obedeciendo, amando. Este acto decisivo de nuestra parte permite que Cristo penetre hasta las mismas raíces de nuestro ser, y debido a que El ha tomado posesión de nosotros, nosotros "proseguimos, para ver si logramos asir aquello para lo cual fuimos también asidos por Cristo Jesús." (Filipenses 3:12), y esto incluye la resurrección, la vida, la perfección. El acto de acercamiento de Dios hacia nosotros en Cristo, es la gracia, una gracia que es la verdadera llegada de Cristo a nosotros, volviendo a crear la estructura rota de la relación entre nosotros y Dios, reconciliándonos con El. Esta gracia, entonces, reconstituye nuestra existencia (9). El Cristo histórico se vuelve parte de nuestro pasado, la figura central de una historia que se ha convertido en nuestra historia. La decisión central de nuestra vida, morir y ser resucitado, es la misma decisión que Cristo tomó en Su expiación por nosotros y por todos los hombres. Adquiere significado porque El ya lo hizo y El mismo la experimentó, y nosotros entramos a ella junto con El.

Las obras de Dios y de Cristo descritas arriba, unidas a nuestra respuesta, dan a luz el cuerpo de Cristo, la iglesia, pues nuestra decisión personal y central de fe nos ha identificado con todos los demás pecadores que han tomado la misma decisión, y que a través de ella han sido incorporados a Cristo. El cuerpo de Cristo consiste de todos los pecadores redimidos que se han unido a El en la solidaridad del arrepentimiento y de la fe al morir y resucitar con El.

Siendo ahora miembros del cuerpo de Cristo, tenemos ahora una estrecha relación con El y con todos los otros miembros del cuerpo en los que El también vive, siempre y cuando permanezcan abiertos a Su presencia y obra mientras El busca realizar Su propósito en la nueva humanidad de la cual El es la cabeza. El está disponible a todos debido a que como El que ascendió ha sido liberado de toda limitación de tiempo y espacio, siendo limitado únicamente por la apertura y respuesta del hombre.

Nuestra solidaridad con Cristo en Su cuerpo básicamente no está fundada en el intelecto o en los sentimientos, sino en la voluntad. Su voluntad se convierte en nuestra voluntad. Como El siempre hizo la voluntad de Su Padre, nuestra voluntad se convierte en la voluntad del Padre. Esto significa que la relación de la que aquí hablamos no es tanto una relación de status pasiva, sino una relación de función activa. Produce un estado de gozo, pero es el gozo no solo de ser receptores, sino también de ser participantes, gozo que proviene no solo de la paz resultante del perdón, sino de la asociación en una causa común. Por lo tanto, la iglesia toda como Su cuerpo se convierte en el instrumento de Su acción en el mundo, el canal de Su gracia y obra salvífica. La conciencia de este llamamiento, y la experiencia de saber que Dios está obrando en nosotros produce un gozo inefable.

Nuestra vida en este cuerpo de Cristo es también de expectación y esperanza. Sabemos que aún necesitamos que El obre en nosotros por gracia para perfeccionar a la nueva humanidad a su imagen, pues hasta ahora compartimos solo imperfectamente Su naturaleza. Estamos concientes de la lucha que libran dentro de nosotros los dos reinos; no siempre salimos victoriosos en contra del viejo hombre; aún confesamos nuestros pecados y nuestras debilidades. Ansiamos la total limpieza que se realizará en el Día Final; y no solamente albergamos tal esperanza, sino la aguardamos, porque la esperanza del Cristiano no es sólo desear - es una seguridad. Esto no significa que neguemos la presencia de Cristo en nosotros ahora. Sino que es precisamente porque El está presente en nosotros ahora que sabemos que no hemos alcanzado la perfección que es SU meta. Continuamos batallando con el enemigo y aceptando el sufrimiento que esto produce, participando de los sufrimientos de Cristo "por su cuerpo, que es la iglesia" (Colosenses 1:24). Al hacer esto también sentimos lo que el mundo sufre bajo el peso del pecado, tal como Cristo lo sintió. Pero también debemos llevar con Cristo la carga de hacer de la iglesia lo que debe de ser como Su cuerpo. La iglesia no es, ni jamás ha sido globalmente el "glorioso" cuerpo de Cristo, sin mancha y sin arruga. El proceso de perfeccionamiento debe continuar hasta el fin de los tiempos. La presentación de la iglesia gloriosa ocurre en el encuentro con el Señor de la iglesia al fin de los tiempos.

Lo que hemos delineado, sacado en parte del análisis de Welch, es solo otra forma de describir el nuevo nacimiento y la nueva vida en Cristo. De conformidad con Cristo, nos rendimos a la ordenación de nuestra vida por Dios, sometemos nuestra egoista voluntad y experimentamos en forma concreta los frutos del Espíritu en la vida nueva con su progresiva transformación interior y exterior del ser a la imagen de Cristo. Romanos 8:29; II Corintios 3:18. En esta continua interacción con Cristo y la iglesia, cada creyente acepta responsabilidades de pacto con todos sus compañeros en el cuerpo, y todos los que están bajo el pacto unidos con Cristo el Señor. En otra figura presentada en el Nuevo Testamento, también nos convertimos en hijos adoptivos de Dios, hermanos del Hijos quien es "el primogénito entre muchos hermanos." (Romanos 8:29).

A través de esta interacción fluye un constante río de influencia sobre la humanidad del cristiano al ser atraído dentro de Cristo a tal punto que pueda genuinamente decir: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mi; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí." (Gálatas 2:20).

CRISTO LA CABEZA DEL CUERPO

La imagen de Cristo como cabeza de la iglesia está estrechamente relacionada con la imagen de la iglesia como cuerpo de Cristo, aunque no sea un derivado lógico y sencillo de ella. La figura aparece seis veces en Efesios (1:22; 4:15; 5:23) y en Colosenses (1:18;

2:10; 2:19). El señorío de Cristo sobre el cosmos -todo lo creado- se presenta aquí directamente conectado con su Señorío de la iglesia. Puede concluirse por lo tanto que la obra redentora de Cristo lo convierte en cabeza del universo.

Hay tres relaciones de la iglesia con Cristo expresadas en la metáfora de que El es la cabeza, como lo demuestra el contexto de las afirmaciones de Pablo en Efesios y en Colosenses. (1)La primera relación es la de autoridad sobre la iglesia. La iglesia no es autónoma; está sujeta a Cristo como Señor (Efesios 5:24), y por lo tanto está gobernada por El a través del Espíritu. La iglesia debe escuchar la voz de su Señor por encima de todas las otras voces; Su voluntad debe reinar; Su programa debe ser realizado. En este sentido el que Cristo sea la cabeza equivale a Su señorío sobre la iglesia. Cristo se expresa a través de la iglesia como Su instrumento.

(2) La segunda relación expresada por Cristo como cabeza de la iglesia es que la iglesia tiene por meta a Cristo, pues El incorpora dentro de sí todos los propósitos de Dios para el mundo, y es por lo tanto el ideal total hacia el cual la iglesia dirige todos sus esfuerzos. Es "crecer en todo en aquel que es la cabeza"(Efesios 4:15), y es "asirse firmemente de la Cabeza, de quien todo el cuerpo ... crece con el crecimiento que da Dios" (Colosenses 2:19). Esta metáfora significa que la iglesia no solo tiene a Cristo, Su carácter y Su persona como la meta distante que se alcanzará escatológicamente, sino que Cristo la Cabeza está trabajando en y con la Iglesia ahora para llevarla a Su meta. Por eso se dice que El la sustenta y la cuida (Efesios 5:29) y la limpia y la santifica a fin de presentársela a sí mismo en un último esplendor escatológico como "sin mancha y sin arruga ... santa y sin mancha. (Efesios 5:27).

(3) La tercera implicación de la relación de Cristo como cabeza es la de la unidad de la iglesia con Cristo en vida. La cabeza y el cuerpo son por naturaleza inseparables, pero si se rompe la unidad por defecto en el cuerpo, su vida termina, muere.

LA IMAGEN DEL CUERPO

COMO EXPRESION DE LA INTERRELACION DE SUS MIEMBROS

La comprensión de la naturaleza de la iglesia que hasta este punto hemos encontrado en la imagen del cuerpo de Cristo, cubre unicamente la relación de la iglesia con El. Pero la relación con Cristo también controla la relación mutua de los miembros de la iglesia. Permítasenos ahora examinar esas relaciones como existen dentro del cuerpo, ya que todas esas relaciones fluyen del común compartir de la vida de Cristo en Su Cuerpo. El compañerismo en el cuerpo resulta del compañerismo con Cristo.

El primer aspecto importante de estas relaciones internas de los miembros es la unidad del cuerpo en sí mismo. Esto debiera ser auto-evidente, tan evidente que Pablo exclama al darse cuenta de las divisiones que habían surgido en la iglesia de Corinto: "Puede Cristo ser dividido?" Porque todos somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. Romanos 12:5. Estar en Cristo es estar en la iglesia, y estar en la iglesia es estar unido a Cristo. Ninguna persona ni grupo puede estar solitario en Cristo, porque todos los demás que están en Cristo también están allí. No pueden haber cristianos solitarios, como lo dijo Wesley. Es imposible estar en Cristo sin su hermano. La iglesia no es una colección de adoradores que por casualidad se sientan uno junto al otro en un servicio, ni tampoco un grupo organizado para cumplir con una tarea o para perpetuar una tradición, sino que es un cuerpo que está integrado como un conjunto. Hay vocaciones particulares de individuos o de grupos dentro del cuerpo, y aún pueden cultivarse diversas tradiciones; pero todo esto ocurre dentro del cuerpo, no encompetencia o en contradicción, sino en complementación. La insistencia de Pablo en I Corintios 12 respecto a la distribución de los dones por el Espíritu entre la totalidad del cuerpo por amor, conlleva muchas implicaciones para división del trabajo, cooperación y mutualidad. Naturalmente, la organización es necesaria para realizar en la práctica esta mutualidad.

Vale la pena notar que la mayor parte de la discusión de Pablo acerca del "cuerpo de Cristo" se encuentra en el contexto de la discusión de las divisiones dentro de la iglesia y de la necesidad de unidad, (10) con el claro señalamiento de la unidad que caracteriza al cuerpo de Cristo. La consecuencia ineludible de este entendimiento es que Cristo no puede ser hallado en ninguna parte en toda la faz de la tierra sino en la iglesia. La iglesia es el reino de la redención. (11). En este sentido, es veraz la doctrina que puntualiza que "fuera de la iglesia no hay salvación," (12) siempre y cuando esto no se interprete como dentro de solamente una rama estructurada de la iglesia. Es dentro de la iglesia que Dios está salvando a la gente; es aquí en donde El continúa su obra, con y a través de ellos ayudándoles a que su salvación se realice en toda su magnitud.

La unidad de la iglesia no significa, desde luego, que la personalidad del miembro individual o del grupo sea absorbida, anulada o perdida. La iglesia no puede ser ni hacer por un individuo lo que el debe ser y hacer por sí mismo. Como individuo debe arrepentirse y creer, y obedecer, amar y tener esperanza. No obstante, en toda su propia experiencia sabe que los otros miembros del cuerpo tienen las mismas experiencias en Cristo, que son también pecadores salvados por gracia y que Cristo mora en ellos. Al aceptar las consecuencias de este conocimiento, el podrá dar y recibir en el compañerismo del cuerpo. El edificará al cuerpo y será edificado por el cuerpo. Para que este objetivo se realice, deberá vivir en compañerismo con los otros miembros, no separado de ellos. Deberá aceptarlos, no echarlos fuera. Su total madurez cristiana en Cristo podrá experimentarla solamente en su entrega voluntaria a ellos. Sabe

que aún en el sentido humano, forma parte de todo el contexto social en que vive, y que no puede apartarse de la comunidad que tanto le ha brindado. Es más, sabe que Cristo está entre todos los hermanos buscando expresarse a sí mismo a él como individuo por medio de ellos, y que cada uno tiene su propio don y ministerio por medio del Espíritu. Por lo tanto, busca abrirse a este ministerio y recibirlo con beneficio. Se convierte por eso en un hombre más fiel al contribuír a la fidelidad de todo el cuerpo. Este tema lo desarrollaremos más ampliamente en el tercer capítulo intitulado "La Comunidad Santa."

Enfrentamos serios problemas si comparamos el actual estado de la iglesia profesante tanto histórica como contemporánea con la necesidad de unidad en el cuerpo de Cristo que se deriva del hecho de que la iglesia ES el cuerpo de Cristo. ¿Acaso la unión vertical de cada miembro con Cristo no debiera expresarse también en una unidad horizontal entre los miembros? ¿No debiera estar disponible para todos los demás la expresión de la vida de Cristo de cada uno? ¿Cómo es posible que se atrevan a erigir barreras que obstaculizan el fluír de esa vida en uno y otro sentido? ¿No debiera la unidad teórica expresarse en una unidad real?

Desde luego la respuesta a todas estas interrogantes es afirmativa. Sabemos que Cristo mismo lo afirma. Juan 17 hace este llamamiento radical hacia la unidad con la oración de que los discípulos puedan ser uno como El y el Padre son uno. Juan 17:20-22. Como lo manifestamos anteriormente, en casi todos los pasajes en donde Pablo habla del Cuerpo de Cristo usa esa figura para combatir la desunión. Nuestra reacción a la gracia de Dios en Cristo ofrecida para que nosotros los pecadores tengamos participación en Su vida, debe de ser una reacción que reconozca nuestra común necesidad y nuestra común redención, y por lo tanto nuestra unidad en Cristo.

Pero entonces, ¿qué debemos hacer en vista de las múltiples divisiones históricas de la iglesia profesante? Ciertamente es posible afirmar que estos grupos divididos participan aunque en forma imperfecta, en el nuevo cuerpo creado por la fe en Cristo, y que consecuentemente participan de Su gracia y de Su vida. Es también necesario confesar el pecado de división, y de aceptar el juicio de Dios sobre todos aquellos que causan divisiones y destruyen así el templo de Dios. I Corintios 3:17. Pero, todo esto ¿no precisa de un paso más? El ataque de Pablo en contra del divisionismo de los Corintos tenía por propósito terminar con ese divisionismo; la confesión del pecado debe ser seguida por la restitución. El paso necesario es, por una parte, hacernos responsables de compartir con todos los demás lo que Cristo nos ha dado de sí mismo, y por otra parte abrirnos a la obra de Cristo en todos los demás.

La unidad de ninguna manera significa o requiere unirse a una organización o identificarse con formas o expresiones de fe y conducta. Pueden haber, y probablemente deben haber, diversidades creativas para que el testimonio de Cristo en cada uno y la diversidad de dones del Espíritu en todos pueda ejercer una total acción en todos. Pero no debe de existir "ninguna desavenencia en el cuerpo, ... sino que los miembros todos deben preocuparse unos por los otros." (I Corintios 12:25). El requisito mínimo para que esta preocupación mutua sea posible es que no se erija ninguna barrera artificial que impida la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, y que no se impida la ministración mutua entre los miembros. Todos los miembros del cuerpo de Cristo deben procurar la unidad del cuerpo total de Cristo, pues esto es la voluntad de su Cabeza.

No podemos concluir este punto sin recordar que la verdadera vida de la iglesia como una sociedad humana está condicionada histórica y sociológicamente. Las formas de organización y de expresión que ahora operan en la iglesia en general, es decir, en la iglesia dividida, han sido formadas por la acción e interacción humanas habiéndose incrustado en la tradición humana, muchas de ellas sin propósito malicioso ni intención sismática. El peligro constante es que absolutizamos estas realidades humanas. Las expresiones de la vida del pasado tienden a convertirse en tradicionales, y por lo tanto tan duras y rígidas que bloquean la corriente de vida en el cuerpo de Cristo de un miembro a otro e impiden la libre acción del Espíritu para conducir a la iglesia en diversos tiempos y lugares a una nueva acción de creatividad y unidad.

Además de la unidad, el ser miembros en común del cuerpo de Cristo precisa de una mutua responsabilidad de uno por el otro. Los miembros deben "preocuparse los unos de los otros", dice Pablo. I Corintios 12:25. Aquellos que son espirituales deben restaurar a cualquiera que fuere sorprendido en alguna falta. Gálatas 6:1. Jesús nos apremia a buscar y reconciliarnos con el hermano que haya pecado contra nosotros. Mateo 5:23-25 y 18:15-22. Este es un ministerio espiritual dictado por el amor que debiera ser auto-evidente, aún cuando no se afirmara tán explícitamente.

La responsabilidad mutua de los miembros del cuerpo se extiende también a las cosas materiales. Los maestros espirituales deben ser sostenidos materialmente por los miembros que reciben tal beneficio. I Corintios 9:3-14; Gálatas 6:6. Aquellos que tienen bienes en este mundo deben ayudar a los necesitados en cuanto al alimento y al vestido. Santiago 2:14-17; Romanos 12:20; Mateo 25:34-36. Es más, un hermano debiera estar dispuesto a dar su vida por otro hermano. I Juan 3:16. El concepto del Cuerpo de Cristo constituye el fundamento espiritual para una ayuda económica mutua.

En conclusión, podemos observar que el compañerismo en Cristo del que tan frecuentemente hablamos con tanta familiaridad tiene un significado mucho más profundo que el que generalmente le damos. No es solamente el fácil compañerismo entre amigos y conocidos, ni aún dentro del círculo familiar. (14). Tenemos compañerismo unos con los otros porque compartimos a Cristo y al Espíritu Santo. Es decir, tenemos una común posesión en Cristo y en el Espíritu; ningún miembro en particular posee individualmente a Cristo. Y el compañerismo se intensifica por el aumento de la participación de cada miembro en la vida en común del Espíritu. Esta participación es inagotable porque el Cristo, quien es su vida, es inagotable. El percatarse de esta realidad fue lo que impulsó a Pablo a exclamar: "Gracias a Dios por su don inefable" (II Corintios 9:15), y a describir su ministerio como "anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo. (Efesios 3:8).

3

LA COMUNIDAD SANTA

Hoy en día es corriente hablar acerca de la iglesia como de una confraternidad o compañerismo. Se la llama la confraternidad de creyentes, la confraternidad de fe, la confraternidad de los santos, la confraternidad del Espíritu Santo. Un término muy similar es comunidad; por cierto, todas las anteriores designaciones se usan con la palabra "comunidad" que ha sustituído a la palabra "confraternidad"; por ejemplo, "la comunidad del Espíritu Santo." Sin embargo, en el Nuevo Testamento jamás se llama a la iglesia una confraternidad; vive en confraternidad. Por lo tanto, probablemente es mejor llamarla una comunidad santa que tiene confraternidad con Cristo y cuyos miembros tienen confraternidad unos con otros. Pero el punto que debe quedar claro es que la iglesia por naturaleza tiene compañerismo o confraternidad; esta naturaleza es la que produce comunidad. Desafortunadamente, demasiado frecuentemente "compañerismo" (o confraternidad) y "comunidad" se usan en forma vaga significando un conglomerado de personas en sentido social, sin tener un contenido teológico claro o significado práctico. Pero a menos que al significado de estas palabras se les otorgue un contenido claro y adecuado, fácilmente puede perderse la esencia del significado bíblico de la iglesia como una comunidad que tiene compañerismo. Por lo tanto, en este capítulo trataremos de entender la iglesia como una "comunidad de compañerismo" con todo el significado que el Nuevo Testamento le otorga. (1).

Comenzaremos con la verdad básica que la experiencia que hace a una iglesia es la común experiencia de sus miembros. Todos son hijos del mismo Padre; todos participan de un Cristo sin divisiones y de un Espíritu Santo sin divisiones; y todos son miembros unos de los otros. No son simplemente un conglomerado de individuos discretos; son un todo orgánico. Es en este sentido que la iglesia es un organismo y no una organización; es el resultado, no de una planificación, sino de la vida. La participación en Cristo precisa de la participación de uno en otro. Los creyentes en Cristo no deciden tener una confraternidad o convertirse en una comunidad; son por naturaleza una comunidad. La única interrogante es, ¿Será una comunidad pobre o una buena comunidad, una que permanezca limitada y empobrecida o una que alcance una vida plena? La vida en común

en el cuerpo de Cristo significa tanto vida con Cristo en su plenitud como una vida en común vivida a plenitud. El objeto de nuestra siguiente consideración será esta vida juntos en común.

El término más expresivo del Nuevo Testamento para la vida en común en el cuerpo de Cristo es la palabra griega KOINONIA (2), cuya mejor traducción es el término "compañerismo"; (comunión, intimidad, confraternidad). El término "comunidad" designa al grupo que tiene compañerismo. Para comprender la comunidad cristiana, no obstante, debemos comprender primero qué significa compañerismo cristiano, pues sin éste, la palabra comunidad es únicamente un término sociológico, una construcción humana. La raíz de la palabra KOINONIA en todas sus derivaciones ocurre unas cincuenta veces en el Nuevo Testamento cuyo núcleo común significa "aquello que se tiene en común." Sin embargo, algunas traducciones en la versión King James y aún en la versión Revised Standard, tales como "comunicación" ó "distribución" a veces obscurecen este significado esencial. Las traducciones modernas usan más el término "compartir" o "compartiendo" que permite captar mejor el significado esencial de KOINONIA, pero carece de la dimensión personal y del calor que conlleva el término "compañerismo". Es significativo observar que aproximadamente la mitad de las veces que ocurre la palabra KOINONIA en el Nuevo Testamento se refiere al compartir espiritual, y la otra mitad al compartir los bienes materiales. Esto ilumina en el acto el significado del término compañerismo.

La raíz de la idea en KOINONIA es la "participación en algo en lo que otros también participan," es decir, un compartir consciente con alguien de una misma posesión, usualmente sobre una base continua. La palabra en alemán GEMEINSCHAFT expresa muy bien este sentido, así como la palabra GEMEINDE para iglesia, pues la raíz GEMEIN- en ambas palabras significa "común". (3). Es pues el compañerismo algo más que una mera asociación o unión o cualquier otro significado diluido del término "compañerismo", tal como pasar un buen rato juntos, a pesar de que esto involucra una asociación. El compañerismo cristiano debe diferenciarse claramente de asociaciones superficiales y transitorias. El cálido sentimiento que surge entre amigos que se reunen regularmente en las reuniones de la iglesia, los vínculos de un grupo étnico que tiene un lenguaje común o un trasfondo cultural e histórico común, la red de familias relacionadas —todos estos factores pueden tener un valor psicológico y sociológico que se añadan a los vínculos de lealtad a una fe común que une a la membresía de una iglesia, pero que no pueden ser portadores de la vida de la comunidad cristiana. Actividades de grupo tales como la cena de la iglesia, el día de campo de la Escuela Dominical, el club de las amas de casa, o la hermandad de hombres, pueden llegar a substituír el compañe-

rismo cristiano y acelerar la caída de la iglesia de su sublime llamado en Cristo y convertirse en meramente uno de los mejores clubes sociales que ayudan a edificar la comunidad, con la religicón sirviendo como de música de fondo. Una iglesia que se convierte primordialmente en un grupo étnico-cultural, ó en un clan de familias relacionadas, o en un club de la comunidad, deja de ser una verdadera iglesia, pues ya no tiene la KOINONIA Nuevotestamentaria cuya vida se basa conscientemente en la común posesión de Cristo y del Espíritu. La verdadera comunidad cristiana es creada y sostenida por un cuerpo común de creencias, una vida en común en Cristo, y un compromiso común a El en fe y en obediencia. La calidad y vigor de esta comunidad es directamente dependiente de la calidad e intensidad de esta base.

Examinemos entonces el concepto que ofrece el Nuevo Testamento respecto a KOINONIA a fin de encontrar su significado total y sus implicaciones para la fe y para el diario vivir.

KOINONIA aparece dos veces en el Nuevo Testamento sin ninguna otra palabra que la modifique, aunque en ninguno de los dos casos se usa como un nombre directo para la iglesia: en Hechos 2:42 (la comunión) y en Gálatas 2:9 (la diestra en señal de compañerismo). En la vívida descripción que nos ofrece Lucas del nuevo pueblo de Dios inmediatamente después de Pentecostés, "la comunión" es la segunda de las cuatro señales de la iglesia: (4) "Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones" (Hechos 2:42). Aquellos que invocaban el nombre del Señor en arrepentimiento y fe y que habían recibido al Espíritu Santo se sentían irresistiblemente apartados del resto de los demás en Israel y atraídos a un cuerpo identificable estrechamente entretejido en donde el compartir de los portentosos actos de Dios en Cristo era de tal intensidad y continuidad que tenían "comunión". Ningún otro judía tenía lo que ellos tenían - la promesa cumplida, Dios obrando entre ellos, derramando su amor sobre ellos, siendo su misión común el testificar, y su íntima adhesión a Cristo. Estaban profundamente conscientes de su mutua pertenencia. Esta realidad espiritual tuvo efectos inmediatos sobre sus relaciones sociales; ellos tenían una vida social común. Pasaban mucho tiempo juntos en el partimiento del pan en las cenas de comunión en sus casas.

Esta unidad de corazón y de alma, dice Lucas, les condujo a compartir los bienes materiales, de manera que "no había entre ellos ningún necesitado" pues "ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común." (Hechos 4:32-35; también Hechos 2:44). Es decir que la particularidad del individuo se había roto desde todo punto de vista, corazón, alma y posesiones, de tal manera que ahora participaba en todo con todo el demás pueblo de Dios. Esto es comunión, no comunismo. (5). Es amor, no economía. Esto no constituía un nuevo orden económico, a pesar de que atravesaba

los límites convencionales del orden económico secular. Fue el sentido cristiano de participación abrumadora en una vida en común, el que atrajo hacia sí todo otro aspecto de la vida. En contraste, tantísimos cristianos desde ese tiempo, debido a una angustiosa ingenuidad, han aceptado el orden económico y social prevaleciente con poco o ningún sentido de amor y comunión cristianos. Frecuentemente todo lo que produce la fe cristiana son virtudes simples como la honestidad; el amor cristiano asimismo muy pocas veces traspasa el orden económico para reorganizarlo. En la comunidad apostólica sí lo traspasaba. El hermano tenía derecho a reclamar el beneficio de los bienes temporales de toda la comunidad para satisfacer sus necesidades, en la misma forma que el compartía de los bienes espirituales de toda la comunidad en la gracia y en el poder de Dios en Cristo y en el Espíritu Santo. La enseñanza de los apostóles les pertenecía a todos; el mensaje de Cristo pertenecía a todos; las necesidades materiales de todos y cada uno eran asunto y responsabilidad de todos. Esto era amor cristiano, el amor de Dios obrando en la comunidad. Sus comidas corrientes en comunión recibían el nombre de AGAPE, que era la palabra griega que significaba amor divino, en contraste al afecto puramente humano. La iglesia es una comunidad de amor-amor en acción, (6) y el verdadero amor existe únicamente en acción.

Un notable y poderoso uso de la palabra KOINONIA la encontramos en el mensaje de Pablo a la errática Iglesia de Corinto, en donde se estaban cometiendo serios abusos en la Cena del Señor. I Corintios 10 y 11. La versión King James traduce aquí la palabra KOINONIA como "comunión"; la versión Revised Standard como "participación". "La copa de bendición que bendecimos,¿no es la KOINONIA en la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la KOINONIA en el cuerpo de Cristo? Porque siendo uno solo el pan, nosotros con ser muchos, somos un cuerpo pues todos participamos de aquel mismo pan." (I Corintios 10:16,17). Aquí el servicio de comunión no es solamente un memorial de la muerte de Cristo; es un acto de testimonio visible de una común confraternidad en el cuerpo. El pecado del que Pablo culpaba a los Corintios al comer y beber indignamente la Cena del Señor, era el pecado de abrir una brecha en la comunión de la iglesia haciendo división por clases, en la misma mesa de la comunión, lo que implicaba una brecha similar en la vida de la iglesia como un todo. Por lo tanto, no se discernía el cuerpo de Cristo; es decir, el verdadero significado de comunión en el cuerpo de Cristo se ignoraba, ya que no era posible tener participación en Su cuerpo y al mismo tiempo romper la comunión hermanada con los otros miembros de la iglesia pues esto equivaldría a negar la realidad del cuerpo de Cristo. Aquel que hace esto acumula juicio sobre sí mismo, pues en realidad está destruyendo la KOINONIA.

El significado del reproche de Pablo es que el pecado de orgullo y egoísmo niega el cuerpo de Cristo y precisa de la

exclusión de la Cena de aquellos que son culpables de tal pecado. He aquí la verdadera base y necesidad de tener una comunión estrecha - compañerismo con Cristo en la Cena significa compañerismo con las personas que son partícipes de la Cena. Aquellos que violan el cuerpo de Cristo de hecho no pueden participar del cuerpo simbólico de Cristo. Comer el pan y beber la copa simbolizan una declaración de que uno vive porque se alimenta de Cristo, que la vida de Cristo es la base para la propia existencia, que por lo tanto uno se ha compremetido a seguirle, ya que uno es miembro de su cuerpo. Solamente éstos pueden participar con honestidad de la Cena. Si la Cena sirve únicamente para la edificación privada de individuos adorando a Cristo al recordar su muerte, su gracia y su amor, entonces, la comunión estrecha no tiene significado ni justificación. Pero si representa una vida en común y un discipulado común, esa vida debe ser expresada tanto en el símbolo como en el hecho. Puesto que es la iglesia como cuerpo de Cristo la que determina la naturaleza del discipulado, la iglesia también debe determinar los límites en la mesa de comunión. Así que la teología que uno sustente acerca de la Cena y el entendimiento del significado de comunión en el cuerpo de Cristo, determinará su posición respecto a la estrecha comunión.

Por lo tanto es aparente que la KOINONIA es la misma esencia de la iglesia, que extrae su vida en común de Dios el Padre, de Cristo el Hijo, y del Espíritu Santo. Al compartir este amor que nos ha redimido y que nos mantiene en su Gracia hace que seamos de un solo corazón, alma y espíritu, dando por resultado un amor mutuo entre los miembros. KOINONIA por lo tanto, siempre conlleva una doble referencia, la divina y la humana, pues la KOINONIA que pertenece al compañerismo humano siempre apunta hacia su fuente. El caracter y significado del compañerismo humano es resultante de la relación con Dios en y a través de Cristo.

El punto importante que hay que observar es que el compañerismo humano, la KOINONIA, es esencial para la iglesia. El individuo que ha sido redimido por gracia será atraído hacia una verdadera comunidad con otras personas en la iglesia y así expresará la KOINONIA a través de relaciones humanas concretas. La KOINONIA no es un principio teológico abstracto ni una especulación poética; es un hecho que experimentan multitudes de cristianos desde los tiempos apostólicos hasta el presente en su vida humana. Debiera de ser una experiencia para todos los cristianos.

Por lo tanto es importante comprender que la iglesia es una comunidad humana, ya que la declaración frecuentemente escuchada, "la iglesia es divina, no humana", no es escritural. Aún la afirmación "La iglesia es un organismo, no una organización", que hemos citado antes, puede convertirse como veremos más adelante, en una seria sobre-afirmación.

Un requisito esencial para lograr el buen funcionamiento de la comunidad humana ya sea en limitadas congregaciones locales, organizaciones generales, instituciones, agencias o cuerpos representativos de cualquier clase es que haya comunicación entre sus miembros. En la práctica, el compañerismo (o confraternidad) se hace real cuando los cristianos se reunen, siendo necesaria una vida común en la que se comparta regularmente para lograr su total desarrollo. La congregación local de creyentes es la mejor expresión de este compañerismo. Pero, en donde quiera que exista la comunicación, aún a través de enormes distancias, si existe el conocimiento de una fe común, el testimonio de una experiencia común, conciencia de los asuntos espirituales, participación en las bendiciones y en las necesidades, participación en la acción conjunta, allí existe el compañerismo y la comunidad, aún cuando falten el calor y la intensidad del contacto directo. El compañerismo cristiano no está limitado al grupo primario sociológico, pero si la congregación local es demasiado grande para permitir la expresión total de comunión y compañerismo, tal congregación estará satisfaciendo solo parcialmente y con debilidad una de las más grandes razones de su existencia. En ese caso debiera fragmentarse organizadamente en congregaciones más pequeñas en donde pueda desarrollarse una mayor comunión y compañerismo, o debiera formar grupos pequeños dentro de sí misma con este propósito. (7). Habiendo establecido claramente que el compañerismo cristiano puede funcionar en todos los niveles y estructuras, aún queda por decir que el pequeño grupo local de compañerismo es el fundamento de la vida de la iglesia.

A la luz de nuestra definición de compañerismo, es evidente que la experimentación básica del compañerismo, así como su desarrollo en significado e intensidad, depende de la conciencia de una experiencia común de la gracia de Dios en Cristo, una reacción común a la fe y a la obediencia, una común expresión del amor cristiano. Esta conciencia debe de ser comunicada interpersonalmente por el testimonio mutuo de los miembros de su experiencia común, y por la mutua admonición a la obediencia y acción cristianas, y debe de elevarse por un siempre más profundo entendimiento y apreciación de la gracia de Dios obrando en la comunidad. Los miembros del cuerpo de Cristo estarán sujetos unos a otros, y estarán vinculados en sus acciones, ya que las decisiones éticas serán tomadas en el contexto de la iglesia en donde Cristo es la cabeza. Esto no significa que todas las decisiones en la vida del individuo deben de ser consultadas a la congregación local. Mas bien significa que las normas básicas para gobernar la vida serán establecidas por la iglesia y ejercerán una fuerza vinculante entre los individuos. Estas normas se convierten entonces en guías para el individuo, señalándole la senda correcta de conducta y servicio, estableciendo con claridad sus obligaciones y deberes, advirtiéndole del pecado. Si rehusara "escuchar a la iglesia" negaría la naturaleza de la iglesia; "tenedle por gentil y publicano" (Mateo 18:17).

Al dar cumplimiento al compañerismo y la comunión, la comunidad entera cargará con el peso de todos tanto espiritual como materialmente. No solamente existirá la disciplina mutua como Jesús la describe en Mateo 18 y Pablo en I Corintios 5, sino también ayuda mutua, como la muestra Pablo en Gálatas 6 y en la colecta para los santos en Jerusalén en II Corintios 8 y 9. Habrá "compañerismo en el evangelio", es decir, una participación en la proclamación del evangelio a través de la evangelización. Todo el aparato de acción cristiana, en evangelismo, educación cristiana, ayuda mutua, servicio social, si ha de incluir a todos los miembros del cuerpo de Cristo, a pesar de que estén esparcidos a través de una vasta área geográfica o en varios países, necesita naturalmente de organización y estructura, así como de canales de comunicación. Pero esta estructura debe estar basada en el compañerismo y comunión fundamental en Cristo y entre unos y otros si ha de ser una auténtica expresión de la naturaleza de la iglesia y verdaderamente cristiana. Recíprocamente, si existe en realidad el compañerismo, éste debe expresarse en acción conjunta y experiencia común; no es solamente un sentimiento que los miembros tienen unos por los otros, una vaga sensación de pertenecer juntos, una especie de amistad humana, o una declaración teológica.

Otra manera de expresar el significado de KOINONIA es usando el término "hermandad" para la iglesia, y "hermanos" para sus miembros. Esta imagen de la iglesia como una hermandad se toma del concepto de que los cristianos son los hijos de Dios, miembros de una misma familia que tiene un Padre, de Cristo como "el primero entre muchos hermanos" (Romanos 8:29, también Hebreos 2:11) y de todos los discípulos como hermanos unos de otros. El término "hermanos" es la designación más frecuente de los cristianos en el Nuevo Testamento, siendo usado unas 250 veces en esta forma en los Hechos y en las Epístolas, 130 veces por Pablo sólamente, 50 veces en los Hechos y 35 veces únicamente en I Corintios. Pedro llama a la iglesia "hermandad" cuando dice: "amad a los hermanos" (I Pedro 2:17). Hermandad significa amor y responsabilidad mutuos, total participación de todos en la familia de Dios, total compartimiento en la ordenación de la vida de la iglesia, en el mismo y exacto sentido que el compañerismo. Significa un amor debido al cual todos los miembros se ministran unos a otros en todas sus necesidades, tanto temporales como espirituales. La iglesia es una hermandad en la que no hay rangos o niveles de distinción en honor o superioridad. Hay distinciones en dones y obligaciones, pero no en superioridad e inferioridad. No hay una clase formada por el clero y una clase formada por los laicos. "ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro maestro, el Cristo." "y todos vosotros sois hermanos". (Mateo 23:10,8).

La comprensión básica de la naturaleza de la iglesia a la que hemos llegado en nuestro examen del concepto de compañerismo y comunidad, también debe encontrar expresión en la estructura y en el ordenamiento de su vida, gobierno y disciplina. Todos los miembros del cuerpo, si han de cumplir su fonción, deben tener cuidado y responsabilidad en el ordenamiento de la vida de la iglesia, y todos deben de tener la posibilidad de expresar esta responsabilidad.

Dos peligros amenazan el total desarrollo del potencial de compañerismo y hermandad y su correcta expresión en la vida de la iglesia. Uno es el individualismo, el otro el institucionalismo. Individualismo es el crecimiento desmedido y perversión del sentido de responsabilidad e importancia personal que da por resultado el retraímiento de la vida en común, tomando su propio camino, rehusando recibir admonición y consejo del hermano o de la hermandad, insistencia en su propia rectitud, falta de inclinación a compartir. En su madurez total, tal individualismo logra romper los vínculos de la vida en común. Convierte el correcto y necesario sentido de responsabilidad individual delante de Dios, y la necesidad de una experiencia personal de Cristo y del Espíritu Santo, en un corrompido espíritu de auto-exaltación.

Por otra parte, el desarrollo de una política defectuosa en la iglesia y en la estructura organizacional que excluya al individuo de compartir la responsabilidad de la vida en común y que relega la dirección y ordenamiento de los asuntos de la iglesia a unos pocos, sea en la congregación local o en la más amplia relación de la iglesia, está destinada a estimular la pasividad del individuo y a provocar una total falta de interés anulando el sentido de responsabilidad individual por el bienestar del hermano y de la iglesia como un todo. El resultado es un rompimiento del compañerismo y una negación de la misma naturaleza de la iglesia.

Esto no niega la necesidad de una organización representativa si ha de haber una verdadera participación de los elementos locales en la más vasta vida de la iglesia, o una división de trabajo si ha de haber cooperación, o la necesidad de instituciones para funciones especializadas. Unicamente queremos decir que la estructura debe planificarse de tal forma y la organización e institución debe operarse de tal manera que la total membresía quede involucrada y pueda dar y recibir consejo en todo, directa o indirectamente. La responsabilidad precisa involucramiento, y el involucramiento requiere de canales. El liderazgo es esencial, pero debe funcionar de tal manera que mantenga la participación de toda la hermandad en toda la vida de la iglesia. El punto inicial para lograr esto es un compañerismo espiritual cálido y vital y la participación en la hermandad local.

El principio de la participación de la membresía en la ordenación de la vida de la iglesia se extiende a la enseñanza y a la disciplina. El bienestar individual de cada individuo debe concernir a todos. Si la vida de Cristo entre la membresía ha de fluír a través de canales abiertos de uno hacia el otro, debe existir la posibilidad no solo de comunicación mutua, sino también de unidad en los asuntos espirituales. La restauración del hermano que ha errado debe de ser una expresión del amor y de la fortaleza espiritual de todos. Las medidas concretas de enseñanza y disciplina debieran de ser la expresión de la voluntad de todos, aun cuando esta expresión precise delegarse en determinados individuos, y aún cuando indudablemente se presenten muchos casos que requieran consejería individual y pastoral, confesión y restitución que será manejada en privado y no en público. Una disciplina efectiva en la iglesia en el sentido restaurador y no de castigo, no puede funcionar sino en el contexto de la comunidad redentora de creyentes. Y esta actitud redentora requerirá que todos los miembros actúen y hablen en amor y no en juicio, condenación o rechazo. Hacer que una sola persona, aún si fuere el pastor, cargue tanto con la decisión como con la ejecución, con la posibilidad de que la membresía no comparta su punto de vista, puede viciar seriamente o aún bloquear la sanación espiritual y efecto ayudador del amor de la hermandad.

Por último, la disciplina puede también significar la exclusión del compañerismo, pero esto podría carecer de significado si ese compañerismo no es real y sólido. Esto significa no sólamente recibir la gracia redentora de Dios, sino también reaccionar a esta gracia en obediencia. No es solamente un compañerismo de "pecadores salvos" sino un compañerismo de santos que persiguen la santidad. No es solamente el llamado cuerpo de cristo sino también la esposa a quien Cristo busca "purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2:14), a quien El ama y nutre "para santificarla ... a fin de presentársela a sí mismo gloriosa, sin mancha y sin arruga." (Efesios 5:26,27). Esta santificación, nutrición, purificación dirigida a obtener la santidad procede del cuerpo, de la dinámica del compañerismo. Estar en la iglesia es estar en esa esfera en donde Cristo vive, en donde El es Señor, y en donde el Espíritu de Dios opera y en donde hay un esfuerzo dinámico en pos de la santidad. Estar fuera de la iglesia significa que toda relación con Cristo y el Espíritu le es negada, y también significa estar en el reino del dominio del diablo. Separar del compañerismo o comunión de la iglesia a un miembro es por lo tanto algo muy serio; significa, como dice Pablo en I Corintios 5:5 (también I Timoteo 1:20), entregar a alguien a satanás, excluirlo del lugar en donde Cristo es reconocido como Señor y en donde el Espíritu Santo obra con poder. He aquí las palabras exactas de Pablo, que a primera vista parecen ásperas y faltas de amor: "Cuando os reunáis...con el poder de nuestro Señor Jesucristo, entregaréis este hombre a Satanás para destrucción de la carne, (o sea el principio carnal que había en él) a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor." La declinación o ausencia de disciplina en la iglesia, combinada con la ausencia de una real KOINONIA, hace que es

ta afirmación resulte no solo incomprensible sino también intolerable. No obstante, no es posible minimizar la seriedad de la exclusión de la comunión dentro del cuerpo de Cristo. Newbegin dice:

> Cuando Pablo escribe a los Corintios acerca de la excomunión del hermano que vivía en pecado, no dice ni siquiera implícitamente, que se trate simplemente de que el pecador se excluya a sí mismo de la iglesia. Pide un acto solemne y deliberado del compañerismo - un acto con el que él mismo está asociado. Es más, este acto no se considera como una separación de la membresía externa mientras que la relación espiritual de ese hombre con Cristo permanece inalterable. Es un asunto del más siniestro significado espiritual - nada menos que entregarlo a Satanás. Indudablemente tenemos que enfrentarnos con el hecho que, sea como sea, Pablo y sus convertidos consideraban que la membresía a la iglesia era una tremenda realidad espiritual. Estar en su comunión era estar en Cristo, y ser echado fuera significaba ser entregado a Satanás. (8).

Debemos insistir, no obstante, en que tal exclusión final del compañerismo tiene poco significado o fuerza si el ser miembro de tal compañerismo carecía de significado o efecto. Si, por el contrario, a través de tal comunión o compañerismo se hubiera experimentado el poder vivificante y sanador, si el amor y el perdón, si el consejo y restauración espiritual hubieran sido una realidad, entonces el verse privado de esas realidades ejercería la posibilidad de una genuina influencia. No es necesario decir, por supuesto, que tal disciplina final era aplicable únicamente al pecador impenitente sobre quien todas las otras medidas restaurativas eran ineficientes, quien resiste al Espíritu Santo y a su obra dentro del compañerismo, y por lo tanto impide que la ministración de la hermandad le alcance.

La profundidad del significado y potencial en el compañerismo cristiano precisa, entonces, que la iglesia encuentre todos los posibles medios y canales para que esta vida de comunión y compañerismo encuentre expresión. No puede seguir siendo únicamente un ideal espiritual interior, sino debe poderse expresar en la vida real y visible de los seres humanos que integran una iglesia. Es responsabilidad del liderazgo en unión con los miembros ver que se abran los canales necesarios para esta expresión. El Espíritu Santo mora en la iglesia, que es, como lo declara Pablo, la habitación de Dios en el Espíritu. Pero esta morada está en los seres humanos que constituyen la iglesia; en otras palabras, la iglesia es la habitación del Espíritu en la carne. Su obra en la iglesia depende de los instrumentos y canales humanos. Puesto que El trabaja en la iglesia como un cuerpo, deben existir canales y estructuras interpersonales de relación. Si

estos canales no existen, se cortan o son obstruídos, Su obra se detiene. Es la comunidad humana la portadora de la obra del Espíritu Santo, y el Espíritu no puede obrar si la comunidad no existe.

Entonces si vemos a la iglesia, la iglesia total o cualquier parte de ella, como una comunidad humana, debemos preguntarnos si la relación que esta comunidad tiene hacia Cristo suspende de alguna manera el proceso social común que opera en todas las comunidades y relaciones - o si las fallas humanas de mortales ordinarios son eliminadas en la iglesia, si el pecado es erradicado, si la carne deja de funcionar dentro de la iglesia. Formular la pregunta es obtener la respuesta, pues la imagen de la iglesia en el Nuevo Testamento, desde Ananías hasta Demas y los Nicolaítas, desde Jerusalén y Corinto hasta Laodicea desmiente tal concepto. Las advertencias contra los pecados de la carne y los pecados del espíritu, expuestos por Pablo, Pedro, Santiago o Juan, no permiten que alberguemos ninguna noción de que la iglesia haya alcanzado la perfección en este lado del fin de la historia. Y aún cuando el Nuevo Testamento no dilucidara la interrogante, dos mil años de historia de la iglesia suministra más que suficiente evidencia. En todo esto no negamos de ninguna manera la operación de la gracia en esta misma iglesia humana, gracia para vencer, y poder para alcanzar la victoria. La larga historia de la iglesia proporciona asimismo amplia evidencia acerca del particular.

¿Por qué enfatizamos lo humano de la iglesia y su debilidad crónica? Debido a que frecuentemente entre los cristianos cuando hablamos de la iglesia parece ocurrir una seria distorción de perspectiva que idealiza de tal forma a la iglesia que la vuelve históricamente irreconocible. Como consecuencia, nuestra disertación se vuelve etérea o mística, sin relevancia para los cristianos humanos contemporáneos, y tiende a entrar el concepto de la iglesia invisible en un esfuerzo para salvar el ideal de la iglesia. Esta puede ser una verdadera distorción teológica sin ningún fundamento escritural, como cualquier monergismo que niega la libertad y responsabilidad de la voluntad humana, o cualquier interpretación de la vida cristiana y que reduce al hombre a la pasividad, o cualquier doctrina de absoluta perfección. En nuestra humanidad, como en la encarnación de Cristo, lo divino no interrumpe lo humano sino que obra a través de él. Es en este sentido también que la vida de la iglesia se compara a la de su Señor encarnado. Cualquier reducción de la real y verdadera humanidad de Jesús pone en duda la expiación y amenaza Su obra salvífica. Cualquier reducción de la humanidad de la iglesia amenaza su función en la tierra. Las leyes del proceso social -psicología y sociología- aún operan en las relaciones humanas de los cristianos.

El reconocimiento de la humanidad de la iglesia conlleva el reconocimiento de la inevitable necesidad de las instituciones humanas. La vida humana precisa de formas. La vida no radica en

las formas, sino que crea y controla las formas. La esencia de la iglesia no es institucional; no existe para mantener instituciones; pero su humanidad requiere y toma formas institucionales. Una ilustración de esto es que si ha de haber acción unida y común, deben existir estructuras y canales.

La iglesia es, por lo tanto, una institución debido a su humanidad, pero no es solamente una institución. Sus formas da acción y de relación necesariamente se convierten en rutina, son aceptadas e incrustadas en el proceso cultural y social. Como cualquier otra institución, lleva inevitablemente las marcas de la cultura en la que existe y funciona. De hecho, debe de ser así para ser relevante a su medio ambiente. Conforme las formas institucionalizadas son aceptadas en la actividad de la iglesia, general o local, debe lograrse que éstas sirvan el propósito de la iglesia sin comprometer su naturaleza y misión esencial. Es obligación de la iglesia protegerse a sí misma del debilitamiento y de la corrupción que trae consigo la institucionalización.

Las instituciones son necesarias no sólamente por lo humano de la iglesia, sino también debido al trabajo y expansión de la iglesia en el mundo. Si la sola obligación de la iglesia fuera reunirse para alabanza y adoración y para regocijarse en las misericordias de Dios, quizás podría caminar sin la necesidad de mayor institucionalización. Pero tiene demasiado trabajo que cumplir, y una gran comisión a realizar. Jesús mismo creó a los apostólicos doce como una institución con autoridad que la iglesia reconocía. La iglesia de Jerusalén tenía un comité de ayudas integrado por siete con una organizada cocina que servía las mesas, siendo todo financiado por la tesorería apostólica. Para ventilar el problema de relación entre las iglesias de Jerusalén y de Judea y las iglesias gentiles de Siria y Cilicia, se convocó a una conferencia general, integrada por delegados de Antioquía, los apóstoles y el consejo de ancianos de la Iglesia de Jerusalén. Este cuerpo representativo buscó la solución, siendo el moderador el apóstol Santiago. La función de toda la iglesia de Jerusalén era únicamente ratificar la decisión que había tomado el consejo consultivo, es decir, los apóstoles, los ancianos y los delegados de Antioquía. Pablo estructuró una organización de superintendentes distritales para al menos parte de su campo de acción, otorgando deberes de supervisión a Timoteo y a Tito. El anciano mencionado en la III de Juan era probablemente un supervisor viajante. (9). Habían obispos y ancianos en la iglesia primitiva, aunque aparentemente no existía el cargo de predicador como tal. Estos eran, en efecto, cargos institucionalizados.

Las instituciones, representativas o no, son humanamente necesarias para la realización de cualquier cooperación que se extienda más allá de la reunión de grupos locales, o para cualquier división de trabajo. A través de la ordenación de líderes repre-

sentativos, de conferencias de delegados, consejos y comités, a través de instituciones especializadas locales la iglesia se institucionaliza. No hay nada malo ni alejado de las escrituras en esto, y la única alternativa es el derrumbe de cualquier cooperación o división de trabajo, o bien un desenfrenado individualismo con líderes auto-nombrados, trabajadores auto-nombrados y autoridades auto-nombradas.

Los anales de la historia de la iglesia muestran que las instituciones pueden entrometerse en el camino del Espíritu, que las autoridades clericales pueden volverse autoritarias, que la confianza puede depositarse en los edificios, las liturgias, la música, el dinero; que los consejos, comités y agencias y sus ejecutivos pueden gobernar en vez de servir. La educación puede convertirse en un cúralo-todo y la confianza en las cosas materiales puede convertirse en algo más poderoso que la confianza en Dios. La estructura general de la iglesia puede dificultar que la voz local sea escuchada, dando como resultado una supresión general de la participación de los miembros en la vida de la iglesia. Un pastor profesional puede colaborar en convertir a la congregación en una audiencia sin ninguna participación y un ministro tradicional y autoritario, quien toma todas las decisiones, también puede reducir al silencio a la congregación.

Pero también existen graves riesgos en la dirección opuesta. Grupos pequeños pueden ignorar el consejo de toda la iglesia. Individuos agresivos pueden dominar congregaciones. Personas altamente individualizadas o grupos con las mismas características pueden no estar dispuestos a someterse unos a otros en la iglesia total, pueden frustrar el trabajo de la iglesia, romper el compañerismo, destruír la cooperación, provocar cisma, e inhibir la obra del Espíritu. En ambos extremos lo peor puede ocurrir. Pero no tiene porque ocurrir. Los riesgos pueden preveerse y evitarse, si no inmediatamente, con tiempo, paciencia y amor. El fracaso de algunas instituciones no constituye un argumento en contra del principio institucional. La consideración dominante es que la iglesia en general es el cuerpo de Cristo - no unas pocas personas,ni tampoco únicamente alguna congregación local. La vida y estructura sólida de la iglesia debe hacer posible la cooperación y mutualidad de toda la iglesia, y el reclutamiento de todos sus recursos. Debe facilitar que se escuche al Espíritu Santo cuando habla a través de todos los miembros. La iglesia en general no debe de ser,atomizada por un falso congregacionalismo. Mientras que tal vez no seremos capaces de estructurar completamente la totalidad de la iglesia en general, por lo menos debemos llegar tan lejos como los límites de la hermandad denominacional lo permitan, a la cual pertenece la congregación local.

Este es el cuadro de la iglesia sociológica humana, compuesto por personas que viven dentro de su humanidad, sujetas a todos los procesos sociales normales de cualquier sociedad humana, necesitados de la ayuda de buenas organizaciones, métodos sóli-

dos y liderazgo efectivo. La misma iglesia es al mismo tiempo la comunidad de la vida común en el cuerpo de Cristo, la comunidad de creyentes, discípulos y santos, la comunidad de amor en la que Cristo es Señor a través del Espíritu.

En la conclusión de este capítulo, permítasenos considerar a la iglesia como la comunidad del Espíritu Santo, en el sentido de que la iglesia es la esfera en la que el Espíritu Santo opera. No consideraremos aquí toda la doctrina del Espíritu Santo, sino que limitaremos nuestro examen a Su relación con la iglesia. Hay un refrescante avivamiento del interés y preocupación en este campo, y mucho nuevo entendimiento está saliendo a luz en el estudio corriente del Nuevo Testamento y del esfuerzo teológico contemporáneo. Al mismo tiempo, hay considerable confusión debido en parte al hecho de que la enseñanza acerca del Espíritu Santo no es simple y claro ni facilmente sistematizado.

"La Biblia no intenta darnos una definición detallada de lo que es el Espíritu Santo; mas bien, página tras página, nos dice lo que el Espíritu Santo hace. Opera con 'abrumantes, revolucionarios y transformantes resultados' declara el teólogo Emil Brunner. El obra a través de los vasos terrenales imperfectos, así que jamás lo vemos como El es, pero le conocemos en Su obra y a través de los hombres." (10).

El relato de Lucas acerca del descendimiento del Espíritu el día de Pentecostés es una ilustración de este reporte bíblico. Algo único e inolvidable sucedió en Pentecostés, algo suficientemente poderoso para dar otra dirección al curso de la historia y para cambiar la calidad de millones de vidas. Después que las barreras entre Dios y el hombre rebelde habían sido removidas por medio del Calvario y de la resurrección, pudo derramarse el Espíritu sobre la iglesia en una forma en la que jamás había obrado entre los hombres antes. Y después de Pentecostés "la iglesia primitiva reconoció su enorme dependencia en el Espíritu; atribuía su exitosa prédica, sus conversiones, sus sanaciones y su misma continuidad bajo la persecusión a la obra del Espíritu." (11). Aunque no se nos da ninguna explicación acerca de la forma de operar del Espíritu, es obvio que que su obra es central para la vida de la iglesia. "La iglesia existe no por su forma o estructura, sino por el Espíritu Santo," como dice Donald Miller. (12). El derramamiento del Espíritu Santo y la misma existencia de la iglesia están conectados directamente. Como dice Newbigin, "la iglesia es, en su más exacto sentido, una KOINONIA, un común compartir del Espíritu Santo." (13). Es obra del Espíritu crear, profundizar y extender la KOINONIA en la iglesia. El Espíritu es el medio por el cual Cristo y la iglesia están unidos en un cuerpo. Es el Espíritu el que nos hace Suyos, porque "cualquiera que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Romanos 8:9), y "nadie puede llamar a

Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo." (I Corintios 12:3). El Espíritu produjo las escrituras del Nuevo Testamento inspirándolo a los apóstoles y a sus asociados, y El guía a la iglesia a las Escrituras y en su uso. Da poder a la iglesia para testificar y servir.

Cualquier consideración de la relación del Espíritu a la iglesia debe comenzar por reconocer la inseparable unión entre Cristo y el Espíritu. Esto implica la inseparabilidad del cuerpo de Cristo y el Espíritu. Así como Cristo se identifica a sí mismo con la iglesia como Su cuerpo, así el Espíritu se identifica a sí mismo con la iglesia. El Nuevo Testamento llama a esto la morada del Espíritu en la iglesia. I Cor. 3:16; Efesios 3:22. Dios imparte el Espíritu a la iglesia, y esto quiere decir a la totalidad del cuerpo, no solamente a ciertos miembros muy "espirituales". El Espíritu y la iglesia son inseparables. El es la posesión corporal de la iglesia en el que todos los miembros participan en común. Desde Pentecostés no ha habido un solo cristiano que no tenga el Espíritu; todos los miembros de la iglesia tienen al Espíritu y no necesitan pedirlo. No es una cantidad de la que pueda tenerse más o menos, sino una Persona con la que se tiene compañerismo. La única pregunta es, ¿cuán verdadera y totalmente responde el cristiano o la iglesia a la obra del Espíritu? "Ser lleno del Espíritu" es solamente una forma figurativa de decir que se ha otorgado amplia entrada a la obra del Espíritu en todos los aspectos de la vida del creyente y de la iglesia. Tampoco debemos temer Su partida, pues El permanecerá con nosotros para siempre. Juan 14:16. Lo importante es que el Espíritu siempre está presente en la iglesia como un todo y en cada miembro en particular, en cada subdivisión, agencia, organización e institución, buscando obrar Su voluntad, a pesar de que muchas veces no se le reconoce debidamente, ni tampoco se le escucha con atención. No es cierto que solo los individuos tengan el Espíritu, y que lo tienen únicamente cuando están actuando como individuos. El está tán presente en cuerpos representativos como en la congregación local, en una agencia de trabajo y en una persona individual, en un consejo o comité y"entre dos o tres reunidos en su Nombre." De hecho, El dispone de un más amplio margen de efectividad en un grupo que en un individuo. En el Nuevo Testamento en casi todos los casos en el que se derramó el Espíritu Santo, sucedió sobre grupos, a toda la compañía de discípulos, a familias. Casi nunca fue dado a un individuo solo.

El propósito de estas observaciones es dejar claro que primordialmente el Espíritu Santo opera dentro de la iglesia y para el beneficio y bendición de la iglesia. H. Wheeler Robinson declara acertadamente que "los dones del Espíritu se confieren a la comunidad, en la comunidad y para la comunidad, y que el espíritu de ostentación egoísta e individualista proviene de otra

fuente." (14). El Espíritu usualmente escoge trabajar a través de la iglesia como un cuerpo y no a través de individuos separadamente. Normalmente a El le agrada trabajar a través de la KOINONIA.. No obstante, no queda confinado a la iglesia organizada, y la historia contiene más de un ejemplo de casos en los que Dios levanta profetas y reformadores quienes recuerdan a la iglesia las verdades que ha perdido y los caminos de justicia que ha abandonado, las veces cuando la renovación ha llegado por medio de valientes minorías o individuos dedicados poseedores de un discernimiento y poder espiritual inusitados, cuando los canales oficiales de la vida de la iglesia se han obstruído o cuando sus líderes se han vuelto corruptos o egoístas. Un individuo puede ser guíado por el Espíritu a enfrentarse a sus hermanos miembros en testimonio o advertencia. Pero esto debe hacerse siempre en interés de toda la hermandad, nunca debido al poder o prestigio personal, y debe de ser desde el principio hasta el fin un testimonio de amor para la hermandad, no un ataque en su contra. Debe ocurrir dentro de la iglesia, no como una operación cismática.

Hemos visto que el Espíritu y la iglesia jamás pueden ser adversarios. De la misma forma, el Espíritu jamás puede estar en desacuerdo con la Palabra. Cristo nos encuentra en las Escrituras, y es en estas Escrituras que el Espíritu Santo vivifica la verdad de Cristo, para que lleve fruto. Puesto que es el mismo Espíritu Santo quien inspiró las Escrituras y quien se mueve en nuestros corazones el día de hoy, los hombres que se mueven en dirección contraria con las Escrituras no pueden decir que son guíados por el Espíritu. Por lo tanto afirmamos que la Palabra y el Espíritu unidos se convierten en la autoridad sobre la iglesia y sus tradiciones. Este entendimiento no ignora que el Espíritu de Cristo está presente en la iglesia a través de la letra de la Escritura. Por el contrario, la iglesia puede con todo derecho decir que Jesús en virtud de ser la cabeza es su guía, pero esta guíanza debe de ser confirmada y controlada apelando a las Escrituras, y en particular al Nuevo Testamento. Desde luego, las Escrituras no deben entenderse en forma estática, sino dinámica, y deben interpretarse de forma inteligente y aplicarse a la luz de las necesidades actuales. No obstante, cualquier pretensión de una revelación interior que esté por encima o más allá de las Escrituras, aún cuando se llame la luz del Espíritu Santo o el Espíritu de Cristo, está sujeta a sospecha. Cristo, el Espíritu Santo y la Palabra son uno, en una unión dinámica; no pueden separarse sin correr el riesgo de una irreparable pérdida.

Por otra parte, la iglesia siempre tiene el peligro de resistir al Espíritu Santo. Y, ¿quién de nosotros puede decir que jamás ha resistido, constreñido, o sofocado al Espíritu Santo? Los más graves peligros son dos: (1) que las tradiciones del pa-

sado puedan apagar la voz del Espíritu hoy en día; o (2) que los líderes busquen retener el poder en sus propias manos y resistan el mover del Espíritu en otros dentro de la iglesia. En cualquiera de los dos casos, el resultado es el mismo. En donde Dios nos conduciría hacia adelante y hacia arriba, o en donde nos purgara y limpiara, el hombre se resiste. Resisten abrirse a una nueva luz; rehusan responder al llamado para nuevas obras; resisten el cambio; tradiciones huecas son apoyadas irrestrictamente por la religión o aún se les respalda escrituralmente; la cultura se confunde con la fe; mandamientos de hombres se convierten en mandamientos de Dios; las instituciones y los administradores rechazan la legítima crítica, la reconvención de hermanos. Así que se sofoca al Espíritu, su voluntad se frustra, la genuina naturaleza del compañerismo se rompe, y la vida se convierte finalmente en muerte cuando los hombres ya no quieren escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Que sea por lo tanto nuestra oración por la iglesia la oración trina de Pablo: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros." (II Corintios 13:14).

4

CREYENTES, DISCIPULOS Y SANTOS

Los tres términos que sirven de título de este capítulo hablan de cómo responden los miembros de la iglesia a su Redentor y Señor. Excepto por el término "hermano", con su verbo y adjetivo correspondientes, creyentes, discípulos y santos son los términos más usados en el Nuevo Testamento para designar a los cristianos, apareciendo cada uno varios cientos de veces. Es importante notar que casi todos los términos usados para señalar a los miembros de la iglesia en el Nuevo Testamento, no sólamente los tres enumerados arriba, conciben a los miembros como respondiendo a Cristo mas que recibiendo de El. Como característica son realmente requisitos para ser miembros de la iglesia. Sin ellos los hombres no pueden realmente ser cristianos, y la iglesia no existiría. La respuesta siempre sigue a la aproximación de Dios; Su llamado y Su promesa anteceden a la respuesta. Sus hechos sirven de base para la respuesta. Su gracia hace posible la respuesta; Su Espíritu y su gracia actúan en y con el pueblo que está dispuesto para producir la respuesta. Está dentro del contexto de todo lo que Dios ha hecho y aún está haciendo por todos los miembros de la iglesia, que el individuo responda. Pero, sin embargo, la respuesta proviene de personas responsables quienes comprometen su voluntad con una respuesta activa. En este cuadro de la iglesia, son inseparables el lado de Dios y el lado del hombre. No puede pasarse por alto el lado del hombre; negarlo sería negar la humanidad de la iglesia. Pablo combina ambas en forma perfecta al exclamar gozosamente: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." (Filipenses 4:13).

Examinaremos ahora el contenido de cada uno de estos conceptos: creyentes, discípulos y santos para encontrar qué aporta cada uno al cuadro de lo que la iglesia debe ser.

C r e y e n t e s

La abrumadora evidencia del Nuevo Testamento es que desde el lado humano, la fe es el elemento constitutivo en el establecimiento de la iglesia como pueblo de Dios. Como hemos visto en el primer capítulo, también fue constitutivo para ser miembro del pueblo de Dios bajo el pacto antiguo. En ambos pactos, es la respuesta a la gracia de Dios en total compromiso con El. El verdadero y único pueblo de Dios a través de todos los tiempos es el pueblo de fe, pero es bajo el nuevo pacto que esto se dice clara y definitivamente. Pedro estableció los términos para entrar a la nueva comunidad del pueblo de Cristo en Pentecostés en términos radicales: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo"

(Hechos 2:38). Y cuando en el Concilio de Jerusalén, veinte años más tarde, recordaba este momento de Pentecostés, dijo: "Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen." (Hechos 15:7) (1).

Antes que Pedro, ya Jesús había establecido en idénticos términos los requisitos para entrar al reino en su proclama inicial al principio de su ministerio: "Arrepentíos y creed en el evangelio". (Marcos 1:15). Y cuando le preguntaron: "¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?" El respondió: "Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado" (Juan 6:28,29). Y nuevamente declara: "En verdad, en verdad os digo, el que cree en mí, tiene vida eterna" (Juan 6:47). Juan 3:16 dice: "Todo aquel que en El cree no se pierde, sino tiene vida eterna." La respuesta de los apóstoles al carcelero filipense resume todas las respuestas apostólicas: "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo" (Hechos 16:31). Es imposible comprender a la iglesia, ni en sus orígenes ni en su continuidad, sino como una comunidad de creyentes. Es la comunidad de la fe.

Estamos en un punto crucial en nuestra doctrina de la iglesia. ¿Es la iglesia un cuerpo de creyentes solamente (sin importar lo débil o inadecuada que sea la fe), o incorpora a aquellos que no tienen o no pueden tener una fe viva y una experiencia propia? Si es lo primero, la iglesia se compone de discípulos voluntarios, entregados y obedientes, una iglesia disciplinada que se esfuerza por conocer y obedecer en su totalidad la voluntad de su Señor. Esto, sostenemos, es el ideal de la iglesia en el Nuevo Testamento. La segunda posición presenta a la iglesia inclusivista de toda la gente, la VOLKSKIRCHE, la iglesia tradicional. Incorporar a niñitos que no pueden conocer o consentir en ser miembros, y la retención de todos los miembros sin importar si retienen la fe y la vida son consecuencias y causas del deterioro de la iglesia de una comunidad de fe a una población indiferente, cristianizada por definición. Entonces la cultura se bautiza junto con la población y la distinción entre la iglesia y el mundo desaparece; y la iglesia se convierte en una institución religiosa, mediadora de la salvación a través de un sacerdote o clérigo, o administrando la gracia a través de un aparato de pastores y teólogos. Que existan indudablemente verdaderos creyentes en tales iglesias no las convierte en iglesias verdaderas de Cristo pues constituyen una imposible mezcla de creyentes e incrédulos. Es una de las increíbles paradojas de la historia el que los Reformadores, quienes tan audaz y efectivamente recapturaron el evangelio de la gracia de su distorción medioeval y restauraron el mensaje central de la justificación por la fe, hayan retenido a las multitudes mezcladas que formaban la masa de la iglesia, la iglesia territorial del compromiso Constantino, en la que una verdadera fe no era requisito para ser miembro. Los esfuerzos de Lutero por cerrar la insalvable brecha entre su concepto de salvación por fe y su concepto de una iglesia masiva utilizando medios como la fe de los padrinos pa

ra bautizar infantes, o una fe divinamente introducida, sirven únicamente para indicar la imposiblidad de tal tarea. La necesidad de hacer del bautismo una regeneración sacramental para suplir este propósito es otra evidencia de la dificultad resultante de un concepto equivocado de la fe. (2).

Hemos llegado al punto en donde debemos examinar la forma en que un incrédulo es traído hacia esa única fe que hace posible que entre a formar parte de la comunidad de creyentes. En otras palabras, ¿cómo hace un hombre para entrar a la iglesia de los creyentes? Aquí debemos responder a la interrogante, ¿Qué significa creer en el Señor Jesucristo? Y puesto que en el Nuevo Testamento el bautismo constituye la iniciación dentro de la iglesia visible, encontraremos algunas de las más claras enseñanzas respecto al significado de una fe salvadora en pasajes que combinan el simbolismo del bautismo con enseñanzas directas sobre este tema.

La fuente clásica para la enseñanza del significado de una fe salvadora la encontramos en Romanos 1 - 8, con su climax en el capítulo 6, versículos 1-14, seguida de Colosenses 2:6-15 y 3: 1-11, y Gálatas 2:20,21 y 6:14-16. El tema en Romanos es una correcta relación con Dios por la fe en Cristo. En el capítulo 4 Pablo muestra que esa correcta relación jamás pudo existir a través de obras y ceremonias, pues si nos remontamos al pasado llegamos a la conclusión que la aceptación de Abraham fue por fe. El capítulo 5 muestra que la fe en Cristo es central para poder tener acceso a la reconciliación de Dios con el hombre a través de Cristo, comprobando que la salvación no se obtiene por obedecer un código de preceptos. El dominio universal que el pecado ha traído sobre el hombre, ha sido sustituído por un reino de gracia para aquellos que se unan con Cristo por fe. Pablo resume diciendo: "Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Romanos 5:20). Dándose cuenta inmediatamente del peligro que implicaba esta enseñanza de gracia sobreabundante que podría malentenderse en cuanto a la naturaleza de la salvación, Pablo propone la interrogante de si el creyente debe buscar obtener más gracia pecando más, y en el proceso de responder nos da la más profunda y dinámica comprensión del significado de fe, gracia y salvación que podamos encontrar en el Nuevo Testamento. Al hacerlo el penetra radicalmente al corazón mismo de la experiencia cristiana de fe.

He aquí la linea de pensamiento de Pablo en Romanos 6: 1-14. Es totalmente irrazonable esperar que cualquiera que tenga una verdadera fe en Cristo continúe pecando. ¿Por qué? Porque la vida del creyente es transformada por su unión con Cristo por medio de la fe en la siguiente forma: La obra de Cristo por nuestra salvación es Su muerte por crucifixión y vuelta a una nueva vida por resurrección. Al morir, rompió to

da relación con el mundo pecador que lo crucificó, y al resucitar demostró que había derrotado al enemigo y que era plenamente capaz de seguir triunfando sobre todo lo que el enemigo pudiera hacer, incluyendo la muerte, y de realizar en las edades por venir la redención del hombre. En esto El identificó totalmente su voluntad con la voluntad de Dios. El creyente entonces, por fe, se identifica a sí mismo con las obras de Cristo. Somete su voluntad a la voluntad de Dios; muere al romper toda relación con su antiguo medio y con el poder del pecado, y es resucitado por la gracia de Dios a una novedad de vida en una resurrección espiritual. La identificación del creyente con Cristo se describe con la palabra griega SUMPHUTOI (Romanos 6:5), que literalmente significa "crecer juntos." (3). He aquí el punto crucial. El creyente debe identificar su voluntad con la de Cristo como si hubiesen crecido juntas, en total y completa renunciación del dominio del pecado.

Por lo tanto, la pregunta que se formula antes del bautismo está en completo órden: "¿Está usted verdaderamente arrepentido de sus pecados anteriores, y está dispuesto a renunciar a Satanás, al mundo y a las obras de las tinieblas, y a sus propia voluntad carnal y deseos pecaminosos? (3a). Comprometerse en esta forma es ser "crucificado con Cristo" o "morir juntamente con él" según lo expresa Pablo poderosamente. Tal identificación con Cristo constituye un acto conciente y voluntario de fe que compromete toda la personalidad. Esto es creer "EN Cristo" (el griego original frecuentemente dice: "DENTRO DE Cristo"), como lo expresa la versión Standard Revisada; y la sustitución que hace la versión Revised Standard de creer EN Cristo por creer A Cristo constituye un verdadero adelanto para clarificar el significado de creer. "Creer a" para los oídos modernos lleva la connotación de un asentimiento intelectual, es decir, creer que algo es cierto, mientras que "creer EN" es un movimiento de la voluntad que nos identifica con Cristo o con Dios en una entrega vital. Este rompimiento radical con el pasado, el rompimiento con todas las formas a las que antes éramos leales, es el resultado de la obra del Espíritu. Es una regeneración, un nuevo nacimiento. Pero es posible por el movimiento de la voluntad humana. Una vez más vemos la inseparable relación entre el actuar de Dios en libre gracia a través de Cristo y la libre reacción o respuesta del hombre. El corazón de la´experiencia cristiana de conversión es por lo tanto, sencillamente la última aplicación de la verdad central que hemos visto en todas las relaciones de Dios hacia el hombre en cuanto a su redención, ya sea figurada en la imagen del pueblo de Dios, o en el cuerpo de Cristo, o en la comunidad del Espíritu Santo. Dios actúa y el hombre responde.

Resumiendo: Creer en el Señor Jesucristo no es algo esencialmente legalístico, teológico o ético; es una entrega, compromiso e identificación personal que lo coloca a uno "en Cristo", es decir, en la esfera Su actividad, cuyo resultado es vivir victoriosamente sobre el pecado. T. C. Smith por lo tanto dice: "Uno no se convierte en vencedor sencillamente por participar en el triunfo (de Cristo). Se convierte en triunfador únicamente cuando su propia vida vuelve a vivir la vida de Cristo." (4).

En esta experiencia personal y dinámica de la renovación de la voluntad humana, se llega al punto central de apropiarse de aquello que se nos ha ofrecido en Cristo, el don gratuito de la gracia que es el deseo de Cristo para nosotros hecho posible por Su muerte y resurrección. Este sentido de posesión está coordinado con el conocimiento interno de que HEMOS respondido. Esta es la "seguridad de la fe", o sea la seguridad producida por la fe. Esta es la verdadera conversión. Entonces recibimos los beneficios de la victoria alcanzada por Cristo.

Indudablemente, aún es necesario trabajar para lograr el total significado de la ruptura del dominio del pecado y la aceptación del reino de la gracia, del señorío de Cristo. Pablo amonesta alrededor de este punto en los siguientes versículos de Romanos 6, así como también en Colosenses 3. Es necesario "matar" (mortificando) los pecados individuales cuando se evidencian en la conciencia; es necesario "(rendirnos) presentándonosnosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos y nuestros miembros como instrumentos de justicia" (Romanos 6:13); debe haber una rendición, paso a paso, en todas las áreas conocidas de conducta y servicio. Esto ensanchará el alcance de la victoria obtenida básicamente en la muerte y resurrección que es el punto de partida de la nueva vida. Ahora que la mente está cautiva por Cristo, Su voluntad debe obrar en todo el significado de la vida por venir. La muerte y resurrección es la muerte del "yo" que Cristo demanda de los que quieran ser sus discípulos, llevando cada día la cruz en pos de Cristo. La muerte antecede al discipulado. Como Bonhoeffer afirma vigorosamente: "Cuando Cristo llama a un hombre, le pide que venga y muera." (5).

Antes de considerar el discipulado es preciso decir unas palabras respecto al bautismo. Romanos 6 y los pasajes citados de Gálatas y Colosenses no son una discusión alrededor del bautismo. El tópico del bautismo es solo incidental en el estudio de la fe y la vida nueva. Pero es legítima la inferencia de que la fe y la vida nueva son pre-requisitos para el bautismo. El bautismo externo en agua es una declaración de la iglesia,

de común acuerdo con el creyente, de que la experiencia descrita en Romanos 6 ya ha ocurrido. El candidato para el bautismo debe de ser capaz, por lo tanto, de hacer su entrega y compromiso personal con Cristo, y de confesar abiertamente que ésto ha ocurrido. Como un rito de iniciación, el bautismo es semejante a la unión con Cristo al incorporarse a la comunidad visible de creyentes.

Bajo este entendimiento, únicamente es posible el bautismo de adultos. La aplicación de esta ordenanza a personas irresponsables destruye el significado Novotestamentario de este símbolo. La evidencia clara que se encuentra en el Nuevo Testamento sobre este particular, es la razón por la que dos eminentes teólogos, el Profesor Karl Barth de Basilea, y el anglicano Dom Gregory Dix, han declarado en años recientes, el primero en 1943 y el segundo en 1946 que el bautismo de creyentes es el único bautismo válido en el Nuevo Testamento. Dix dice: "La iniciación cristiana en el Nuevo Testamento es descrita y concebida únicamente como una consciente adhesión y respuesta al Evangelio de Dios, es decir, únicamente en términos de una iniciación de adultos." (6). La iglesia de los creyentes requiere del bautismo de adultos sobre la base de un testimonio personal de fe. (7).

Por lo tanto, la iglesia que demanda el Nuevo Testamento de acuerdo a la comprensión de la fe y de la forma de salvación, es la iglesia de los creyentes. Esta es la iglesia que aparece ante nuestros ojos en el Nuevo Testamento y que continúa en la era post-apostólica. El compromiso que la iglesia hizo con Constantino en el siglo IV puso fin a esta iglesia, aunque ya antes se había comprometido parcialmente. La iglesia que siguió, formada por una masa mixta fue una lamentable descendiente del alto concepto de la iglesia en el Nuevo Testamento. La Reforma restauró el núclo del Evangelio, pero no restauró el carácter de una iglesia formada exclusivamente por creyentes. Ni la Iglesia Católica ni las iglesias que nacieron con la Reforma pusieron en práctica el concepto de una iglesia de creyentes. Por el contrario, se asociaron con los gobiernos que de acuerdo con ellas forzaban a la gente a aceptar sus teologías y órdenes eclesiásticas. Los que disentían eran apresados, exilados, torturados o ejecutados. Los príncipes tenían poder legal para escoger la religión que ellos preferían para su pueblo y para obligarles a conformarse a ella. Esto fue verdadero en el Protestantismo magistral de la Reforma Luterana, Anglicana y también dentro del catolicismo.

Los Anabautistas fueron la única excepción en este modelo, seguido años más tarde por la Iglesia de los Hermanos Polacos. Aunque fueron parte del movimiento de la Reforma, establecieron una vez más la iglesia de los creyentes, con el requisito de la confesión de fe de los adultos y el compromiso de seguir a Cristo para poder convertirse en miembros; y re-

chazaron toda coerción estatal o de la iglesia en asuntos de fe. (8). Fundaron la primera iglesia libre en Zurich-Zollikon en Enero de 1525. (9). El mantenimiento de la iglesia de creyentes en la práctica es responsabilidad de sus descendientes y de las iglesias libres como un todo, que no se alcanza por el simple hecho de no bautizar infantes. Precisa de una continua fe vivificante y de un compromiso responsable de discípulos por parte de todos los miembros durante todo el tiempo. Vamos ahora a considerar el significado del discipulado.

D I S C I P U L O S

El Señor resucitado ordenó a los once apóstoles como representantes de la totalidad de la iglesia a "hacer discípulos entre todas las naciones" (Mateo 28:19). Al aceptar como propia esta comisión, debemos conocer el significado del discipulado para poder cumplir con las órdenes de nuestro Señor. Es la misma comisión que fue dada a todos los que estaban reunidos en el día de Pentecostés cuando El dijo: "Me seréis testigos." En Hechos 14:21 se nos dice que los apóstoles predicaron el Evangelio e hicieron muchos discípulos en Derbe; el verbo usado para "hacer discípulos" es exactamente el mismo usado en la gran comisión, y el pasaje claramente tiene el significado de que convertirse en discípulo es la respuesta a la predicación del Evangelio. Hoy en día nosotros estamos entre los han sido hechos discípulos por la predicación del Evangelio, y necesitamos una guía para nuestro discipulado, el discipulado de la iglesia. Consideraremos pues a la iglesia como una compañía de discípulos.

Para conocer el significado de la palabra discipulado debemos ir a los Evangelios en donde el término discípulo es el nombre común dado a los seguidores de Jesús y que aparece 225 veces, y en donde Jesús afirma en términos claros qué espera El de Sus discípulos.

"Discípulo" era una palabra familiar en Palestina en la época de Jesus que describía a aquellos que estudiaban la ley bajo la tutela de los rabinos. Los pupilos de los filósofos griegos también eran llamados discípulos (10). Pero el concepto que tenía Jesús del discipulado era radicalmente diferente. Los estudiantes rabínicos, al igual que los discípulos de los filósofos griegos, estaban ligados a las enseñanzas de sus maestros, pero los discípulos de Jesús estaban ligados primordialmente a Su persona, radical y completamente. Jesús no quería ser llamado simplemente "maestro", porque El no estaba exponiendo la ley o explicando un código. Sus seguidores no eran aprendices en el sentido usual. No estaban preparándose para, a su vez, convertirse en maestros y enseñar a otros lo que habían aprendido. Cuando El llamó a sus discípulos para

que aprendieran de El, no estaba hablando acerca de un aprender ordinario, sino de aceptar Su espíritu y su forma de vida. Sus discípulos serían aquellos que creyeran en El, es decir, que lo aceptaran en su papel mesiánico de traer el reino, que sometieran a El como Señor sus vidas, y que adoptaran como propia la forma de vida que El ejemplificaba y enseñaba. La meta de los discípulos de Cristo desde entonces ha sido y siempre será ganar a otros discípulos a la misma lealtad que ellos profesan por su Señor y Amo. Logran esto dando a conocer Su persona y Su poder, relatando los hechos históricos relativos a Su vida, muerte y resurrección, y también dando evidencia en sus propias vidas de que El es Señor. Aquí se mezclan Hechos 1:8 y Mateo 28:19. Se obtienen discípulos testificando, no solamente enseñando. La predicación del Evangelio es testificar de Cristo, no interpretar la ley como hacían los rabinos, y la respuesta es aceptarlo a El personalmente como Salvador y Señor. Es un juramento de obediencia; de guardar Sus mandamientos, de permanecer en Su palabra, de realizar Su obra, de promover Su causa. Todos los verdaderos creyentes son, por definicición discípulos, pues el compromiso de fe inevitablemente produce el discipulado. Los discípulos no forman una clase aparte en la iglesia. Este nombre es solamente otra forma de llamar a la iglesia. Lo que se demanda de los discípulos se demanda de todos.

Tal como los discípulos se adhieren a la persona de su Señor, también se adhieren a Sus enseñanzas. Así, la gran comisión incluye "enseñarles a guardar todo lo que yo os he mandado". Pero todo lo que nos ha mandado constituyen una forma de vida bajo el señorío de Cristo, no un código de preceptos que expresen una abstracta filosofía religiosa, ni formas ceremoniales, ni detalles de conducta moral. Es el seguimiento de la forma de vida del Maestro - una vida de amor compasivo, de un ministerio de servicio, una vida profundamente adherida a El y a Su espíritu. El expuso esta forma de vida una y otra vez a través del ejemplo y de enseñanzas directas. La promesa incluída en la gran comisión, "Yo estaré con vosotros hasta el final de los tiempos," reflejan la relación personal entre el discípulo y su Maestro. No es tanto una promesa de ayuda o consuelo para los cansados apóstoles o testigos; es una declaración de que siempre habrá un Señor a quien los discípulos podrán adherirse; siempre habrá un Maestro para darles su comisión y guíarlos; siempre estará Su causa para representar y Su persona de quien testificar.

Demasiado frecuentemente, al interpretar esta promesa, se revierte la relación entre el discípulo y su Señor, y se convierte en un sentimiento: nosotros los discípulos estamos haciendo el trabajo, pero desde luego, nos alegra saber que siempre podemos saber que hay alguien que nos llevará de la mano en los lugares difíciles, y que siempre hay alguien "en las sombras observando a los Suyos." No. Cristo es el Rey

Emmanuel, el Capitán de los Ejércitos del Señor, quien fija la meta, quien da la órden de marcha, quien dirige el camino, y con quien estamos unidos en el poder del Espíritu Santo. Estar a su lado como discípulos demanda una rendición completa y radical a Su llamado. Aquí nuevamente observamos la relación básica entre Dios y Su pueblo, tanto en el llamamiento como en la respuesta. Cristo viene al mundo en el poderoso acto de la encarnación y nos reclama por Su amor a través de Su cruz y Su resurrección. Nosotros decimos "si" y somos hechos sus discípulos. Decimos, "Tu eres mi Señor; Te seguiré sin importar a donde." La vida del discipulado no se ve limitado por un código restrictivo; es una vida abundante de posibilidades siempre en aumento debido a que Al que seguimos es Señor de todas las cosas, y la vida junto a El es una aventura sin límites. En esta vida de discipulado-aventura el discípulo no sigue al pie de la letra los mandamientos, sino busca aplicar en forma creativa el significado interno de los mandamientos y penetrar con los otros discípulos en un vasto e intenso campo de acción y de experiencia. Esto se convierte en algo semejante a una conversación con su Señor en cuanto al toal significado del señorío de Cristo.

El genuino significado del discipulado es, por lo tanto, responder al señorío de Cristo. La iglesia primitiva respondió completa y gozosamente, se llamaran a sí mismos discípulos o no. La más antigua confesión de la iglesia fue "Jesús es Señor." Esto no significaba únicamente otorgar a Cristo el nombre de Dios, según el Antiguo Testamento, sino era una declaración del gobierno real de Cristo sobre Su nuevo pueblo de fe, y de su derecho de gobernar sobre todos. Pero era aún más; era la aceptación de su gobierno personal sobre el que confesaba Su señorío, una adhesión de fidelidad y de obediencia. Y cuando toda la iglesia hacía esa confesión, estaba entregándose a sí misma en cuerpo y alma a su Rey,para seguirlo hasta el fin, para ser conformada a Su imagen, para vivir Su vida, para llevar Su reino hasta los confines de la tierra.

Jesús proclama su señorío cuando dice: "Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra." (Mateo 28:18), pero también cuando ofrece Su evangelio como la llegada del reino de Dios a los hombres. Estas eran las buenas nuevas que El trajo, las nuevas de que el hombre podría entrar en el reino al aceptarlo a El. Reino, significando reino de Dios, fue el término más inclusivo que El usó para señalar el resultado del evangelio. Significa que Dios establecerá Su gobierno sobre aquellos que acepten Su gracia, y se conviertan en sus discípulos. La proclamación del reinado de Dios en el reino, que era el mensaje de Cristo en el Evangelio, es aún el mensaje de la iglesia de los discípulos. La sustitución del término "reino" por "iglesia" en las epístolas ciertamente sugiere que la igle-

sia es la esfera del real reino de Cristo. En otras palabras, la iglesia es en un verdadero sentido el reino que Cristo anunció, aunque todavía falte mucho por incluír en ese reino. El evangelio de los cuarenta días, como se llama algunas veces a las enseñanzas que Jesús dio a sus seguidores entre la resurrección y la ascensión, fue el Evangelio del Reino, porque"El estaba hablando del reino de Dios." (Hechos 1:3) El trabajo de Pablo en Efeso se describe como "discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios" (Hechos 19:8); y su propio testimonio al despedirse de los ancianos de Efeso fue que había estado entre ellos "predicando el reino" en cumplimiento de "El ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hechos 20:24,25). Pablo describe la redención como el "ser trasladado ...al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13), y en la misma epístola (4:11) se refiere a sus colegas como "colaboradores en el reino de Dios." Ser discípulo es estar en el reino y ocuparse de los negocios del Rey.

El apelativo "discípulo" se adapta pefectamente bien no solo con el término "creyentes" como hemos visto, sino también con "pueblo de Dios", y finalmente con "ministros del Señor," que se discutirá en el último capítulo. La única contribución del término "discipulado" al entendimiento de la naturaleza de la iglesia radica precisamente en su énfasis en el señorío de Cristo. El discípulo le sigue en obediencia, se identifica con su causa, sirve a sus propósitos y renuncia a cualquier otra fidelidad o lealtad. Para dibujar el retrato de un discípulo debemos tomar la figura que Jesús mismo nos da de un discípulo: "ser como su maestro" (Mateo 10:25), alguien quien "permanece en su palabra" (Juan 8:31), quien ame como su maestro (Juan 13:34), quien posee el caracter descrito en las Bienaventuranzas y en el Sermón del Monte, que pertenezca a aquellos que Jesús llamó "vosotros" entre sus discípulos, quien viva todas las enseñanzas y ejemplos que El dejó.

Esta es la visión de la iglesia de discípulos. El cumplimiento de tal visión ocupará a la iglesia hasta el fin de los tiempos, haciendo mejores discípulos de sus propios miembros, y nuevos discípulos entre todas las naciones.

S A N T O S

Los santos del Nuevo Testamento no tienen aureola. No son algunos miembros que han alcanzado un más alto grado de santidad y que por lo tanto están a la cabeza de la escalera en moralidad, pureza y piedad. Fue una iglesia posterior, no el Nuevo Testamento, la que puso aureolas a los santos. Pues en el Nuevo Testamento todos los cristianos son santos, media

vez están en la iglesia, y permanecen santos hasta el final, a menos que deserten. La comunidad cristiana de Corinto no era un parangón de perfección en ningún aspecto; Pablo abiertamente les acusa de ser carnales, (I Corintios 3:1). No obstante, en sus dos cartas a los Corintos se dirige a ellos en su saludo llamándoles "santos," "llamados a ser santos," "santificados en Cristo Jesús." La confusión en cuanto al significado de "santo" en el Nuevo Testamente surge en la mente del lector moderno debido a que está acostumbrado a interpretar la palabra "santo" en términos morales, mientras que en el Nuevo Testamento se usa en dos sentidos: en primer lugar como una posición, status, de relación con Dios, y en segundo lugar como una descripción de carácter ético.

El significado básico de "santo" es "uno que es santo" y santificar significa, por lo tanto, "hacer santo." Exactamente la misma raíz griega usada en "santo" es el término usado para Espíritu Santo y santidad. Como estamos acostumbrados a interpretar "santo" en términos morales, nos inclinamos inmediatamente a preguntar: ¿Está usando pablo un eufemismo, o está halagando deliberadamente a los Corintios con un vocablo que en realidad no tenía aplicación en ellos? O es posible que pueda llamarse a los Corintios "santos", "santificados" sin importar en qué estado se encontraban? Se les incluye en tre "todos los santos ... de Acaya," infiriendo que se dirige a todos los cristianos, en la salutación de la segunda carta.

El problema del significado de "santo" va más allá de las cartas a los Corintios. Pablo llama a todos los desinatarios de todas sus epístolas santos. Se refiere a los cristianos que sufrían pobreza en Jerusalén como "pobres...santos" (Romanos 15:26), y finalmente habla de "todas las iglesias de los santos" (I Corintios 14:33). Dos veces envía saludos desde la iglesia en la que se encuentra (De Efeso a Corinto; y de Roma a Filipo) en nombre de "todos los santos." El escritor de los Hebreos saluda a "todos vuestros pastores y a todos los santos" (13:24), y Juan cierra su libro de Apocalipsis en el último versículo de la Biblia con la bendición: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos los santos" (Apocalpisis 22:21), significando los cristianos en todas partes.

La única posible conclusión que se extrae de la evidencia (incluyendo el hecho que la palabra jamás se usa en el singular) es que "santos" es sencillamente un término genérico para cristianos per se, es decir, para los miembros de la iglesia. (11). Pero ese hecho aún no explica las connotación de la palabra en sí misma.

Cuál es el significado de la palabra "santo" que pueda aplicarse a todos los cristianos, sin importar el nivel de su moralidad o ética? ¿En qué sentido es la iglesia una comunidad de santos? La respuesta es doble: la palabra "santo" sig

nifica (1) una relación de adherencia a El Mismo que Dios confiere a todo Su pueblo; y (2) una obligación vinculante que surge precisamente de este acto de Dios. El contenido de ambas ideas se encuentra en el significado de la palabra "santo" usada originalmente en el Antiguo Testamento, al referirse a Dios y a todo lo que le pertenece o se relaciona con El. Allí ser santo significa estar consagrado exclusivamente a Dios. El Dios santo es el Uno trascendente separado de todas las cosas creadas, y en este sentido consagrado únicamente a Sí Mismo. El primer objetivo de tal Dios es elegir y reunir un pueblo para Sí Mismo, es decir, un pueblo santo. Logra esto a través de los hechos portentosos por los que El se da a los hombres en juicio y en misericordia obrando en la historia. A esto se le llama "santificar" a Su pueblo. Pero el Antiguo Testamento enfatiza nada menos que la santificación de Dios POR Su pueblo. Este acto del pueblo consiste en apartar a Dios para ellos por encima de todos los demás dioses. A su vez el pueblo se santifica a sí mismo, es decir, se consagra totalmente a Dios, volviéndose de otros dioses. Hacen esto primordialmente en la adoración, pero también guardando los mandamientos de Dios y observando Su ley, y a esto se le llama "servirlo". Puesto que no pueden aproximarse a Dios sin estar totalmente limpio, la siguiente consecuencia de esta santificación es la purificación moral y la completa separación de todo aquello que es contrario a la naturaleza de Dios. Habiendo hecho esto, entonces se entrega al servicio exclusivo de El para hacer Su voluntad. En este concepto se unen los aspectos éticos y religiosos, aunque el religioso siempre antecede al ético, y no viceversa. "Sed santos, porque Yo soy santo" (I Pedro 1:16; Levítico 11:44) demanda santidad (tanto en consagración como en purificación) en el pueblo de Dios debido a que está ligado a El. Nunca un pueblo se convirtió en pueblo de Dios debido a su santidad. Pero el Dios santo por Su misma naturaleza no puede descansar hasta que atraiga a los hombres hacia El para hacerlos Su pueblo, de la misma naturaleza que El. "Dios es santo puesto que El se imparte a Sí Mismo, puesto que El desea que los hombres compartan su propia vida divina al traerlos dentro de Su juicio y misericordia. Su santidad es rigurosa; confronta al hombre a extraer de sí una nueva vida." Y: "El elemento más intrínseco de Su ser no es Su ira contra el pecado, sino Su amor activo. La expresión "Santo de Israel" no significa otra cosa. (13).

En el Nuevo Testamento encontramos exactamente el mismo uso para la palabra "santo". Jesús es el Santo de Dios o el Santo Siervo de Dios precisamente debido a que es el instrumento de Dios para juicio y misericordia, de Su amor, para el cumplimiento final de Su propósito de reunir un pueblo. Está consagrado a Dios por amor a Su pueblo. "Y por ellos yo me santifico a mí mismo" (Juan 17:19) según sus propias palabras. El

Espíritu de Dios es también el Espíritu Santo porque ejecuta la regeneración y liberación que Dios se propone para Su pueblo. Esta obra del Espíritu Santo se llama "santificación" en el Nuevo Testamento (II Tesalonisenses 2:13; I Pedro 1:2), aunque con igual verdad Dios es "el que santifica" (Hebreos 2:11) y Jesucristo es "nuestra santificación" (I Corintios 1:30). El producto resultante de la obra santificadora de Dios es el santo, el que ha sido hecho "santo" al convertirse en miembro del pueblo de Dios que está consagrado únicamente a El.

El uso que el Nuevo Testamento da a "santo" o el "santificado" conlleva, al igual que en el Antiguo Testamento, no sólamente la idea de lo que Dios hace para otorgar a su pueblo el status de pertenecerle a El, sino también la respuesta de la persona y del pueblo hacia El. Como se ha afirmado arriba, Dios los aparta para que le pertenezcan, pero ellos a su vez, se apartan para El. La mejor traducción del término "santo" es pues "los consagrados" - aquellos apartados exclusivamente para la comunión y servicio de Dios.

Habiendo visto que el Nuevo Testamento califica como santa a la relación de consagración a Dios, encontramos que el segundo significado que indica purificación del carácter es también prominente. Ser apartado para Dios implica inmediatamente el tomar la forma del caracter de Dios en amor y pureza moral, y en devoción y obediencia, a pesar de que los santos no son transformados inmediatamente por un solo acto en semejanza de Su caracter y voluntad. Es necesario alcanzar esa perfección en medida siempre creciente. Por esta razón, Pablo y Pedro exhortan a los santos a perseguir la santidad, y Jesús anima a sus discípulos a ser "perfectos", a tomar el yugo y a aprender de El, o a tomar todos los días la cruz y seguirle. Este carácter "santo" es el tema de exhortaciones apremiantes tanto en los Evangelios como en las Epístolas, igual que en el Antiguo Testamento. "Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos" (Juan 8:31); "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos" (Juan 14:15); "que así como para iniquidad presentastéis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia" (Romanos 6:19); "como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir" (I Pedro 1:14,15); "Santificad a Dios, el Señor en vuestros corazones" (I Pedro 3:15); "Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación: que os apartéis de fornicación" (I Tesalonisenses 4:3); "Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación; así que el que desecha esto, no desecha al hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo." (I Tesalonisenses 4:7,8); "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santi

ficarla... a fin de presentársela a sí mismo una iglesia glorio sa, que no tuviese mancha ni arruga" (Efesios 5:25-27). En estos pasajes "santificar" y "santificación" han adquirido el significado de perfección ética: la connotación de consagración casi se ha desvanecido.

El significado de la iglesia de los "santos" está ahora claro. Dios llama y aparta para Sí Mismo al pueblo que ama y redime, y Su pueblo acepta su llamado y se consagra a sí mismo a El y a Su servicio. En su nuevo status de hombres consagrados, status hecho posible por gracia, se esfuerzan denodadamente por parecerse a El, por limpiarse moralmente y por ser santos en su conducta, para presentarse como "sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" "no conformándose a este mundo, sino siendo transformados" (Romanos 12:1,2), como hijos obedientes. Puesto que Dios está siempre presente entre Su pueblo, y Su pueblo es su representante visible entre las naciones, Su gloria debe también de estar presente en ellos. Esta gloria es la gloria de la santidad, y los santos -en este sentido- son también gloriosos. La figura de la "luz" conlleva el concepto de santidad, y los santos deben "andar en la luz, puesto que El está en la luz" (I Juan 1:7).

En esta figura de los santos encontramos otra vez en esencia la figura del pueblo de Dios, en la que el llamamiento y la respuesta son inseparables. El aspecto que se añade ahora es la búsqueda de la santidad en la vida para igualar el carácter de Aquel quien los ha llamado. Así, los santos se esfuerzan por convertirse en santos. Las especificaciones de su esfuerzo están escritas detalladamente en las páginas de los Evangelios y las Epístolas. La meta es, nada menos que la justicia de Dios, "el supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús". Filipenses 3:8-14.

5

LOS MINISTROS DEL SEÑOR

La Misión y el Ministerio de la Iglesia

Está en la misma naturaleza de la iglesia tener un llamamiento y un ministerio en el mundo, y cumplir con ese llamamiento. En este último capítulo consideraremos en qué consiste ese llamamiento y de que manera y valiéndose de qué medios la iglesia cumplirá con él.

El llamamiento de la Iglesia para ser Iglesia

El primero y primordial llamamiento de la iglesia es ser la iglesia de Jesucristo. Si falla en este punto, fallarán todos sus demás ministerios en el mundo. La primera tarea de la iglesia es ser la nueva creación (1) en medio de la creación antigua. No sólamente debe proclamar la disponibilidad de la redención, sino que debe demostrar con su vida en qué consiste la redención. Por su vida se convierte en heraldo de la nueva realidad en Cristo, de la nueva era que ha irrumpido y que es la nueva esperanza para el mundo. Responde a los grandes hechos de Dios de reconciliación, redención y salvación en Cristo, y se convierte en la esfera en la que obra el Espíritu Santo. Por lo tanto su vida se transforma incesantemente en la imagen de su Señor.

Pablo habla dos veces, con un énfasis dramático, de la nueva creación. En Gálatas 6:15,16 leemos: "Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación. Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericorida sea a ellos, y al Israel de Dios." Es vivir como una nueva creación lo que nos convierte en el Israel de Dios. Esta misma convicción es expresada en forma aún más aguda en la siguiente frase, que cito de la traducción de Moffatt: "Si alguno está en Cristo, hay una nueva creación; lo viejo pasó, lo nuevo llegó" (II Corintios 5:17). Esta nueva creación comenzó en la resurrección pero continúa constantemente pues la iglesia está "caminando en la resurrección", para usar una frase de Menno Simons. Pablo tuvo el privilegio de ver emerger esta nueva creación mientras que predicaba el Evangelio. No es extraño que el pudiera exclamar alborozado: "Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo ... porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan" (II Corintios 2:14,15). El primer llamamiento

de la iglesia es convertirse en la realidad en lo que es por definición.

Uno de los mayores obstáculos que impiden que la iglesia sea la nueva creación es una doctrina de hombres que sostiene que el pecado original permanece en el hombre tan arraigado que constituye una poderosa negación de la gracia de Dios y que por esta razón es prácticamente imposible vivir la vida victoriosa de resurrección sobre el pecado; y que, por lo tanto, el fruto primordial del evangelio es el perdón. Sobre esta base hay muy poca esperanza para la nueva creación. El perdón entonces se convierte en la principal experiencia de la gracia de Dios en la iglesia, con un muy vivo sentido del poder de la expiación en la muerte de Cristo. Esto fue característico de la Reforma Evangélica, particularmente de Lutero. Como T. F. Torrance lo expresó recientemente, el punto de vista de Lutero realmente significa que "el creyente realmente no aprende a vivir del lado de la resurrección de la cruz." (1a) Fueron principalmente los Anabautistas quienes insistieron que la gracia de Dios sí produce una nueva creación, que los hombres pueden y deben caminar en novedad de vida en el lado de la resurrección de la cruz, y que la iglesia no es una verdadera iglesia de Cristo si falla en este punto. (2). El hecho de que siempre habra una tensión entre lo que la iglesia es y lo que debiera ser en Cristo no debe olvidarse, pero es preciso mantener la vista en el ideal y esforzarse por lograrlo. No es posible rendirse ante la derrota. La iglesia no debe atreverse a tomar el camino bajo debido a que el camino alto es sumamente difícil, ni tampoco debe permitir sumergirse en la problemática y la ambigüedad del tomar decisiones éticas.

Un segundo obstáculo para la continuidad de la nueva creación por Dios es un énfasis indebido puesto sobre la iglesia como una institución. Es sumamente facil asumir que el mantenimiento de la estructura, oficinas y formas es lo más importante en la vida de la iglesia; éstas entonces se convierten en un fin por sí mismas, en vez de servir a la creatividad de la iglesia. La iglesia es inevitablemente también una institución debido a su calidad humana, pero es en primer lugar el reino en donde Dios otorga vida, gracia y Espíritu.

Un tercer obstáculo para la continuación de la nueva creación es la tradición. Estar satisfecho con lo que ha sido, amar lo que es familiar, resistir el cambio, sentir un fuerte vínculo con el pasado, es humano. Pero aferrarse fuertemente a la tradición puede entorpecer el movimiento necesario para satisfacer las necesidades de hoy, o puede ensordecer la voz del Espíritu y no permitir que sea oído. La tradición debe estar a nuestro servicio, jamás controlarnos. Ninguno de estos obstáculos es inevitable; todos pueden ser vencidos.

El Llamado a Testificar

El segundo gran llamamiento de la iglesia es a testificar. "Vosotros me seréis testigos" (Hechos 1:8) fueron las últimas palabras que Cristo dirigió a sus discípulos sobre la tierra. Varios conceptos significativos se extraen de estas palabras.

En primer lugar, el testigo testifica a alguien de algo fuera de sí mismo - de Cristo, como dice el versículo. La iglesia no se testifica a sí misma, ni de sí misma; señala, como Juan Bautista al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

En segundo lugar, se testifica de algo que ha sucedido históricamente, pues en el mismo corazón del Evangelio de Salvación están la serie de eventos que constituyen la historia total de la salvación del hombre por Jesucristo. El cristianismo es una religión histórica anclada en las realidades de la historia. Testificar de la historia no se hace únicamente con el propósito de recordar para recibir inspiración, aunque esto sea muy precioso, sino para que la encarnación, la expiación y la resurrección de Cristo sean una realidad viva y actual. Unicamente así pueden experimentarse sus beneficios en el presente. La predicación de la historia tiene como propósito confrontar al hombre contemporáneamente con el Cristo viviente, no solamente con su recuerdo. Cristo debe nacer en nosotros, igual que en los antiguos; Cristo fue crucificado históricamente una vez y para siempre; El no repite su sacrificio; el ya no muere otra vez. Pero ahora nosotros morimos con El y resucitamos con El a una novedad de vida. La predicación de la cruz, un hecho histórico, tiene como propósito hacer a Aquel que colgó de la cruz nuestro presente Salvador y Señor. Testificar a Cristo, por lo tanto, no es solamente testificar del Cristo histórico sino también, y primordialmente, del Cristo viviente hoy. "Predicar a Cristo" significa básicamente no predicar al Cristo histórico, describiendo su caracter, mencionando lo que hizo, repitiendo los hechos de la Pasión y resurrección, aunque todo esto ocurra durante la predicación, "sino hablar de tal manera que el Espíritu Santo pueda hacer audible la Palabra de Dios, que es Cristo mismo, a las mentes y conciencias de los hombres y mujeres contemporáneos." (3).

En tercer lugar, el verdadero testimonio que la iglesia da de Cristo está en su demostración viva de la presencia de Cristo. No puede ser testigo de Cristo a menos que viva la vida que procede de la fuente, Cristo. La verdadera presencia de Cristo no está en palabra o sacramento, que sólamente pueden ser símbolos, o a lo sumo signos de Su presencia, sino en Su efecto personal sobre los hombres. El milagro de la presencia de Cristo se evidencia por el milagro del fruto de Su obra

redentora en las vidas de la gente en la iglesia. Un ejemplo importante es que el ofrecimiento y promesa del milagro del perdón dado a pecadores quebrantados y culpables es efectiva y tiene credibilidad únicamente si el milagro del perdón ha sido experimentado dentro de la iglesia. "El perdón de Dios," escribe H. R. Mackintosh, "tiene credibilidad" si existen dos elementos en la iglesia: "primero, el testimonio viviente de hombres perdonados en la verdad en la que ellos mismos han encontrado vida y poder; y segundo, el hábito cristiano de practicar el perdón. En otras palabras, la iglesia no es solamente una sociedad que proclama que el perdón divino y amoroso está a nuestro alcance, ...; es una sociedad en la que los hombres están acostumbrados a perdonarse unos a los otros. El segundo requisito es tan vital como el primero; sin él las buenas nuevas del perdón no impresionarán a nadie." (4) Henry añade: "La gracia para perdonar testifica de la gracia por la que nosotros somos perdonados, porque es la misma gracia; pues hay una sola gracia, la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Este es pues, el testimonio de la iglesia a Cristo - que El está presente en medio de ella ahora, que Su gracia redentora y salvífica está obrando, que Su amor está controlando, que Su señoría está operando, que Su vida está siendo reproducida. Las palabras de la iglesia son secundarias. Es por esto el llamado primordial de la iglesia es ser la iglesia. El mundo debe poder ver el efecto de Cristo para poder creer en Cristo; la demostración debe acompañar la proclamación.

El Ministerio de la Iglesia

Es la continuación del Ministerio de Cristo

El ministerio y misión de la iglesia también son presentados en el Nuevo Testamento por Cristo mismo como la continuación de Su ministerio de servicio. "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:21). Examinemos pues el ministerio de Cristo para poder entender el ministerio de la iglesia.

Establezcamos de una vez por todas que la obra de Cristo, que corrientemente se ha descrito como tripartita: profeta, sacerdote y rey, no puede ser la obra de la iglesia. Históricamente algunas iglesias, particularmente la iglesia de Roma han asumido todo o parte de esta obra como su misión. Pero esto es imposible, algo que no tiene respaldo en las Escrituras.

La iglesia sí ejerce un sacerdocio, frecuentemente referido dentro del protestantismo como "el sacerdocio de todos los creyentes." El Nuevo Testamento hace varias afirmaciones explí

citas acerca de este sacerdocio en I Pedro 2:5,9 y en Apocalipsis. Los cristianos son llamados "un sacerdocio santo," cuya función es "ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios a través de Jesucristo," y un "sacerdocio real." La alabanza es adscrita a Cristo "quien nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre" (Apocalipsis 1:5,6), y los cristianos son descritos nuevamente como "un reino y sacerdotes" en Apocalipsis 5:10. Pablo exhorta a los cristianos en Roma (Romanos 12:1) a ofrecer sus cuerpos en sacrificio vivo, dedicado y apto para Su aceptación, lo que implica un sacerdocio.

El sacerdocio de todos los creyentes se ha interpretado de diversas maneras, pero sin mayor convencimiento, como la sustitución del acceso directo a Dios por el individuo en lugar del sacerdocio mediador de la Iglesia Católico-Romana, o bien como cristianos sirviendo de sacerdotes unos a los otros. T. W. Manson dice que para entender el sacerdocio de los cristianos es preciso conservar el sentido directo del Antiguo Testamento de ofrecer sacrificios a Dios, tal como se expresa en Romanos 12. (6). El sacrificio del sacerdote cristiano es su servicio dedicado a Cristo y a todos los hombres, de la misma forma en que Cristo presentó Su vida como un sacrificio a Dios por todos los hombres.

El ministerio de la iglesia se entiende mejor como una sucesión directa de, e imitación del ministerio de Cristo como Su servicio de amor y compasión por los hombres, en primer lugar por su salvación y salud espiritual, pero también por todas sus demás necesidades. Para este servicio se usan dos palabras griegas, DOULEIA y DIAKONIA. Un DOULOS es un "esclavo" y un DIAKONOS es un "sirviente". Ambas palabras son usadas en el Nuevo Testamento para Cristo y para Sus discípulos. Desafortunadamente, en la traducción King James se usa la palabra "sirviente" para traducir DOULOS, posiblemente debido al bajo nivel que ocupaban los sirvientes durante el siglo XVII en Inglaterra, mientras que "ministro" se usó para la palabra DIAKONOS, con el riesgo de confundirlo con el clérigo ministro. Jesús define su ministerio en la famosa frase: "El Hijo del hombre ... no vino para ser servido, sino para servir" (Marcos 10:45), aquí se usa el verbo KIAKONEO. Poco antes había dicho a sus discípulos que estaban luchando por obtener los mejores puestos en Su reino: "El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro DIAKONOS, y el que de vosotros quiera ser el primero, será DOULOS de todos." (Marcos 10:44).

La correcta traducción de DOULOS es "esclavo", no "sirviente" o "ministro" y tiene un significado muy agudo. Un DOULOS, como todos sabían en los días de Cristo en el mundo Greco-Romano, en donde un tercio de la población eran esclavos, era alguien que estaba ligado en cuerpo y alma a su dueño, que vivía exclusivamente para servirle, que jamás podía ser liberado de

su esclavitud a no ser por la voluntad de su amo, quien no tenía voluntad propia y que jamás decidía cuáles serían sus obligaciones. Para los griegos, con su ideal de libertad, un esclavo era una persona despreciable. En la traducción griega de la Septuagésima del Antiguo Testamento, por lo tanto, la palabra DOULOS se usa únicamente para el odiado servicio de esclavos que los Israelitas sufrieron de conquistadores extranjeros, jamás por el servicio de un hombre de Israel a sus conciudadanos israelitas. El israelita sometido a servidumbre a otro israelita recibía el nombre de PAIS (hijo). Pero el servicio a Dios se representa casi siempre en el Antiguo Testamento con la palabra DOULOS. (7). Entonces cuando se usa esta palabra para Cristo y para los cristianos, su objetivo es dar el sentido de completa dedicación a Dios o a Cristo en un servicio ilimitado e interminable. La idea griega de ser libres de la esclavitud, o sea, no estar sometido a ningún amo, jamás se encuentra en el uso cristiano, ya que el cristiano no conoce tal autonomía; el tiene un amo. Liberación de la esclavitud del pecado y de Satanás al convertirse en cristiano significa un cambio de amos, no volverse libre de todo amo. El cristiano es un esclavo de su único amo, Cristo. Pero en el servicio de Cristo el cristiano encuentra libertad, precisamente como un esclavo, debido a que está tan identificado con Cristo que Cristo se vuelve suyo, y porque se ve totalmente liberado del dominio del pecado. Incidentalmente, también está liberado de cualquier esclavitud de la ley ceremonial o de sus compañeros humanos.

La contraparte de "esclavo" (DOULOS) es "Señor" (KURIOS). Por lo tanto, llamar a Cristo KURIOS implica aceptar ser DOULOS suyo, aún cuando esto no se exprese explícitamente. Pero hay únicamente un Señor; así que los discípulos de Jesús no deben "señorear" sobre otros discípulos u hombres, y a los ancianos les advierte Pedro que no deben "señorear sobre la herencia del Señor," la iglesia. I Pedro 5:3, KJ. El servicio cristiano mutuo no se llama DOULEIA, sino DIAKONIA, ya que los cristianos pueden ser esclavos únicamente de Cristo; para unos y otros han de ser sirvientes y hermanos. Las dos excepciones a esto las encontramos en II Corintios 4:5 y en Gálatas 5:13, y en ambos casos se hace mucho énfasis. En la primera referencia, Pablo se llama a sí mismo y sus consiervos DOULOI de los Corintios por amor a Jesús, tomando así el mismo espíritu de DOULOS que ellos (Pablo) tenían hacia Jesús. En la segunda referencia Pablo dice que los hermanos no deben usar su libertad "como ocasión para la carne, sino por amor sed DOULOI unos de otros." La razón aparente para usar la palabra DOULOI aquí es para contrastar el uso inapropiado de la libertad en relación a la esclavitud de la ley, con un auténtico y vinculante compromiso de servicio mutuo; "sed esclavos unos de otros" dice Pablo, para evitar los riesgos de la libertad. Cuando Jesús deja de llamar a sus discípulos DOULOI y los llama "amigos" (Juan 15:15), es

debido a que los a dejado saber todo lo que su amo está haciendo y les ha dicho "todo lo que yo he oído de mi Padre." Un DOULOI no recibiría normalmente tal información íntima de sus amos. Pablo amonesta a Filemón para que reciba a su esclavo Onésimo "ya no como esclavo (DOULOS), sino como más que esclavo, como hermano amado" (Filemón 16).

El servicio del cristiano debe carecer totalmente de egoismo. Como John Mackay ha dicho, los dos grandes símbolos de la iglesia son la cruz y la toalla. (8). La una significa salvación, la otra servicio. El Cristo que tomó la toalla para lavar los pies de los discípulos es nuestro ejemplo en el servicio. Pablo dice que Cristo tomó la forma de un DOULOS cuando vino a la tierra en la encarnación. (Filipenses 2:7).

A Pablo le encantaba llamarse a sí mismo un DOULOS de Jesucristo. Romanos 1:1; Filipenses 1:1; Gálatas 1:10. En su descripción de su ministerio a los Corintios se llama a sí mismo, con sus colaboradores, "vuestros DOULOI por amor de Jesús" (II Corintios 4:5) porque deseaba enfatizar su obligación de servir a los creyentes en completa dedicación sin egoísmo. No se puede ser un DOULOS de Cristo si se trata de agradar a los hombres (Gálatas 1:10), pues el DOULOS es un hombre totalmente sujeto a la voluntad de su único KURIOS. El requisito que Jesús pedía a todos aquellos que quisieran llamarse sus discípulos de negarse primero a sí mismos no era un requisito para salvación, sino un requisito para el servicio de un DOULOS.

DIAKONOS y su verbo correspondiente es la palabra usualmente usada en el Nuevo Testamento para sirviente y servir, y DIAKONIA está muy bien traducida por la Revised Standard como servicio. DIAKONOS significa sencillamente uno que hace el trabajo para otro, quien ayuda a otro, quien se dedica a la causa de otro, quien trabaja para satisfacer o ayudar a satisfacer las necesidades físicas o espirituales de otro, o quien cumple con lo que su jefe o amo desea que cumpla. Así leemos acerca de DIAKONOI de Dios, de Cristo, de la iglesia, del evangelio, y de la justificación. Pedro amonesta a los creyentes a servirse unos a los otros (I Pedro 4:10). Jesús se ofrece a sí mismo a sus discípulos como ejemplo, porque El dice: "Yo estoy entre vosotros como el que sirve" (Lucas 22:27). La palabra correcta para el ministerio de la iglesia (DIAKONIA) sería "servicio" de la iglesia, pero debido a que esta palabra ha sido degradada por su moderno uso comercial, la palabra "ministerio" da un mejor sentido. Veamos ahora el contenido del servicio-ministerio de la iglesia.

El Contenido d l Ministerio de la Iglesia

Una investigación del ministerio total y de la misión de la iglesia sugiere un ministerio cuatripartito: (1) el ministerio de edificación interna de la iglesia; (2) el ministerio del evangelio, es decir, evangelismo; (3) el ministerio de las

buenas obras; y (4) el ministerio de la predicación profética de la justificación para el mundo. Consideraremos ahora brevemente cada uno de ellos.

(1) EL MINISTERIO DE EDIFICACION: o edificación de la iglesia y de sus miembros. Pablo describe este ministerio en principio en Efesios 4:11-16. "Y el mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros evangelistas; a otros pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la edificación del cuerpo de Cristo." (Efesios 4:11,12). Sería en vano buscar una descripción más detallada del servicio que la iglesia precisa de sus siervos especiales para su edificación, que el que encontramos en Efesios 4, en I Corintios 12 y en Romanos 12 en relación con la discusión de los dones dados a la iglesia. Sin embargo, puede deducirse algo de la naturaleza del servicio que prestan estos siervos especiales. Estaban los profetas, quienes daban a conocer la voluntad de Dios para la nueva era, correspondiendo a los profetas del antiguo pacto, y quienes al menos en parte corresponden al predicador de los últimos tiempos y del día de hoy. Estaban los pastores, cuya función era ayudar individualmente a los miembros que necesitaban alimento espiritual, consejo, consuelo, reprensión y limpieza a través de la confesión y el perdón, y que corresponden al pastor de los últimos tiempos y del día de hoy. Estaban los maestros, quienes bien podemos suponer que interpretaban el Antiguo Testamento en su nuevo significado para la nueva era, quienes señalaban la aplicación de la verdad cristiana a los aspectos prácticos de la vida, y quienes daban instrucción ética. Esta función también encontraría su contraparte en el trabajo del moderno pastor-predicador. De hecho, algunos leen la frase en Efesios "pastores y maestros" como un concepto compuesto de pastor-maestro. El evangelista en la lista de funciones es aquel quien predica las buenas nuevas del Evangelio al incrédulo, y que por lo tanto no tiene ningún ministerio dentro de la iglesia; generalmente servía como misionero itinerante. Es notable la total ausencia del sacerdote en la lista de siervos especiales. También es notable la falta de evidencia de que la iglesia hubiera elegido a estos siervos especiales; eran un don de Dios.

No se nos da ninguna descripción del ministerio mutuo entre los miembros para su edificación en Cristo después de que han recibido la ayuda de los siervos especiales. Ya he descrito esto anteriormente en forma breve en la discusión del significado de compañerismo o comunión en el Capítulo 3. En forma general, debiera incluír todos los ministerios de palabra y de vida, de testimonio, admonición y servicio, que profundizan el entendimiento e intensifican la experiencia, y ensanchan el alcance de la acción y práctica de la vocación cristiana de fe, discipulado, santidad y servicio, para que la vida de Cristo sea manifestada en toda la vida de todos los creyentes. Hoy este ministerio mutuo de los miembros en la práctica debería

incluír reuniones de discusión o oración, procedimientos para la enseñanza no solo de los niños y de los jóvenes, sino también de los adultos - preparación de literatura cristiana, el entrenamiento de obreros para tareas y deberes especiales, la provición de canales de servicio para suplir las necesidades materiales de los miembros en todas las formas de ayuda mutua, y otras obras. El alcance del ministerio de edificación en este ministerio interno es muy grande y practicamente inagotable. Fue así en los tiempos apostólicos y lo es así hoy. El desempeño de este ministerio está, naturalmente, sujeto a la iglesia como un cuerpo del todo. A excepción de los Quákeros, la mayoría de las iglesias han asignado han designado el papel principal en este ministerio a una persona en particular, escogida y apartada (ordenada) especialmente, y cuya función primordial es la predicación y la enseñanza, y quien está directamente bajo el control de la iglesia. Esta persona es la sucesora del profeta apostólico y del maestro, y del pastor.

(2) EL MINISTERIO DEL EVANGELIO: es básicamente la presentación efectiva de las buenas nuevas de Dios en Cristo a hombres pecadores para obtener perdón, reconciliación, redención y adopción dentro de la familia de Dios, la iglesia. Este es el ministerio de evangelización para aquellos que aún no han llegado a la fe en Cristo. Encuentro útil la perspectiva de C. H. Dodd, quien distingue en la predicación apostólica la KERYGMA, es decir, la proclamación del Evangelio de salvación al mundo que está fuera de la fe, y la DIDACHE, es decir, la enseñanza ética a aquellos que pertenecen a la fe. (9). Es una distinción que frecuentemente se oscurece debido a nuestra confusión entre evangelismo y avivamiento. La evanglización del Nuevo Testamento es para aquellos que están fuera de Cristo. Este es un ministerio esencial de la iglesia en el el mundo. Por cierto, la iglesia existe para este propósito. A veces se dice: La iglesia no solamente tiene una misión; es una misión. Esta misión es la primera parte de la gran comisión, y es una tarea que lleva a la iglesia hasta los confines de la tierra y hasta el fin de la era.

No obstante, hay razones por las que no debemos separar demasiado el KERYGMA del DIDACHE. La primera razón es que la proclamación del Evangelio no ocurre en un ambiente al vacío que demande un simple momento decisivo fugaz de un Si o un No. Además de la invitación de aceptar el ofrecimiento de la gracia de Dios, es al mismo tiempo una invitación al discipulado. Por lo tanto, la exposición del discipulado es parte de la invitación del Evangelio. Es defectuosa la predicación del Evangelio que lo limita al perdón, y que no describe la gracia de Dios como una forma de vida. El discipulado no es algo que puede añadirse más tarde, como una posibilidad secundaria pero no esencial, o como algo para los cristianos más avanzados. Cuando se entiende el evangelio de esta manera, se distorciona.

El pecador es colocado anticipadamente en un lugar equivocado, si la fe en Cristo no es presentada con todo su significado de una novedad de vida. Este evangelio completo puede ofrecerse sin tener que exponer al principio todas las consecuencias éticas de una fe salvador, pero debe de ser ofrecido. Jesús señala el riesgo de no evaluar el costo del discipulado antes de responder al llamamiento. Lucas 14:26-32. Una interpretación defectuosa del evangelio es la causa directa del concepto de la "gracia barata", que Dietrich Bonhoeffer examina tan vigorosamente. (10). El concepto erróneo de la justificación resultante de la "gracia barata" es frecuentemente consecuencia de un evangelismo defectuoso que finalmente conduce a la justificación EN PECADO, mas bien que a la justificación DEL PECADOR, para usar el lenguaje empleado por Bonhoeffer.

Una segunda razón por la que DIDACHE no puede separarse demasiado de KERYGMA, con la consecuente exclusión de KERYGMA en el ministerio interno de la iglesia, es que (1) los cristianos continúan viviendo por gracia a través de la fe, la misma gracia que les concedió la salvación, y necesitan de la continua limpieza y perdon de Cristo. Pueden beneficiarse por lo tanto, de un recordatorio repetido de lo que constituye la base de su salvación. Para su renovación no necesitan de instrucción moral y práctica; necesitan de una renovación de sus vidas por vover cada vez a asirse de su salvación. (2) Los hijos que crecen al abrigo de la iglesia necesitan del conocimiento del KERYGMA del Evangelio por el que también son salvos, tal como lo necesitan los que están fuera de la iglesia. Nuestra comprensión del significado de la fe y de pertenecer al cuerpo de Cristo, a la que hemos llegado antes en este estudio, nos compromete a la proposición que únicamente personas responsables pueden tener fe, que sólamente aquellos que asumen deliberadamente un compromiso pueden estar en Cristo. La enseñanza de la iglesia abraza a los niños de la iglesia, y también a sus padres pues la iglesia debe criar a sus hijos "en disciplina y amonestación del Señor." (Efesios 6:4). Y Jesús amó también a los niños. Pero cuando los niños maduran deben hacerse responsables de sus vidas, necesitan llegar a tener una fe conciente en Cristo y una entrega personal a ser discipulados por El. Al hacer esto la juventud de padres cristianos cuentan con la gran ventaja del amor y la enseñanza de la iglesia; no deben jamás sentirse lejos en el mundo, sino pueden venir a la fe al recibir el llamado del evangelio dentro de la comunidad cristiana. Por esta razón,si por ninguna otra, el evangelio debe de ser predicado dentro de la comunión de la iglesia. Y, desde luego, los incrédulos que han sido invitados a la iglesia pueden escuchar el llamado del Evangelio. Existe, no obstante un riesgo que debe de ser evitado; que el llamado evangelístico pueda confundirse con el llamado a la renovación, y que el necesario estímulo para crecer pueda producir una brecha en la seguridad cristiana.

Aún debemos considerar otros dos ministerios de la iglesia: EL MINISTERIO DE LAS BUENAS OBRAS, que el amor y la compasión de Cristo impulsa a los miembros de Su cuerpo a realizar, y el MINISTERIO DE LA PALABRA PROFETICA DE JUSTICIA para el mundo. Jesús dijo a sus discípulos, "Vosotros sois la sal de la tierra ... Vosotros sois la luz del mundo." (Mateo 5: 13-16). La luz debe alumbrar en las tinieblas, lo que en el Nuevo Testamento significa el mundo de los hombres que viven en enemistad con Dios; y la sal que debe aplicarse sobre la vida en descomposición del mundo. La luz y la sal incluyen no solamente las palabras proféticas sino también las obras proféticas, las obras que Jesús dice que van a conducir al mundo incrédulo a glorificar al Padre que está en los cielos. Por lo tanto, estos dos ministerios se mezclan en uno en su resultado final: ambos sirven al ministerio evangelístico.

(3) EL MINISTERIO DE LAS BUENAS OBRAS es una extensión del ministerio de buenas obras de Cristo, que fue motivado por su compasión y amor para el bienestar total del hombre, ya sea dentro o fuera del rebaño de Cristo. El cuerpo de Cristo que lo representa a El sobre la tierra debe también ser representativo de este amor compasivo también. Tal amor extenderá el ministerio de las buenas obras de la iglesia más allá de sus propias fronteras, hacia la comunidad total de la que forma parte en su comunidad local, a travéz de la nación y a través del mundo. Este no es un ministerio que deba ser únicamente tolerado con mala voluntad y con limitaciones, sino que debe de ser realizado con audacia y generosidad. Desde luego, no deben descuidarse las necesidades de sus propios miembros, para quienes la iglesia tiene una responsabilidad especial que surge del compañerismo en la fe. Pablo dice correctamente, "Hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe" (Gálatas 6:10), y enfatiza "según tengamos oportunidad." Pablo también exhorta a los creyentes a "vencer el mal con el bien," y a alimentar y dar de beber al enemigo. Romanos 12:20 21. Jesús mismo había dado las mismas instrucciones a sus discípulos en forma aún más apremiante: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen... para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5:44,45) (11). El segundo gran mandamiento "amad a vuestro prójimo" que encontramos al principio del Antiguo Testamento, pero interpretado por Cristo en la parábola del Buen Samaritano con el significado de amar al compañero israelita "amando y sirviendo a cualquiera que esté en necesidad; ese es tu prójimo." El amor cristiano visto desde esta perspectiva significa buscar el bienestar de aquellos que están fuera de la comunión de su iglesia, pues de lo contrario el que se dice cristiano no sería mejor que el fariseo caritativo o el publicano compasivo de Mateo 5:43-48. Fue el mismo Jesús quien en palabras casi aterradoras nos advierte de la posibilidad de ser excluídos finalmente de Su reino en el Juicio

Final, pues si no ministramos al hambriento, al sediento, al enfermo, al prisionero, estaríamos dejando de ministrarle a El mismo. Mateo 25:41-46. El único requerimiento era hacer todo en Su nombre, es decir, debía brotar de Su amor y caracter que mora en sus discípulos. Un ministro social, o como a veces se le llama, un servicio social, no debe de ser rechazado por la iglesia como si fuera contrario al Evangelio, ni tampoco como una opción; es un mandamiento para la iglesia (12). De ninguna manera debe de suplantar el ministerio del Evangelio en el evangelismo, o el ministerio de edificación de la iglesia, pero es un ministerio esencial resultante de la misma naturaleza de la iglesia. La iglesia es una iglesia que sirve debido a que tiene un Señor que sirve.

(4) EL MINISTERIO PROFETICO de la proclamación de la Justicia de Dios a un mundo pecador por medio de la palabra, también ocupa su lugar en la vida de la iglesia. Esto no significa que la DIDACHE para el ministerio interno de la iglesia, que se basa en la aceptación del Evangelio y de un Cristo viviente y de ir en pos de El, sea para un mundo irredento en quien no habita Su Espíritu. Significa una proclamación de la Ley de Justicia que Dios ha establecido y que es para la salud de las naciones. No es meramente una proclamación del juicio que ha de venir sobre los impíos, no sea que la iglesia cayera bajo la condenación del poco dispuesto profeta de Nínive, porque no es la voluntad de Dios que nadie perezca. No hay lugar en la vida de la iglesia para un ministerio punitivo para el mundo que pudiera hacer caer fuego del cielo sobre aquellos que no quieran aceptar, como lo quisieron hacer los Hijos del Trueno en su camino a Jericó, y a quienes el Maestro reprendió. Lucas 9:54,55. Pero el juicio vendrá, y ya está operando en el mundo del pecado, y esto sí puede señalarse. La iglesia tiene el deber de poner su dedo en el pecado en cualquier lugar y en todo lugar, como parte de su evangelismo, pues es la predicación del juicio sobre el pecado la que lleva a la convicción del pecado y a volverse de él. Es preciso sacudir la conciencia del pecador para hacerle comprender su condición. Por lo tanto en el nombre de Dios la iglesia puede ser la conciencia del mundo, hablando a su condición desde el punto de vista de la justicia que se exige de todos los hombres.

¿QUIENES SON LOS MINISTROS DEL SEÑOR?

Llegamos ahora a la interrogante de quién es responsable del ministerio de la iglesia, y como éste debe realizarse. Aquí la claridad de las escrituras ha sido empañada por la historia de la iglesia. Los ministerios de la iglesia, tanto internos como externos, según se observan en el Nuevo Testamento, son responsabilidad de toda la iglesia. Todos los santos deben

ministrar de acuerdo a sus dones, y todos tienen dones. Esto no significa que cada miembro tenga que hacer todo, sino que cada uno es responsable de todos los ministerios de la iglesia. Tiene parte en el sostenimiento y guíanza de aquellos ministerios en los que no participa directamente, y a su vez el recibe guíanza y apoyo de los otros miembros para su particular parte en los ministerios. No pregunta ¿qué me debe a mí la iglesia? sino ¿que debo yo a mis compañeros miembros en la iglesia, y cuál es mi obligación como parte de la iglesia, para el mundo? Entonces, es responsabilidad de la iglesia como un todo ver que el miembro en particular sea ministrado de acuerdo a sus necesidades. La iglesia total se involucra en el ministerio de Cristo a través de Su iglesia.

La tragedia de la iglesia histórica es que perdió esta visión. Muy al principio surgió una diferenciación entre el clero y el resto de los miembros. Fue una diferencia no solo en funciones sino también en status, que en la iglesia Romana se endureció en el concepto de que la iglesia es la jerarquía clerical a quien todos los laicos están sujetos. En efecto, entonces el clero tenía a su cargo los ministerios de la iglesia sostenido por los laicos. Esta supresión y remoción de los laicos ha tenido consecuencias trágicas para la vida de la iglesia, pues significa la negación del cuerpo de Cristo y de la comunión y compañerismo en la fe. Restringe el servicio de los miembros a un mínimo y les niega cualquier participación en la dirección y en el control de los ministerios. Hendrik Kraemer, en su excelente libro, UNA TEOLOGIA DE LOS LAICOS (13) ha rastreado el desarrollo histórico de este problema y ha demostrado que la supresión de los laicos ha conducido a la corrupción y perversión del concepto de la naturaleza de la iglesia, y a una correspondiente corrupción del concepto del ministerio de la iglesia y del papel del clero en la iglesia. Este proceso fue paralelo a un énfasis excesivo en el caracter institucional de la iglesia. Ha sido la tragedia del estado-iglesia del Protestantismo y también de las iglesias libres. Una actitud bastante común entre los cristianos es aceptar a la iglesia como algo que debe apoyarse y a la que hay que asistir, pero dejar todo el trabajo en manos del clero o de algunas personas especiales. El clero a su vez, desea que los laicos apoyen y sostengan a la iglesia, es decir que los sostengan y apoyen a ellos y a los ministerios institucionalizados, y terminan dándoles las gracias por su asistencia y por su apoyo. Esta actitud muchas veces se ve fortalecida, si no provocada, por la no-involucración de los miembros en el gobierno y dirección de la iglesia local y en general (14) a pesar que los laicos sirven en los concejos generales de la iglesia.

Pero es justo decir que en las mentes de muchos, aunque tal vez no de todos los miembros de las iglesias actuales, es-

te estado de cosas no es solo censurable; es una situación no sólo aceptable sino también preferible y cómoda. Estos laicos se sentirían incómodos si cambiara, ya sea porque no están dispuestos a pagar el precio en tiempo y energía que prefieren utilizar en la persecusión de sus intereses y placeres privados, o porque interiormente saben que no están capacitados para el ministerio. Su vacío espiritual y su carnalidad se verían expuestos si intentaran servir, y temen el doloroso proceso de renovación espiritual y reorientación que seguiría a tal exposición. No tienen conciencia de las recompensas de un discipulado y servicio plenos.

La renovación de la iglesia para poder cumplir su ministerio radica, en primer lugar en el efectivo fortalecimiento de esa unión de los miembros con Cristo que básicamente ya existe si es que hay una verdadera fe, pero en segundo lugar en el correcto entendimiento de la naturaleza de la iglesia unido a una correcta teología de los laicos. Debe comenzar con el libre y creciente flujo que proviene del ministerio interno de la iglesia para sus miembros con el propósito de lograr su crecimiento en Cristo que es la meta de todas las actividades de la iglesia. Unicamente ocupando un lugar menos importante, y no necesariamente como el primer paso, estaría la reorganización de la estructura de la iglesia, o una ampliación de la organización, o un aumento en las actividades. El requisito esencial que se persigue es que todos los miembros vean que la iglesia debe de ser la iglesia y que cooperen por lograrlo, que entiendan que la iglesia debe de estar en el mundo, que debe cumplir con la comisión dada por el Señor, y que la vida que lleva toda la membresía en el mundo real es la vía principal por la que el propósito de Dios para el mundo será cumplido.

En el empeño de la iglesia encaminado a lograr un mejor cumplimiento del ministerio interno, así como del externo, juega un papel vital el liderazgo escogido para ese fin. Una activación de los laicos con un entendimiento apropiado de la naturaleza de la iglesia, de ninguna manera suprimiría a aquellos siervos especiales de la iglesia a quien corrientemente llamamos "ministros", o sea los ministros ordenados. El Nuevo Testamento requiere la existencia de tales siervos especiales. Dios suministra los dones necesarios para su funcionamiento; la iglesia apostólica los tenía; y la humanidad de la iglesia en su sociología práctica también los requiere. No es preciso prescindir de ellos o llegar al tipo de ministerio sin ordenación como el que practican los Cuáqueros o la Hermandad de Plymouth. (15). Ni tampoco es necesario la disolución de la estructura general de la iglesia al poner todo el peso de su ministerio sobre la congregación local o en grupos células dentro de la congregación.

Pero es esencial que el papel de los siervos especiales se adapte a la naturaleza de la iglesia según se definió arriba en la enseñanza del Nuevo Testamento, y que cumplan con su papel adecuada y correctamente. También es esencial que la estructura general de la iglesia y de la congregación local expresen la verdadera naturaleza de la iglesia y el papel correcto de todos sus miembros, tanto clérigos como laicos. (16).

El correcto entendimiento del papel que tienen los siervos especiales de la iglesia enumerado por Pablo en Efesios 4:11-13 y en I Corintios 12:27-31 incluye los siguientes puntos:

(1) Los siervos especiales son necesarios.
(2) Tienen funciones, mas bien que cargos, y varias funciones pueden combinarse en una sola persona.
(3) No todos los miembros están calificados para esas funciones, pues requieren dones que el Espíritu confiere y que entonces se manifiestan en la vida de la iglesia, y que el cuerpo como un todo debe de descubrir.
(4) Una función primordial de ciertos siervos especiales es equipar a los miembros para ejecutar su parte en el ministerio total de la iglesia. Estos son los apóstoles, profetas, maestros y pastores. Hechos 13:1; Romanos 12:6,7; I Corintios 12:28; Efesios 4:11.
(5) Los siervos especiales son SIERVOS y no SEÑORES de la iglesia, es decir, ministran en vez de ejercer autoridad.
(6) Hay siervos especiales para evangelizar, que son los predicadores itinerantes del evangelio, quienes trabajan primordialmente afuera en el mundo, es decir, misioneros que en el Nuevo Testamento reciben el nombre de "evangelistas": Esteban, Felipe, Timoteo. Hechos 7; 21:8; II Timoteo 4:5.

Los líderes de la iglesia llamados ANCIANOS y OBISPOS aparecen como un tipo de siervos especiales que en realidad son funcionarios. Fueron escogidos o designados para supervisar, ya sea localmente o en forma general. Sus funciones no están incluídas en las listas de dones y operaciones dadas en Efesios y I Corintios, pero están presentes en las iglesias del Nuevo Testamento, según relatos que aparecen en Hechos y en otros libros. (17). Aquí debemos hablar de cargos y no solamente de funciones.

Jesús no designó siervos especiales, ni aún ancianos. Designó apóstoles para que fueran los líderes generales de la iglesia, pero no ordenó ninguna organización particular respecto a la estructura de la iglesia. Ni tampoco existe ninguna indicación de que el patrón organizacional de la iglesia primitiva deba de seguir siendo el modelo a través de todas las

edades. Si así fuera debiera ser posible encontrar los mandamientos apropiados o por lo menos un modelo claro y completo. Sin embargo, cualquier estructura para organizar cargos adoptada posteriormente no puede violar o lastimar la naturaleza esencial de la iglesia que encontramos en las enseñanzas directas de Jesús y en los inspirados escritos de los apóstoles. El nos dió el Espíritu para guíar a la iglesia sobre este particular, así como en otros asuntos, pues el Espíritu guiaría a su pueblo "a toda verdad" y tal dirección no cesó con la iglesia apostólica, sino continúa.

El ministerio de los siervos especiales de la iglesia debe entenderse en realidad como un ministerio representativo. Se ejecuta, no solo a favor de la iglesia, sino también en nombre de la iglesia. El evangelio que se predica es el evangelio que ha sido confiado a la iglesia como un todo y a su vez, la iglesia lo ha confiado al evangelista. Los sermones del predicador deberán ser la voz de la mente de la iglesia acerca del contenido de la exposición escritural, los imperativos de la ética cristiana, los consejos que consuelan y alientan, el desafío para servir. Cuando el ministro habla y sirve, no es sólamente el agente sino también el representante de la iglesia. La iglesia, con base a esto, tiene el derecho y la obligación de definir el contenido de su fe y de su respuesta, que el ministro a su vez expone, elabora y aplica. El hombre en la banca debe de poder decir a sus representantes en el púlpito: Uds. son los que hablan por mí; lo que ustedes dicen, es mi fe. Esto de ninguna manera disminuye la necesidad que los siervos especiales usen sus dones especiales para conducir a la iglesia en su fe y sercicio, y a hablar proféticamente por Dios y por Su Palabra. Ni tampoco niega la necesidad de creatividad por su parte, ni restringe su libertad para "reprobar, rechazar y corregir." Ni tampoco convierte al predicador en el "asalariado" de los laicos.

El siervo especial tiene a su disposición dos fuentes para su llamamiento, comisión y autoridad; Una es Dios. Las declaraciones de Pablo acerca de esta primera fuente son enfáticas. Dios actúa poniendo a unos como apóstoles, profetas, maestros, pastores y evangelistas. I Corintios 12:28; Efesios 4:11. Los dones que capacitan a uno a profetizar, a otro a enseñar y a un tercero a exhortar provienen de Dios, no de la iglesia. Romanos 12:6-8.

Para su efectivo funcionamiento la iglesia, local y general, necesita líderes. Tal liderazgo está claramente señalado en los Hechos y en las Epístolas. También es necesario desde el punto de vista humano y sociológico. A la larga, la calidad de vida de la iglesia y de su servicio depende directamente de la calidad de su liderazgo. La efectividad de este liderazgo depende a su vez, no solamente de su competencia espi-

ritual y personal, sino también de la autoridad que la iglesia le confiere. La ordenación es un símbolo por medio del cual la iglesia confiere liderazgo y autoridad.

La misión y el ministerio de la iglesia en el mundo es una tarea que requiere de la participación total de la membresía hasta el fin de los tiempos. Es competencia del liderazgo de la iglesia reclutar a todos en el ministerio de la iglesia para que su misión pueda llevarse a cabo. Es la obligación y el privilegio de todos los miembros participar totalmente en este ministerio de acuerdo con los dones que el Espíritu les ha conferido, pues tal participación es la misma esencia de la iglesia, y solo de esta forma podrá cumplirse el propósito de Dios en el mundo.

Es el propósito de Dios que Su amor y poder en la gracia y en la redención sean dadas a conocer por la iglesia hasta el fin de la historia, que la iglesia testifique de Cristo como Salvador y Señor, que sea su agente para traer a los hombres a Cristo y para luchar la batalla en contra de los poderes del enemigo. Esta iglesia no será derrocada, porque es la iglesia de Dios en Cristo. Mateo 16:18. Un día Cristo presentará a Dios su iglesia inmaculada, sin mancha, delante de su gloria con gran alegría. Judas 24.

EPILOGO ACERCA DE LA IGLESIA Y EL MUNDO

La visión de la iglesia en el mundo del Nuevo Testamento, es caracterizada por una dualidad singular. Jesús describe a sus discípulos como aquellos "que del mundo me diste" (Juan 17:6), pero declara que "no ruega que los quites del mundo" (Juan 17:15). "Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo," dice, y aún continúa: "Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo" (Juan 17:16,18). El mundo. del cual Cristo nos redimió, es el "presente siglo malo" de acuerdo a Pablo (Gálatas 1:4), y aquellos que fueron redimidos no son conformados a él. Romanos 12:2. El mundo odia a Sus discípulos, dice Jesús, y tendrán tribulación en él. Juan 17:14 y 16:33. Ellos se atreven a no amar al mundo. 1 Juan 2:15. Pero están comisionados a ir por todo el mundo y hacer discípulos. Mateo 28:19.

Tras esta dualidad, descansa el concepto de los dos reinos. Uno es "el dominio de las tinieblas," el reino de este mundo; el otro es el "reino de Su amado Hijo." Entrar a la iglesia, es ser liberado de uno, y transferido al otro. Colosenses 1:13. De esta manera la iglesia es distinta al mundo, no de él; es la esfera de la redención, el terreno en el cual opera el Esíritu Santo, y Cristo es Señor. En el Nuevo Testamento la línea de separación entre los dos reinos está claramente mostrada, la iglesia y sus miembros son separados del mundo, aunque trabajando en él en la redención para traer a los hombres a la fe en Cristo para que puedan ser redimidos e incorporados a la comunidad del cuerpo de Cristo.

La relación entre los dos reinos como fue mostrada antes, ha sido quebrada, en dos direcciones opuestas en la historia de la iglesia. Por un lado, como consecuencia del compromiso Constantinio en el siglo cuarto, la línea entre la iglesia y el mundo, desapareció; y el concepto de Cristiandad como el CORPUS CHRISTIANUM, lo reemplazó. En efecto, el mundo como tal, desapareció, y los patrones de cultura vinieron a ser los patrones del vivir cristiano. Este concepto siguió hasta dominar, no sólo el Catolicismo Medieval al oriente y occidente, sino también las iglesias del estado, las cuales emergieron de la Reforma. Estas últimas no tenían la misión en el mundo de hacer discípulos, atadas como estaban por el concepto territorial del Protestantismo magisterial. Por el otro lado varios cristianos sinceros a través de los años, incluyendo las iglesias libres emergieron de la Reforma y en el siglo siguiente, así como ciertos grupos modernos, quienes se han inclinado a marcar la línea de separación tan severamente como para retirarse del mundo en un aislamiento sectario. Estos grupos han sido "no de este mundo" ciertamente, sin embargo, frecuentemente no están "en el mundo". Su tantación ha sido "pasar al otro lado" como el sacerdote y Levita en la historia del Buen Samaritano, dejando al mundo perecer en su miseria mientras dibujan los velos de su justicia sobre ellos. Los anabaptistas del tiempo de la Reforma fueron una excepción, con su fuerte urgencia de cumplir la "Gran Comision". Y en los tiempos modernos son estas iglesias libres las que han sido pioneras en el alcance misionero.El aislamiento se desarrolló durante los siglos intermedios.

La misión de la iglesia como fue presentada en el capítulo quinto de mi libro necesita estar en el mundo, identificándose a sí misma en un ministerio compasivo con las necesidades del mundo, llevando sus cargas, sufriendo con él. Aislamiento espiritual es intolerable en la iglesia de Cristo. Cualquier medida que sea necesaria para mantener su consagración a Dios, y su obediencia

a Cristo, y a mantenerse sin mancha del pecado del mundo, este desafío no constituye una pared entre ella y el mundo. La iglesia salva su vida, perdiéndola. Su verdadero llamamiento descansa en mantener la dualidad de su relación con el mundo lo cual el Nuevo Testamento son muestra tan clara y poderosamente, en el mundo, pero no de él.

NOTAS

CAPITULO 1 EL PUEBLO DE DIOS

1. Los últimos días es un concepto escatológico, significando ante todo las últimas etapas de la obra redentiva de Dios, y en un menor sentido cronológicamente los últimos días de los tiempos.

2. La crucificción es vista en el sermón Pentecostal y através de los Hechos como el acto de rechazo decisivo del Mesías por la nación Judía por la acción oficial del Sanedrín. En Juan 1:11 el rechazo es generalizado, mientras en las palabras de Jesús en Mateo 21:43 está representado como èl rechazo del mensaje Mesiánico. En cualquier caso la clara posición de la iglesia primitiva de que la ṅación Judía ha sido desplazada por la iglesia como el pueblo de Dios es dada repetidamente. No hay ninguna insinuación que este desplazamiento sea unicamente temporal, y que la iglesia es una ocurrencia como acto provisional de Dios.

3. El término es usado 29 veces en Hechos como el nombre para los cristianos. Hechos 6:1,2,7; 9:1, 19, 25, 26, 38; 11:26, 29; 13:52; 14:20, 22, 28; 15:10; 16:1; 18:23, 27; 19:1, 9, 30; 20:1, 7, 30; 21:4, 16, 16. Nunca es usado en las epístolas y libros siguientes.

4. Vea Karl Ludwig Schmidt, La Iglesia (Londres 1950), traducido del Theologisches Worterbuch de Kittel. Vea también R.W. Kicklighter, "El Origen de la Iglesia," en "Qué es la Iglesia" por Duke K. McCall (Nashville, 1958), p.p. 28-45. La palabra "iglesia," y sus paralelos en otros lenguajes, viene del griego KYRIAKON, significando "perteneciente al Señor," que aparece dos veces en el Nuevo Testamento.

5. Ya que los aspectos religiosos, étnicos y políticos de Israel del pueblo de Dios se fusionaron en uno, ECCLESIA lleva más que una religión importada. se puede referir a cualquier aspecto de la gente reunida por cualquier propósito, en paz o en guerra, reunión civil o de adoración.

6. Paul S. Minear, Imagenes de la Iglesia en el Nuevo Testamento (Filadelfia, 1960). p.p. 82, 90.

7. Debe enfatizarse que la ECCLESIA del Nuevo Testamento no puede entenderse sólo en términos del Antiguo Testamento. El aspecto de continuidad entre los dos testamentos no puede hacer caso omiso de la novedad de la iglesia. El factor decisivo y determinante en el Nuevo Testamento es Cristo Jesús. Lejos de El no puede haber una iglesia cristiana. La ECCLESIA no es simplemente otra secta judía. Hay continuidad y discontinuidad entre el Antiguo Israel y el Nuevo Israel o Iglesia.

8. Para la idea del Antiguo Testamento del remanente y su aplicación a la iglesia, vea John Bright, El Reino de Dios (New York, 1953), p.p. 86-92, 123-26, 225-30, ET PASSIM; T.W. Manson, Las Enseñanzas de Jesús (Cambridge, 1931). p.p. 175-96; el artículo "Remanente" en "Libro de la Palabra Teológica de la

Biblia, de Alan Richardson, ed. (New York, 1950) y en "Un Compañero para la Biblia, J.J. von Allmen, ed. (New York, 1958).

9. Minear, op. cit., p. 78, citando la nota 10, Harold Sahlin, "El Nuevo Exodo de Salvación," en Laraiz de La Vid, Anton Fridericksen, ed. (Lóndres 1953) p. 81-95.

10. Minear, op. cit., p.69. Minear demanda que la idea correlativa de la elección de Dios es más importante en el Nuevo Testamento que la idea del remanente. (p. 81 f.).

11. Krister Stendhal, "Los Llamados y los Escogidos: un Ensayo de Elección," en "La Raíz del la Vid, p. 63-80. "Elección en Cristo no sólo constituye una nueva Sociedad; su significado debe encontrarse en una nueva sociedad y no en el status de los individuos" (p. 69), citado por Minear, op. cit., p. 274. Para la idea de elección ver von Allmen, op. cit., artículo "Elegido." Esto no es para negar la elección de individuos condicionados a su respuesta y conocimiento de Dios.

12. Claude Welch, La Realidad de la Iglesia (New York, 1958), enfatiza el carácter de la iglesia como un pueblo respondiendo." (p. 46). Mi propia discusión debe mucho a Welch en este punto, y ecos sobre este punto están anotados en mi fraseología.

13. Vea los artículos "Pactp" y "Elegidos" en von Allmen, "Un compañero para la Biblia. La idea de Dios fiel a Su pacto es algunas veces usada para mantener la idea de la irrevocabilidad de Su compromiso al histórico pueblo étnico de Israel. Cuando los hechos de la historia de Israel son mantenidos elevados para corregir esta interpretación, refugio es tomado en el concepto de una interrupción de la relación del pacto de Israel por la inserción interina de la iglesia, con la expectación de una restauración futura de los privilegios del pacto para el Israel étnico. Aparte del hecho que el Nuevo Testamento no conoce interpretación de tal hecho histórico, este punto de vista desconoce la doctrina del remanente siendo cumplimentado en la iglesia, así como el cumplimiento del pacto en la esperiencia espiritual de la remisión de pecados. Esta es la interpretación de Pedro de la promesa del pacto. Hechos 2:38, 49. Es digno de hacer notar que el lider moderno de la escuela de pensamiento de las dispensaciones, L.S. Chafer, finalmente es forzado a profesar que Dios tiene dos caminos de salvación, uno para los Judíos, y otro para la iglesia, y que la iglesia e Israel continuarán como dos entidades separadas a través de toda la eternidad, la primera en el cielo y la última en la tierra. Vea L.S. Chafer, Dispensacionalismo, revisado ed., (Dallas Seminary Press, Dallas Texas, 1951).

14. Kurt Aland, Die Sauglingstaufe im Neuen Testament und in der alten Kirche. Eine Antwort an Joachim Jeremias (Munich, 1561). Este notable estudio es una refutación directa de la posición tomada por Joachim Jeremias en su libro, Die Kindertaufe in den ersten vier Jahrhunderten (1958) y publicado en los Estados Unidos bajo el título Bautismo de los Niños en los Primeros Cuatro Siglos (Filadelfia, Westminster, 1961). Aland cree "que en base a estas fuentes su tesultado final, que el bautismo de los niños...ciertamente era demostrado solamente desde el tercer siglo para adelante, no puede ser refutado."

15. Welch, op. cit., p. 48.

16. K.L. Schmidt, La Iglesia, p. 67.

17. Ver R.J. Smithson, Los Anabaptistas, su Contribución a nuestra Herencia Protestante (Londres, 1935): F.H. Littell, Los Anabaptistas Visión de la Iglesia (2nda. Ed. Boston, 1958); H.S. bender, "La Vision Anabaptista." en la "La Recuperación de la Visión Anabaptista, G.F. Hershberger, ed. (Scottdale, 1957). particularmente pp. 37-43.

CAPÍTULO II EL CUERPO DE CRISTO

1. El mejor estudio exegético del concepto del cuerpo es Ernest Best, Un cuerpo en Cristo. Un Estudio en la Relación de la Iglesia a Cristo en las Epístolas del Apóstol Pablo (Londres, 1955). Ver también Capítulo VI, "El Cuerpo de Cristo," en Imagenes de la Iglesia en el Nuevo Testamento por Paul Minear (Filadelfia, 1960). pp. 174-220; también Capítulo V, "El Cuerpo de Cristo," en La Realidad de la Iglesia por Claude Welch (New York, 1958), pp. 147-88. Seguí a estos escritores entendiendo los términos como una figura simbólica, y no para ser tomados literalmente, realísticamente y ontológicamente pero metafóricamente") como hace J.A.T. Robinson en su libro "El Cuerpo", "Un Estudio en la Teología Paulina (Londres 1952) y como hace E.L. Mascall en "Cristo, los Cristianos y la Iglesia. Un Estudio de la Encarnación y Sus consecuencias (New York, 1946). De acuerdo a la idea de la iglesia como una extensión de la encarnación, la cual es mantenida particularmente en teología de alta iglesia Anglicana, no encuentra eco en mi interpretación. Ver.el argumento de Welch contra la vista relística y encarnacional, op. cit. pp. 180-88. Ver también Leslie Newbigin, "El Mantenimiento de Dios (New York 1946) Capítulo III, "El Cuerpo de Cristo." pp. 61-93, y el artículo "Cuerpo" en Un Libro de la Palabra Teológica de la Biblia, Alan Richardson, ed. (New York, 1951).

2. Los mayores pasajes en orden de importancia son: I Cor. 12:12-27; Rom. 12: 4, 5; I Cor. 10:16, 17; 11:29; 5:29, 30; Col. 1:17-20, 24; 2:18, 19; Ef. 1:22, 23; 4:11-16.

3. J.A.T. Robinson, op. cit., p. 11ff.; Ernest Best, op. cit., Personalidad Corporativa y Solidaridad Racial, pp. 203-7.

4. Ver "Cristo y Adán, Hombre y Humanidad en Romanos 5 por Karl Barth (New York 1957); Ernest Best, op. cit. Capítulo II, "Adán y Cristo," pp. 34-43.

5. Discusión de Welch en "Incorporación-participación en Cristo," pp. 151-64, al que debo mucho.

6. Welch, op. cit. p 154.

7. Welch, op. cit. p. 157.

8. Welch, op. cit. p. 158.

9. Las ideas en esta sección son sacadas de Welch aunque no mencionadas directame

10. La imagen de "cuerpo" está conectada directamente con la unidad de la iglesia ya sea directa o en los siguientes pasajes: I Cor. 6:15; 10:16 f.; 11:29; 12:12-27; Efesios 2:13-22; 3:6; 4:4; 4:11-16; Col. 2:9-19; 3:5 (ver Welch, p. 149.)

11. Por esta frase se entiende que la gracia de Dios obra en y a través de

la iglesia para traer a los hombres a la fe en Ctisto, la base sobre la cual Dios obra la redención.

12 La frase del Latín original, EXTRA ECCLESIAM NULLA SALUS, que es atribuída a Cipriano, arzobispo de Cartago en África del Norte (d. 258), lleva el significado que ninguna salvación eterna puede ser segura, excepto através del canal de la gracia sacramental conferida através del sacerdocio y jerarquía. Lo uso aquí para significar la obra redentiva de Dios por el hombre es llevada através del canal de la iglesia por su proclamación del Evangelio y todo su ministerio para aquellos quienes vienen a la fe en Cristo.

13 Muchas de las denominaciones cristianas corrientes no son en el verdadero sentido cismas, pero tienen sus raíces en diferentes étnicas, geográfica o políticamente hablando. El término división está aquí usado solamente para indicar que hao están separados uno del otro como partes de un solo cuerpo de Cristo.

14 Un sobresaliente trabajo de L.S. Thornton intitulado "La vida común en el Cuerpo de Cristo" (Londres, 1942), es una extraordinaria y rica esposición de el concepto de KOINONIA.

CAPITULO III LA COMUNIDAD SANTA

1. Las implicaciones de la imagen del cuerpo de Cristo han sido ya expuestas en el capítulo anterior, aunque habrá algún traslape inevitable con el presente capítulo. El reciente libro de James Gustafson, "El Tesoro en Vasos Terrenales. La Iglesia como una comunidad humana (New York, 1961), viene a mi atención solamente después que el manuscrito de mi libro es completado. Claud Welch lo llama "Una super declaración de un tema indispensable para cualquier entendimiento adecuado de la comunidad cristiana-la humanidad de la iglesia." Yo he aprovechado mucho en este punto del libro de Welch, "La Realidad de la Iglesia (New York, 1950), como observará el cuidadoso lector de mi libro. Welch también enfatiza fuertemente acerca de la humanidad de la iglesia. Yo no uso el término comunidad en su preciso uso sicológico moderno, el cual lo limita a un área geográfica.

2. Ver el artículo "Koinonia" en el "Theologisches Worterbuch de Kittel, Vol. III (Stuttgart, 1938). L.S. Thornton en La Vida Común en el Cuerpo de Cristo (Westminster, England, 1942), es una discusión profundamente movida por momentos, del significado de N.T. KONONIA. Ver también el Papel Maestro de Roy D. Roth en el Seminario Teológico de Princeton 1943, "Kononia en el Nuevo Testamento."

3. La traducción de Lutero al alemán del Nuevo Testamento usa GEMEINDE para ECCLESIA en todos los casos, menos uno.

4. El griego original usa el artículo definido con ECCLESIA. La ausencia del artículo definido en la traducción inglesa, y la inserción editorial de una coma sin garantía, da la impresión que la comunidad de los apóstoles es el significado del original, pero el Griego no da esa impresión.

5. Muchos han asumido rápidamente que los acontecimientos en Hechos 2:44 y 4:32-35, los cuales usan la expresión "tenían todas las cosas en común", reportan un tipo de comunismo cristiano. Un cuidadoso examen de los acontecimientos completos, sin embargo, deja ver claro que ningún comunismo de producción o consumo fue establecido en Jerusalén. Un arreglo de alimentación común para ciertas personas fue establecido, y los necesitados tenían suplidas sus necesidades através de un tesoro apostólico en el cual, miembros de la iglesia hacían contribuciones según eran movidos. Las epístolas así mismo no reportan propiedad común sino implican que existía la propiedad privada con miembros individuales contribuyendo a las necesidades de los pobres, así como al mantenimiento general de la iglesia, através de sus propios recursos.

6. Como una nota histórica debe ser recordado que una intensidad similar de unidad en el movimiento Anabaptista del período de la Reforma resultó en un sentido similar de responsabilidad común por las necesidades materiales de todos en la hermandad. El compartir mutuo económico de los Anabaptistas no era dictado por un mero literalismo siguiendo el ejemplo de la iglesia en Jerusalén del libro de los Hechos, sino por un agobiante sentido de hermandad y mutuo amor en el medio de las urgentes necesidades resultantes de una severa persecución por las iglesias estatales. Los Anabaptistas Huterianos trajeron esto a una expresión radical en el comunismo cristiano de su BRUDER_HOF SOCIETY, la cual iba mucho más allá de la práctica de la iglesia de Jerusalén, la cual, después de todo, tenía solamente un programa de alivio sostenido por contribuciones monetarias motivadas por amor, no una estructura comunista. (Vea los Estudios Hutterie de Robert Friedmann, Goshen, Ind.1961). Para un tratamiento general vea Los Anabaptistas de R.J. Smithson. (Londres, 1935). Vista Anabaptista de la Iglesia, 2a. ed. (Boston, 1958), y artículos pertinentes en la ENCICLOPEDIA MENONITA (Scottdale, 1955-59). La Reforma Radical Continental (Filadelfia 1962), aparecido después que este volumen estaba en imprenta.

7. En años recientes la ansiedad por renovar fue guiada a la formación de pequeños grupos KOINONIA, en diversas comunidades, llamadas por varios nombres, tales como "grupos de célula," "Iglesia en el hogar," etc. El más antiguo "grupo de oración" fue después un grupo comunitario. Ver "Renovación Espiritual através de Grupos Personales" de J.L. Casteel (New York, 1957). Debe hacerse notar que pequeños grupos comunitarios funcionando bien, pueden producir una comunidad vital mayor en un grupo entero más grande, que una congregación pequeña funcionando mal. El tamaño no es el factor determinante. De hecho la experiencia de un local más grande con una congregación demasiado grande superando todos los grupos pequeños puede ser una ventaje distinta. Todos los pequeños "grupos de célula" u otra forma de agrupamiento lleva en sí las semillas del individualismo, exclusividad, estrechez, y orgullo de grupo; El amor cristiano puede convertirse por ellos en un simple sentido de posesión o cálida camaradería, aunque no necesita ser así.

8. El Mantenimiento de Dios de Lesslie Newbigin, (New York, 1954) p.55.

9. Ver Jesucristo, El Señor de Floyd V. Filson, (Filadelfia, Westminster 1956), p. 209 f.

10 Miembros Uno del Otro de Robert T. Handy (Filadelfia 1959). p.32 varias repeticiones de Handy se encontrarán en las siguiente sección.

11 Handy, op. cit., p.33.

12 Mision y Naturaleza de la Iglesia por Donald G. Miller (Richmond, 1957), p. 82. Citado por Handy, op. cit., p. 34.

13 Nuevo principio, op. cit., p. 97. Citado por Handy, op. cit., p. 34.

14 La Experiencia Cristiana del Espíritu Santo por H. Wheeler Robinson, (New York, 1928). p. 16. Citado por Handy, op. cit., p. 37.

CAPITULO IV CREYENTES, DISCIPULOS Y SANTOS

1. La ausencia , en el primer pasaje citado de una referencia directa a la fe o creencia es hecha buena por lo establecido por Pedro en el segundo pasaje citado. Las otras referencias en Hechos de casos de bautismo, todos ponen claro que creer precede al bautismo.

2. La interpretación de bautismo es un acto de parte del poder de Dios aplicable en un caso de un bautismo de adulto, donde una fe que responde con entrega puede estar presente. En el caso de personas no responsables como infantes, es difícil concebir cómo puede actuar la gracia de Dios en el bautismo, excepto en una forma mágica. El infante es incapaz de ninguna responsabilidad; pero la religión es una comunicación de dos vías entre el hombre y Dios. Para sustituir la consagración infantil o dedicación por bautismo no es un adelanto. En el estricto sentido, ningún ser humano puede consagrar a otro a Dios. La propia consagración es la única posible y real consagración a cualquier edad, y esto es posible unicamente por personas responsables. Los padres se pueden dedicar ellos mismos a la nutrición cristiana de sus hijos; ellos no pueden determinar por adelantado la fe o vocación de un niño sin violar la libertad y la responsabilidad.

3. Para una cuidadosa discusión del significado de SUMPHUTOI, ver "Un Cuerpo en Cristo" de Ernest Best, (Londres, 1955), p. 51 f.

4. "La Doctrina del Bautismo en el Nuevo Testamento," de T.C. Smith, en Qué es la Iglesia, de Duke McCall, ed. (Nashville, 1958), p. 71. Observe la palabra "meramente" en la primera oración de la citación. Smith está obviamente usando "participación" aquí en el sentido de status de justificación. El patrón de pensamiento en mi propia discusión usa participación o solidaridad en un sentido dinámico el cual va por debajo de "mera" justificación, y requiere participación en el triunfo de Cristo como una causa del triunfo de los creyentes. La interpretación de Wlch "en Cristo" (op. cit., p. 152) ayuda aquí. "No es solamente morir y resucitar como Cristo sino el compartir en Su propia muerte y resurrección." La cuestión no es si la experiencia cristiana es una de Status o poder, sino si por añadidura al status es también de poder.

5. El Costo del Discipulado por Dietrich Bonhoeffer, (rev. ed., New York, 1959).

6. La Teología de confirmación, en relación al bautismo por Dom Gregory Dix, (New York, 1946), p. 31; mencionado por T.C. Smith, op. cit., p.63. Epoca de repudio al bautismo de infantes como contrario a la naturaleza esencial del Nuevo Testamento, fe se encuentra en la Enseñanza de la Iglesia acerca del bautismo por Karl Barth (Londres, 1959). Barth dice aquí (p. 42), por ejemplo: "El bautismo es en el Nuevo Testamenton eb todos los casos, la respuesta indispensable a la inevitable pregunta de un hombre que ha venido a la fe."

7. El testimonio de fe es más que una confesión de creencia, siendo el reporte de la experiencia respaldada por la vida. La sustitución de las respuestas de los padrinos a las preguntas bautismales en el ritual del bautismo del infante, no puede tener validez en este aspecto. El uso de dicha fórmula, de hecho, indica que basicamente, después de todo, deben ser requeridas respuestas válidas.

8. Ver, Vista Anabaptista de la Iglesia, por Franklin H. Littell, (2a. ed., Boston, 1958). El capítulo de T.D. Price acerca de Qué es la Iglesia, "Vista Anabaptista de la Iglesia," epitomiza Littell. Ver nota 6 del capítulo III.

9. Hermanos en Cristo: La Historia de la Antigua Congregación Anabaptista, Zollikon, cerca de Zurich, Suiza por Fritz Blanke (Scottdale, 1961).

10 Ver el artículo "Mathetes" en Teologisches Worterbuch zum Neuen Testament IV por Gerhard Kittel (Stutrgart, 1942).

11 En Filipenses 4:21, la frase en singular "todo santo en Cristo Jesús" es equivalente a el plural. "Santos" se presenta sesentiuna vez en el Nuevo Testamento, excepto en Mateo 27:52, donde se hace referencia a personas saliendo de sus tumbas en el tiempo de la crucificción.

12 Ver la idea de santidad por P. Bonnard en su artículo "Santo" en Un Compañero a la Biblia, J.J. von Allmen, ed. (New York, 1958).

13 Las dos menciones son de P. Bonnard, op. cit.

CAPITULO V Ministros del Señor

1. La "nueva creación" es por supuesto la obra de Dios el creador através de Cristo, y está vinculada a la resurrección. Pero también retrocede al mismo principio del tiempo y de la historia de Israel, con referencia cósmica. Minear (op. cit., pp. 105-35) ha señalado las muchas imágenes relacionadas con este concepto cósmico básico. la T.F. Torrance, en Reino e Iglesia: Un Estudio en la Teología de los Reformadores (Londres, 1956), p. 72.

2. El primer libro de Menno Simons, "Resurrección Espiritual" (1536),define esta resurrección en la oración "resurrección del pecado y muerte a una nueva vida." Conrad Grebel, el fundador de Anabaptista Suiza, en su carta a Muntzer de Septiembre, 1524, define el significado de bautismo así: "significa que uno a muerto, y debe morir, al pecado, y caminar en novedad de vida." Los Anabaptistas Gruningen (Suiza), en su declaración al Concilio Suizo en 1527, caracterizados los creyentes como aquellos "quienes han muerto al deseo de la carne y ahora caminan en el deseo del espíritu... Estos que caminan así, son la iglesia de Cristo y el cuerpo de Cristo y la Iglesia Cristiana." Estas y

numerosas otras citas de apoyo de fuentes Anabaptistas son encontradas en el libro de Harold S. Bender, "Caminando en la Resurrección: la Doctrina Anabaptista de Regeneración y Disciplina," Mennonite Quarterly Review, XXXV (1961), pp. 96-110.

3. Creencias Cristianas por A.R. Vidler, (New York, 1950), p. 79; citada en El Evangelio de la Encarnación por George S. Hendry, (Filadelfia, 1958), p. 164.

4. Experiencia Cristiana del Perdón por H.R. Mackintosh, (Londres, 1927), p. 276 f. Citada por Hendry, op. cit., p. 170.

5. Hendry, op. cit., p. 170.

6. Ministerio y Sacerdocio: De Cristo y Nuestro por T.W. Manson, (Richmond, 1958), particularmente pp. 70-72.

7. Ver el tratamiento de ambos doulos y diakonos en Teologisches Worterbuch de Kittel, vol. II (Stuttgart, 1935).

8. John A. MacKay.

9. La Predicación Apostólica y su Desarrollo por C.H. Dodd, (New York, 1944) "Kerygma" es el contenido del mensaje el cual el Señor confía a Su heraldo (Kerux) para liberar. Es unicamente por el contexto que el actual contenido del mensaje es conocido.

10 Dietrich Bonhoeffer, op. cit., p. 35 ff.

11 La traducción RSV en este punto omite el segundo y tercer mandato contenidos en la KJV, basada en el mejor manuscrito encontrado. Pero el pasaje paralelo en Lucas 6:27, 28 los contiene.

12 El término "Evangelio Social" es históricamente usado para referirse a un tipo de pensamiento el cual en esencia substituye reformas sociales para el mensaje del Evangelio de perdón y reconciliación por fe en Cristo. Este servicio social puede ser llevado a cabo en un espíritu puramente secular evitando prevenir a los cristianos de un ministerio social de servicio el cual fluye de la compasión Cristiana después del ejemplo de Cristo como uno de los frutos de fe y el Evangelio.

13 Una Teología para los Laicos por Hendrik Kraemer, (Filadelfia, 1958). Es extraño que en su repaso de los movimientos laicos en la historia de la iglesia, Kraemer supervisó al movimiento Anabaptista del período de la Reforma, uno de los más significativos.

14 Cierto número de autores recientes, sumados a Kraemer, han enfatizado la necesidad de una restauración del ministerio de láicos, si la iglesia debe ser renovada. Entre ellos está Robert A. Raines, en Nueva Vida en la Iglesia (Harper, 1961), particularmente el Capítulo XI, "El Movimiento Laico Emerge". Ver también los escritos de Elton Trueblood, particularmente el último, La Compañía de los Comprometidos (Harper, 1961).

15 Ver "La Paradoja del Ministerio Cuáquero por D. Elton Trueblood, (Lectura Cuáquera de 1960 de la Convanción Anual de Indiana). Trueblood propone una variación del antiguo tipo del Ministerio Cuáquero lo que él considera inadecuado.

16 La visión que el único significado de la iglesia en el Nuevo Testamento es la congregación local, no es defendible desde el texto del Nuevo Testamento. Teológicamente también es indefendible en base de un verdadero entendimiento de la iglesia como el pueblo de Dios o el cuerpo de Cristo. La teoría congregacionalista, contiene una verdad esencial, y puede en su forma extrema negar la verdadera naturaleza de la iglesia recortando una unidad geográficamente organizada de completa interacción con la vida del cuerpo total de la iglesia. Puede también ser en realidad una especia de grupo individualista el cual se niega a someterse al consejo y autoridad de la iglesia general. Ciertamente para usar la frase acerca de "dos o tres....reunidos" (Mateo 18:20) como soporte para congregación individualística es una exageración a la importancia de el pasaje.

17 Diáconos aparecen en las Epístolas Pastorales como otro oficio permanente. Aunque su función específica no está establecida, la inferencia ha sido descrita desde la reunión de los siete en Hechos 6, cuyos sucesores se presume que son, que ellos ministran en el area de necesidades materiales a los pobres en la iglesia.

EL AUTOR

Harold S. Bender sirvió como Decano y Profesor de Historia de la Iglesia en la Universidad GOSHEN COLLEGE BIBLICAL SEMINARY, en Goshen, Indiana desde 1944 hasta que le sobrevino la muerte en 1962. También fue presidente de la Conferencia Mundial Menonita y Presidente de los comités Históricos, de Investigación y de los Problemas de la Paz. Fue ordenado como ministro en 1946.

Recibió su entrenamiento académico en Goshen College (BA), Garrett Biblical Institute (BD), Preinceton Theological Seminzry (ThM), Universidad de Princeton (MA), Universidad de Tübingen y Universidad de Heidelberg (ThD).

Como fundador de THE MENONITE QUARTERLY REVIEW fue editor desde 1927 hasta 1962. Fue presidente de la Mennonite Historical Society desde sus inicios en 1924 hasta 1962 y fue también co-fundador con Ernest Correll. Es autor del ensayo clásico LA VISION ANABAUTISTA, entregado por primera vez como un discurso presidencial en la Sociedad Americana de la Historia de la Iglesia y publicado como artículo en HISTORIA DE LA IGLESIA (Marzo 1944) y en el MENNONITE QUARTERLY REVIEW (en Abril 1, 1944); luego como una re-impresión y como un libreto por Herald Press, Scottdale, Pa., 1955.

También fue Editor jefe del monumental trabajo de cuatro volúmenes intitulado LA ENCICLOPEDIA MENONITA. Es autor de muchos libros, panfletos y artículos en varios periódicos, así como de DOS SIGLOS DE LITERATURA AMERICANA MENONITA; CONRAD GREBEL, PRIMER LIDER DE LOS HERMANOS SUIZOS.

